ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del doble mortal

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 28

ePub r1.3

Titivillus 16.11.16

Título original: *The mystery of the deadly double*
William Arden, 1978
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Un mensaje espeluznante de Alfred Hitchcock

Amantes de los misterios, ¡prevenidos!

Debéis estar preparados, en esta nueva aventura de *Los Tres Investigadores*, para enfrentaros a un horror que incluso ha helado mi sangre. Sólo pensar en ello me hace estremecer. ¿Acaso puede existir realmente más de un…? ¡Ah, no…!, ¡no puedo pronunciar unas palabras tan espantosas! En cambio, hablaré de otros aspectos de esta dramática aventura.

Una sencilla excursión a un famoso parque de atracciones se convierte en una pesadilla que desafía todos los recursos de nuestros jóvenes detectives. Al intentar solucionar un crimen diabólico, el peligro y la confusión les asaltan a cada instante.

¡Secuestradores! ¡Mensajes cifrados! ¡Una intriga de carácter internacional! ¡Unas pistas escondidas ante las mismas narices de nuestros héroes! ¡Unos errores mortales! ¡El peligroso rastro de un chico fugitivo! ¡Un enemigo que está a punto de penetrar en el puesto de mando de los Tres Investigadores! Todo junto casi es excesivo para las fuerzas de nuestros detectives particulares.

Este caso requiere toda la capacidad de razonamiento de los tres amigos. El inteligente y un poco gordinflón Jupiter Jones, que también es un difícil enemigo para los criminales, no puede estar al frente del equipo detectivesco durante todo el tiempo que se necesita para resolver el misterio. Por consiguiente, el atlético y alto Pete Crenshaw tiene que sobreponerse a sus temores y ponerse al frente de la arriesgada situación. Y Bob Andrews, el estudioso investigador del terceto, tiene ocasión de demostrar que es tan listo como digno de confianza.

Desde su oculto puesto de mando del «Patio Salvaje» de los Jones, hasta la frontera de México, los tres muchachos persiguen y

son perseguidos, hasta que la respuesta final es… ¡No! No debo hablar del inesperado hecho que yace en el corazón de esta aventura. ¡Sólo pensar en ello resulta monstruoso!

Por tanto, dejaré que seáis vosotros, los lectores, los que lleguéis hasta la solución final. ¡Por consiguiente, adelante, hacia el misterio y la aventura!

ALFRED HITCHCOK

.

CAPÍTULO 1

Falsa alarma

—¡Que nadie se mueva! —gritó Pete Crenshaw.

Bob Andrews y Jupiter Jones se quedaron inmóviles. Los muchachos se hallaban en su puesto de mando secreto, dentro de un remolque, donde se ocupaban de su empresa de detectives particulares, Los Tres Investigadores. El viejo remolque estaba escondido debajo de enormes montones de chatarra en el «Patio Salvaje» de los Jones, de forma que era muy remota la posibilidad de que alguien encontrara las entradas secretas del remolque. Bob y Jupe miraron a su alrededor, observando el minúsculo despacho, y escucharon con atención.

¿Habría oído Pete algo amenazador?

—¿Qué… qué pasa, Pete? —susurró Bob.

Pete contempló ferozmente a sus dos amigos.

—¡Alguien me ha robado el almuerzo! —declaró.

—¿Tu… tu almuerzo? —se extrañó Bob—. ¿Sólo es eso?

—¿Tu almuerzo, Segundo? —repitió Jupiter con incredulidad.

El Segundo Investigador se echó a reír.

—Ya sé que es una broma. Pero mi almuerzo es muy importante para mí porque me muero de hambre.

—Una broma de pésimo gusto —observó Jupe con severidad—. Las falsas alarmas siempre son peligrosas. ¿Recuerdas la historia del pastor que afirmaba que venía el lobo? Cuando vino de verdad…

Jupiter, el cerebro de los Tres Investigadores, solía ponerse un poco pesado cuando daba un discurso. Bob o Pete tenían que traerle a menudo a la realidad.

—Esta charla no os salvará en absoluto —le interrumpió Pete—. Has sido tú, Jupe. Seguro que no has podido resistir la tentación de comerte el bocadillo cuando Bob y yo salimos del taller. ¡Seguro que has sido tú quien se ha comido mi almuerzo!

Jupiter se puso colorado como la grana.

—¡No es verdad! —exclamó furioso—. ¡No he sido yo!

El Primer Investigador era un chico grueso, ya que no gordo, y no le gustaba que le echasen en cara que comía demasiado.

—Bueno —insistió Pete—, pues alguien se lo ha comido.

—Tal vez te lo llevaste del taller —sugirió Bob—, y lo has olvidado.

—En fin, este asunto puede esperar —afirmó Jupe, recuperando el mando con su habitual aplomo—. Todavía no hemos decidido adónde iremos mañana. Es nuestra última oportunidad de ver algo maravilloso antes de que se reanuden de nuevo las clases. Como por lo visto nadie desea que solucionemos un caso, y todo el verano hemos trabajado en el «Patio Salvaje», opino que deberíamos realizar una verdadera excursión. Ya hemos ido varias veces a Disneylandia, de modo que yo voto por ir a la Montaña Mágica. No he estado nunca allí.

—Yo tampoco —añadió Pete—. ¿Cómo es?

—Oh, es uno de los parques de atracciones más grandes y más divertidos del mundo. No es tan fantástico como Disneylandia —explicó Bob—, pero posee cuatro toboganes. ¡Y uno de ellos funciona al revés! Hay dos viajes por entre cascadas y te mojas que da gusto. Y hay una noria de casi un kilómetro de altura, y otras muchas atracciones más, todo por el precio de la entrada. Incluso sin talonario de vales. Una vez dentro, puedes subir a donde quieras.

—No está mal —opinó Pete.

—Entonces, está decidido —concluyó Jupiter—. Y para que no falte detalle, iremos en el «Rolls-Royce». He avisado a Worthington, y mañana tendremos el coche para nosotros.

—¡Magnífico! —se entusiasmó Bob—. ¡Así nos tomarán por millonarios! Menuda cara pondrán todos cuando nos vean…

—Si puedo llegar hasta mañana —se quejó Pete—. Estoy muerto de hambre. Vamos, chicos, ¿dónde habéis escondido mi almuerzo?

—Nosotros no te lo hemos escondido, Pete —insistió Bob.

—Nadie lo ha tocado, Segundo —corroboró Jupe, en tono exasperado—. Probablemente saliste del taller con el paquete en la mano. Bueno, será mejor que lo encontremos o no nos dejarás pensar nuestros planes para mañana.

Uniendo la acción a la palabra, Jupiter levantó la trampilla que había en el suelo del remolque, y se deslizó por el túnel dos. Ésta era la entrada principal al cuartel general y consistía en una tubería metálica que corría por debajo del remolque y la chatarra que lo rodeaba.

Pete, alto y atlético, se veía obligado a aplastarse prácticamente sobre el estómago para pasar por la tubería, mas, no obstante, se deslizaba mucho mejor por allí que el obeso Primer Investigador, el cual siempre salía jadeante. Bob, el más bajo y delgado de los tres, no tenía jamás problemas con aquel sistema de salida.

Fueron a parar al taller descubierto de Jupiter, que estaba situado en una esquina delantera del «Patio Salvaje» de los Jones. El taller se hallaba protegido por un tejado inclinado de una anchura de dos metros, que corría alrededor de la valla de la chatarrería, por la parte interior. Montones de chatarra en torno al taller-cobertizo lo ocultaban de la vista. Era allí donde los Tres Investigadores tenían su imprentilla y las herramientas que utilizaban para transformar la chatarra en un equipo útil para su labor detectivesca. El taller también contenía una silla, varios cajones viejos y un banco de trabajo. Fue sobre dicho banco donde Bob encontró la bolsa del almuerzo de Pete.

—Vaya, de modo que lo dejaste aquí —exclamó el miembro archivador del equipo.

Pete cogió la bolsa, que estaba rota.

—Pero ¿quién se ha comido lo que había dentro? —preguntó, muy enfadado.

—Probablemente tú mismo, y ya no te acuerdas —repuso Jupiter, también disgustado.

—¿Yo? —gritó Pete—. ¿Crees que no recordaría haberme comido un bocadillo de jamón?

—Seguro que fueron las ratas —declaró Bob, examinando la bolsa. Estaba completamente rasgada de arriba abajo—. Se lo comen todo.

—¿Piensas que tía Matilda deja que las ratas correteen sueltas por el «Patio Salvaje»? ¡Nada de eso! —proclamó Pete.

—Claro que lo intenta, pero ni siquiera tía Matilda es capaz de mantener a raya a las ratas en una chatarrería como ésta —rió Jupiter.

Tía Matilda era una mujer formidable que regentaba el «Patio Salvaje» con una mano de hierro. Su esposo, tío Titus, pasaba la mayor parte del tiempo buscando más chatarra, y Jupe, que se había quedado huérfano a edad muy temprana, había vivido con ellos desde que tenía uso de razón.

—Vamos a ver si tía Matilda tiene algo para almorzar —propuso Jupiter, dirigiéndose el primero hacia el despachito del patio.

Al acercarse a la entrada principal del patio se detuvo casi en seco.

—Chicos, ¿habéis visto alguna vez ese coche? —inquirió.

Bob y Pete miraron hacia el sitio señalado. Un «Mercedes» verde estaba estacionado al otro lado de la calle, casi enfrente de la entrada al patio. Nadie salió del vehículo.

—Cuando lo vi por primera vez aún se movía —agregó Jupe lentamente—. Avanzó un poco y se paró.

—¿Y qué, Jupe? —sonrió Pete—. ¿Acaso no puede aparcar ningún coche aquí? Tal vez sea un cliente del «Patio Salvaje».

—Tal vez —admitió Jupiter—, pero no ha salido nadie de su interior, y creo haber visto ese mismo coche pasar por aquí delante esta misma mañana. Y también avanzando muy despacio.

—¡Eh! —exclamó Bob—. ¡Creo que yo también lo vi! Sí, estaba en la calle, frente a la parte trasera, cuando yo venía hacia aquí montado en la bicicleta. Hace una hora aproximadamente.

—¡Quizás han sido ellos quienes robaron mi almuerzo! —se indignó Pete.

—Seguro —rió Bob—, ¡unos ladrones de bocadillos internacionales!

—Olvídate de tu almuerzo —se impacientó Jupiter. Seguía contemplando al coche inmóvil desde la entrada del patio—. Si esos tipos no se comieron tu almuerzo, Bob tiene razón: fueron las ratas. Bueno, me gustaría mucho averiguar por qué está ahí ese coche.

—Quizás aguardan la oportunidad —sonrió Bob— de robar otro bocadillo de jamón.

—Creo que esperan *algo*, Archivos —murmuró Jupe—. Vamos a verlo.

Jupiter solía intuir un misterio en cualquier hecho, por inocente que pareciese… ¡y normalmente estaba en lo cierto! Bob y Pete ya hacía tiempo que habían dejado de llevarle la contraria en sus

presentimientos. A veces se equivocaba, pero no muy a menudo.

—Pete, retrocede hacia el patio y deslízate dentro por la entrada principal —le ordenó Jupiter—. Escóndete y observa el auto sin ser visto. Bob y yo saldremos por la puerta roja de Rover y daremos la vuelta por fuera. Bob, tú ve por la izquierda y yo iré por la derecha. Así vigilaremos al «Mercedes» desde todas partes.

Pete asintió y contempló cómo sus amigos se deslizaban fuera del patio por la entrada secreta de atrás. Luego, sorteó unos montones de chatarra y se dispuso a atisbar la calle a través de la entrada principal. El «Mercedes» continuaba en el mismo lugar. Dentro parecía haber dos personas. Pete se ocultó rápidamente.

Sin dejarse ver ya, se aplastó contra su estómago y se arrastró hacia la abertura de la cerca. Tumbado en el suelo, miró de nuevo a su alrededor.

—Eh, ¿has perdido algo? ¿Necesitas ayuda?

Pete se atragantó. Un individuo fornido y de rostro muy atezado, ataviado con un traje de tela ligera se hallaba a su lado. El desconocido tenía el cabello castaño muy rizado y unos ojos azules muy pequeños. Sonreía cortésmente. Por lo visto, le divertía ver cómo Pete se arrastraba por el suelo del patio.

—Yo… yo… —tartamudeó Pete, sintiéndose muy tonto—. He perdido la pelota —mintió—. La estoy buscando y… y…

—Por aquí no ha salido ninguna pelota —declaró el hombre.

—Debió ir saltando por… por ahí —replicó Pete.

Se puso de pie.

—Mala suerte —observó el hombre del rostro atezado. Luego, exhibió un plano—. Quizá podrías ayudarme, chico. Creo que nos hemos extraviado.

De pronto, Pete vio que la portezuela del «Mercedes» verde estaba abierta y en su interior sólo había una persona. El desconocido señaló hacia el auto.

—Creo que hemos estado dando vueltas sin necesidad. En realidad, intentábamos localizar la vieja misión que hay por este distrito.

Pete captó que el hombre hablaba con un acento especial. Era inglés, pero con un acento raro que nunca había oído. En fin, pensó, en el coche sólo iban dos turistas que se habían extraviado. ¡Esta vez, Jupiter se había equivocado en su presentimiento!

—Oh, seguro —respondió, cogiendo el plano. Señaló el lugar donde estaban, y después el sitio donde se levantaba la misión española, por la autopista de la costa—. Es un poco difícil de encontrar —sonrió.

—Ya lo creo —asintió el desconocido—. Bien, muchas gracias, muchacho.

El individuo volvió al «Mercedes» verde, y el coche arrancó. Bob y Jupiter llegaron corriendo. Jupiter no apartó la vista del auto hasta que hubo desaparecido.

—Unos turistas, Primero —explicó Pete. Acto seguido, contó la conversación mantenida con el desconocido—. Ese tipo habla con un acento muy gracioso.

—Conque extraviados —se desanimó Jupe—. ¿De veras?

—Claro, Primero. Ten en cuenta que ni siquiera tenemos un caso entre manos. ¿Quién querría espiarnos?

Jupiter estaba desalentado y también profundamente pensativo.

—Es posible que ese fulano dijese la verdad, y sin embargo…

—¡Oh, Jupe! —gruñó Pete—. ¡Se han extraviado! ¡Nada más!

—¡Y nosotros tenemos que pensar en nuestra excursión de mañana! —les recordó Bob.

—Seguro —asintió Pete—, pero cuando yo haya almorzado.

Bob y Jupiter se miraron uno al otro. Cerca de la entrada principal había un cajón lleno de pelotas de tenis. De mutuo acuerdo, Bob y Jupe cogieron varias pelotas y empezaron a tirárselas a Pete, el cual huyó del patio riendo a carcajadas.

CAPÍTULO 2

¡Raptado!

A la mañana siguiente, muy temprano, Bob se vistió rápidamente y se apresuró a bajar a la cocina. Mientras devoraba velozmente el desayuno, su padre dejó el periódico que estaba leyendo a un lado y contempló sonriendo a su hijo.

—¿Alguna investigación importante esta mañana? —preguntó el señor Andrews.

—Hoy no, papá. Nos vamos a la Montaña Mágica… en el «Rolls-Royce» con embellecedores dorados. ¡Y Worthington conducirá!

El señor Andrews silbó con admiración.

—Seréis los tres señoritos elegantes, ¿eh? —rió luego—. Me parece que al hacerte mayor te aburrirás un poco.

—No, si Jupe crece junto con nosotros.

—No —sonrió de nuevo el señor Andrews—, creo que tienes razón. Con él, nadie se aburre.

—Probablemente volveremos un poco tarde, papá, pero trataré de llegar a tiempo para la cena —gritó Bob, corriendo hacia la puerta.

Pasó montado en su bicicleta por las soleadas calles de Rocky Beach, un poco adormiladas a hora tan temprana y, al llegar al «Patio Salvaje» se dirigió hacia la entrada principal.

Pete se hallaba sentado en lo alto de la escalerilla del chamizo que hacía las veces de despachito, contemplando algo magnífico. Un «Rolls-Royce» no demasiado nuevo en realidad, aunque con unos enormes faros y una capota tan larga, negra y reluciente como un piano de cola, se hallaba en el «Patio Salvaje». Si ya hubiera resultado muy lujoso con su simple pintura negra, lo era mucho más gracias a unos adornos añadidos, consistentes en que todos los embellecedores, incluso los parachoques, eran de color dorado.

—¡Cáscaras! —exclamó Bob deslumbrado—. Siempre me olvido

de lo hermoso que es hasta que vuelvo a verlo.

Un individuo de elevada estatura y cuerpo esbelto, con uniforme de chófer, estaba al lado del coche, frotando suavemente una placa dorada con un paño. Al ver a Bob, su rostro alargado y simpático se ensanchó en una sonrisa.

—A mí me ocurre lo mismo, Master Andrews, cuando a veces he de conducir otro auto —murmuró Worthington, el chófer.

Jupiter había conseguido el derecho a utilizar el viejo coche en un concurso y, más adelante, un cliente agradecido a los Tres Investigadores por la solución de un caso, había logrado que los muchachos pudiesen usar el «Rolls-Royce» cuando lo deseasen. Como la agencia de coches de alquiler sólo alquilaba dicho auto con Worthington, el hombre se había hecho muy amigo de los Tres Investigadores. Sin embargo, todavía continuaba tratando a los tres chicos con gran deferencia, como si fuesen hijos de millonarios. Ahora, sus ojillos bizquearon y luego guiñó un ojo en son de complicidad.

—¿Algún caso importante esta vez, Master Andrews? —inquirió.

—Esta vez, no, Worthington —explicó Bob—. Sólo queremos ir a divertirnos un poco a la Montaña Mágica, y nos pareció que sería mejor ir en el «Rolls».

—¿Una excursión? ¡Espléndido! —se alegró el chófer—. ¿Hay alguien que se merezca más esa distracción que los Tres Investigadores? Comunicaré el destino del viaje a la agencia y pondré gasolina al motor mientras aguardamos a Master Jones.

El chófer se metió en el auto y lo sacó del Patio Salvaje. Bob se volvió rápidamente hacia Pete.

—Y hablando de Jupe, ¿dónde está?

—En el puesto de mando, haciendo planes —repuso Pete—. No quiso decirme cuáles.

—Pues vamos a averiguarlo.

Los dos se arrastraron por el túnel dos y llegaron a la trampilla oculta en el remolque. Jupiter se hallaba sentado en su pequeño escritorio, y tenía sobre la mesa una serie de folletos multicolores.

—Worthington ya ha llegado, Jupe —le informó Bob—. ¿Estás ya listo?

—Dentro de unos instantes, Archivos —respondió el jefe del trío de investigadores, y continuó trabajando un minuto, pasado el cual

se retrepó en su asiento, muy satisfecho—. Bien, creo que ya está.

—¿El qué? —quiso saber Pete.

—¡Nuestros planes para la excursión! —aclaró Jupiter, muy sonriente—. Cogí un plano de la Montaña Mágica y he trazado la mejor ruta para disfrutar del máximo número de atracciones en un tiempo mínimo. Incluso he dejado tiempo para repetir las mejores, aparte de preparar diversas alternativas por causa de la duración excesiva de algunas atracciones, o de fallos debidos a las condiciones meteorológicas o de carácter mecánico. También he…

—Oye, Jupe —gruñó Pete—, ¿por qué no empezamos por la derecha o la izquierda de la entrada del parque y subimos a la primera atracción que encontremos? Es decir, un poco al azar.

—Sí, siguiendo nuestro buen olfato —añadió Bob.

—¿Al azar? —Jupiter frunció el ceño—. Es algo muy poco eficaz y…

—Pero quizá más divertido —sugirió Pete.

—Bueno —se conformó Jupiter con cara enfurruñada—, si no aceptáis mi plan, tendré que aceptar el vuestro.

Jupiter dedicó una última mirada a su plan, se encogió de hombros y arrojó el papel a la papelera. Pete y Bob lanzaron vítores de alegría. Jupiter se vio obligado a sonreír. Los tres muchachos se apresuraron por la trampilla hasta el patio.

Worthington ya estaba allí otra vez con el «Rolls-Royce». Sin dejar de reír con entusiasmo, los muchachos se montaron dentro del magnífico coche, en tanto el chófer mantenía la portezuela abierta.

—¡A la Montaña Mágica, amigo! —ordenó Jupiter.

—Sí, señor —sonrió Worthington—, muy bien, señor.

La Montaña Mágica se hallaba situada a cierta distancia, al este de Rocky Beach, un poco apartada de las colinas de la costa de California. Worthington condujo el viejo coche fuera del distrito, hacia la autopista interior del condado. Ya habían llegado a las primeras estribaciones de las arboladas colinas, cuando Worthington habló de repente.

—Caballeros, tengo entendido que en estos momentos no hay ninguna investigación por el medio.

—Por desgracia, no —admitió Jupiter—. ¿Por qué…?

—Porque, a menos que esté muy equivocado, nos están siguiendo.

—¡Siguiendo! —repitieron los tres muchachos, volviéndose a mirar hacia atrás.

—¿Dónde, Worthington? —quiso saber Bob—. Yo no veo ningún coche.

—Ahora está detrás de la última curva —informó el chófer—, pero he observado que, tan pronto salimos del «Patio Salvaje», se colocó detrás de nosotros. Es un gran «Mercedes» verde.

—¡Un «Mercedes» verde! —exclamó Jupiter—. ¿Estás seguro?

—Los automóviles son mi profesión, Master Jones —replicó Worthington con firmeza—. ¡Ah, allí está ahora! Y va acortando distancias.

Los tres jóvenes detectives miraron por la ventanilla trasera. No cabía el menor error. El «Mercedes» verde se acercaba directamente hacia ellos, ganando distancia con gran rapidez.

—¡Sí —proclamó Pete—, es el mismo coche!

—O sea que no eran turistas —dijo Jupiter con tono de triunfo —. ¡Yo tenía razón!

—Supongo… supongo que sí —asintió Pete, medrosamente—. ¿Quiénes son? ¿Qué querrán?

—No lo sé, Segundo —repuso Jupiter serenamente—, y no tengo muchas ganas de averiguarlo en estos instantes.

—¡Pues es posible que nos veamos obligados a averiguarlo! —gritó Bob alarmado—. ¡Se acercan, Jupe! ¡Ganan terreno!

—¡Worthington! —exclamó Jupiter—. ¿No puedes distanciarlos?

—Lo intentaré —asintió el chófer.

El «Rolls-Royce» saltó adelante cuando su conductor apretó el acelerador a fondo. Estaban ya entre montañas, y la estrecha carretera serpenteaba por entre unos cañones rocosos, bastante escarpados. Worthington asió con fuerza el volante, y guió diestramente al reluciente coche muy cerca del borde del precipicio.

El «Mercedes» verde no abandonó la persecución. Los dos autos hacían rechinar sus ruedas en las cerradas curvas, y se aproximaban peligrosamente a los abismos que les rodeaban. En una carretera recta, el «Rolls-Royce» se habría distanciado de su perseguidor, pero, en aquel terreno, no podía superar la agilidad del «Mercedes», más pequeño y más moderno. Inexorablemente, el coche verde se iba acercando.

—¡Ganan terreno! —repitió Pete, desmayadamente.

—Es demasiado peligroso correr más por estas montañas —murmuró Worthington con tono sereno. Escrutó la carretera que se abría al frente—. Aunque tal vez…

De pronto se inclinó hacia delante, mirando al frente. El «Rolls» acababa de doblar una curva muy cerrada y el «Mercedes» no estaba momentáneamente a la vista. De repente, Worthington frenó, llevó el coche casi al borde de un acantilado de la derecha y lo hizo salir del camino hacia un sendero lateral que corría por la izquierda. Tras recuperar la velocidad, el experto chófer condujo la reluciente máquina por el polvoriento sendero, hacia un grupo de robles y chaparros.

Oyeron cómo el «Mercedes» rodaba estruendosamente por la carretera.

—¡Los hemos perdido! —exclamaron Bob y Pete.

—Sí, por el momento —adujo el chófer—. Mas no tardarán en darse cuenta de que ya no estamos en la carretera. Tenemos que continuar rápidamente.

Apretó el acelerador, y obligó al viejo auto a correr a toda velocidad por el sendero. De pronto, hubo un rechinamiento y el auto se paró.

—Lo siento, chicos —murmuró Worthington.

El sendero terminaba frente al alto muro de un cañón.

—¡Vuelve a la carretera! —ordenó Jupiter—. De prisa. Quizás aún no se habrán dado cuenta de nuestra maniobra.

Worthington hizo dar la vuelta al coche y retrocedió por el sendero hasta la carretera.

¡El «Mercedes» estuvo a punto de chocar con ellos al salir de la curva! Worthington efectuó una rápida maniobra y sacó al auto de la calzada. Antes de que pudiera recobrar la dirección, dos hombres saltaron fuera del «Mercedes» y corrieron hacia el «Rolls-Royce». ¡Empuñaban unas pistolas!

—¡Vamos, fuera! —ladró uno de ellos.

Era un desconocido, pero Pete reconoció a su acompañante. Era el tipo que el día anterior le había preguntado la dirección de la misión española.

Miedosamente, los muchachos y el chófer salieron del «Rolls-Royce».

—¡Eh, amigos! —quiso protestar Worthington—. ¿A qué viene

eso?

—¡Cállate! —gritole el desconocido.

Su compañero agarró a Jupiter, le puso una mordaza en la boca, le arrojó un saco por la cabeza, y lo arrastró hacia el «Mercedes». El otro individuo estaba blandiendo su pistola en dirección a los atribulados Bob, Pete y Worthington.



—¡No nos sigáis! —ordenó con tono amenazador—. No nos sigáis si en algo apreciáis la vida y queréis volver a ver a ese chico.

Luego, corrió hacia el «Mercedes». El coche arrancó y casi al instante desapareció por la curva de la carretera.

¡Habían raptado a Jupiter!

CAPÍTULO 3

Un error fatal

Pete giró hacia el «Rolls-Royce».

—¡Tenemos que seguirles!

—¡No, Pete! —le gritaron Bob y el chófer a la vez.

Pete les miró asombradlo.

—¡Tenemos que ayudar a Jupe!

—Le ayudaremos —prometió Worthington, posando una mano en la espalda del muchacho—, pero no debemos seguirles. En un secuestro, hay que hacer exactamente lo que ordenan los raptores y después llamar inmediatamente a la policía.

—Seguirlos podría resultar peligroso para Jupe —explicó Bob—. Pero podemos intentar averiguar qué dirección han seguido e informar a la policía. Los secuestradores ignoran que hay un teléfono en el «Rolls», por lo que pensarán que no somos capaces de avisar ahora mismo a la policía. De prisa, subiremos a aquel monte mientras Worthington llama al jefe Reynolds.

Mientras Worthington corría hacia el coche para telefonear al jefe de policía de Rocky Beach, Bob y Pete treparon por la empinada ladera de un monte cercano. Llegaron jadeando a un repecho bastante alto, en cuestión de segundos, y miraron hacia el sendero que se apartaba de la carretera.

—¡Ya los veo! —proclamó Bob.

—¡Van al sur, hacia Rocky Beach! —añadió Pete—. ¡Y van muy despacio!

—No quieren llamar la atención.

—Si el jefe Reynolds actúa de prisa —gritó Pete—, tal vez logre atraparlos. ¡Vamos!

Descendieron de la montaña a resbalones hasta llegar al sitio donde se hallaba el «Rolls-Royce». Worthington estaba dando por teléfono la matrícula del «Mercedes» y una descripción de los dos

raptores.

—Dile al jefe que se dirigen al sur, hacia Rocky Beach —agregó Pete—. Tal vez logre bloquearles el paso antes de que lleguen más allá.

Worthington repitió el mensaje de Pete y escuchó.

—Muy bien, jefe. Nos quedaremos aquí hasta que ustedes lleguen.

Colgó y miró a los muchachos.

—¿Qué pueden querer de Jupiter? —murmuró—. ¿No tenéis la menor idea de lo que pretenden esos tipos?

—Hasta ayer no los habíamos visto nunca —declaró Bob.

—¡Nosotros no sabemos nada! —gimió Pete.

Los tres se contemplaron mutuamente, con gran desaliento.

* * *

Amordazado en la oscuridad con el saco en la cabeza, Jupiter estaba asustado. El «Mercedes» circulaba lentamente, en sentido descendente, por lo que Jupiter supuso que era la autopista del condado. Hacia Rocky Beach. ¿Qué querían aquellos individuos? ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían, con su extraño acento inglés?

Se movió en el asiento trasero del coche, y sintió una pistola en las costillas. Uno de los raptores iba sentado a su lado.

—No te muevas —le ordenó el hombre.

Jupiter intentó hablar para protestar, pero con la mordaza muy apretada sobre la boca sólo logró gruñir un poco.

—Grrrrruuu… grrruuummmm…

—¡Cállate! ¡Cállate y no te muevas! ¿Entiendes? Sé buen chico, anda.

El desconocido se echó a reír y la ominosa carcajada tuvo un eco en el que conducía.

Sin embargo, Jupiter volvió a tratar de hablar para preguntar por qué le habían raptado. Tío Titus y tía Matilda no tenían dinero. Al menos, dinero para pagar un rescate. Sus gruñidos y murmullos ahogados le hacían sentirse como un pez asfixiándose en la playa.

—¡Te he dicho que te calles! ¿No te gustaría que tu padre perdiera a su hijo, verdad?

Debajo del saco, Jupiter se inmovilizó. ¿Su padre? ¡Si él era huérfano! Su padre había muerto cuando Jupiter era aún muy pequeño. Desesperadamente, trató de explicárselo a sus raptores.

—Ggggrrrruuuummm… mmmmddddmmmm… gggrrrruuu… mmmm…

La pistola volvió a hundirse en sus costillas.

—¡No volveré a decírtelo más, muchacho!

—Ggggrrrruuuummmm… mmmmdddddmmmm…

El hombre que iba a su lado se echó a reír nuevamente.

—Es un chico tan obstinado y cabezota como su padre, ¿no crees, Fred? Y con toda seguridad, también muy orgulloso.

—Tal vez será mejor que le hagamos callar, sea como sea, Walt —opinó el conductor.

—Sólo como último extremo. No tengo ganas de cargar en brazos un chico tan gordo como éste.

—Quizá fuese lo mejor. El viaje será largo. Y necesitamos que esté vivito y coleando cuando hablemos con su padre.

El hombre que estaba al lado de Jupiter se rió una vez más.

—Habrá que ver la cara de *sir* Roger cuando le comuniquemos que tenemos a su hijito Ian, y que será mejor que cambie de opinión lo antes posible.

Con la cabeza en el saco, Jupiter se quedó quieto en su asiento. ¿*Sir* Roger? ¿Ian? De repente comprendió lo ocurrido: ¡aquellos tipos lo habían confundido con otro! ¡Con algún muchacho cuyo padre era un personaje importante! No se trataba de un secuestro por dinero… sino por alguna forma de chantaje. Para que *sir* Roger, fuese quien fuese, hiciese lo que deseaban los bandidos. Y éstos se habían equivocado. ¡Habían raptado a Jupiter y no al hijo de *sir* Roger! Jupe intentó de nuevo hablar para restablecer la verdad.

—*Uuuuuffffmmmm… Ggggrrrruuummm… nnnnoooo…*

Esta vez, el hombre que estaba a su lado no le amenazó con la pistola ni le ordenó callarse. El «Mercedes» parecía estar corriendo ya por terreno llano. Efectuó una curva muy cerrada, con gran rechinamiento de neumáticos y la fuerza del giro envió a Jupiter contra la esquina del asiento. ¡Y entonces oyó las sirenas! ¡Los coches de la policía! El zumbido fue en aumento. Por debajo del saco, Jupiter contuvo la respiración. ¡Iban a salvarle!… Pero las sirenas se fueron alejando hasta que dejó de oírlas.

—¡Por poco nos atrapan! —exclamó el hombre que estaba a su lado.

—¿Crees que nos buscan a nosotros? —inquirió el conductor.

—Seguro. Se dirigen hacia las montañas. ¿Cómo diablos se han enterado tan de prisa?

Jupiter lo sabía: gracias al teléfono del «Rolls-Royce». Sus amigos habían avisado inmediatamente a la policía. Pero los secuestradores habían logrado burlarles. ¿Cómo le encontrarían ahora? ¡Era preciso que les dijese a sus raptores que habían cometido un terrible error!

—Algo ha pasado, Walt —opinó el chófer, torvamente—. Y será mejor que no ocurra nada más, porque a mí no me pillarán.

Jupiter experimentó un escalofrío. ¿Ya había ocurrido algo? Cierto, habían raptado a un chico por otro, pero ellos todavía no lo sabían. Y Jupiter no se lo podía explicar, a causa de la mordaza. Ahora bien, ¿debía decírselo? ¿Qué harían cuando aquellos bandidos supieran la verdad?

Necesitaban a un muchacho llamado Ian como un arma contra su padre, por lo que Ian estaría seguro en sus manos. Pero ¿estaría entonces seguro Jupiter Jones?

* * *

Un coche de la policía y el del *sheriff* descendieron por el sendero y se detuvieron en medio de una nube de polvo. El jefe Reynolds y el *sheriff* del condado corrieron hacia Worthington y los dos muchachos, que se hallaban junto al brillante «Rolls-Royce».

—¿Los han visto? —quiso saber Bob con seguridad al momento.

—¿Los han detenido? —añadió Pete.

El jefe Reynolds sacudió la cabeza con pesar.

—Bloqueamos la carretera en el primer cruce y nos dirigimos allí directamente. Pero no los adelantamos ni pasaron siquiera por el puesto de bloqueo.

—Debieron pasar antes de establecerlo —exclamó el *sheriff*—. Tal vez torcieron por algún camino lateral, pero no pueden haber ido muy lejos, y todos mis hombres los están buscando.

—Esta zona pertenece al condado, muchachos —explicó el jefe

de policía de Rocky Beach—, por lo que corresponde a la jurisdicción del *sheriff*, pero, en un caso como éste, trabajamos juntos. También hemos alertado al departamento de policía de Los Ángeles.

—Bien —gruñó el *sheriff*—, buscaremos alguna pista por aquí.

—Creo que no hallarán nada, *sheriff* —repuso Bob con tristeza—. Los raptores no estuvieron bastante tiempo aquí, como para dejar rastros.

Bob tenía razón. Los policías y los hombres del *sheriff* rastrearon toda la zona sin descubrir nada.

—De acuerdo —decidió el jefe Reynolds—, regresaremos a Rocky Beach. Ya es hora de informar del caso al FBI.

—Al menos —agregó el *sheriff*—, esta vez tenemos una ventaja, gracias a vosotros, muchachos, y al Rolls-Royce. Perseguimos de cerca a los raptores, y hay muchos agentes vigilando la comarca.

—Sí, señor —asintió Bob, decepcionado—, pero vigilar no es encontrar. No es fácil descubrir un auto, ¿verdad?

—No, pero tenemos cubierta toda la zona y las carreteras y caminos están bloqueados. ¡No pueden salir del condado!

Bob y Pete subieron al «Rolls-Royce». Ninguno de los dos habló mientras el «Rolls» seguía al coche del jefe Reynolds hacia Rocky Beach, pero se contemplaron con pesar, sabiendo que ambos pensaban lo mismo.

Los raptores debían de haber tenido un plan preparado por si acaso la policía bloqueaba las carreteras. Un plan destinado a facilitarles la fuga… ¡llevándose consigo a Jupiter!

CAPÍTULO 4

Tras el rastro de los bandidos

El «Mercedes» paró.

Jupiter, dentro de la negrura del saco, había intentado imaginar el camino, pero había sufrido demasiadas curvas y bandazos. Ahora estaba atento a algún sonido familiar que pudiera decirle dónde se hallaba. Sin embargo, sólo oía el silencio del campo. Ningún movimiento en parte alguna, ningún sonido de tráfico, de gente, ni el rumor del mar.

—¡Sácalo de aquí! —ordenó el conductor, sin moverse de su sitio.

Jupiter oyó cómo se abría la portezuela, y cómo unas manos le cogían por los pies, hasta incorporarle. Luego sintió el suelo, las hojas y el césped bajo sus zapatos.

—Quítale el saco para que pueda ver y andar.

Le quitaron brutalmente el saco de la cabeza. La luz que se filtraba a través de los espesos árboles le hizo parpadear. Abrió y cerró varias veces los ojos para reajustarlos a la luz en tanto le quitaban la mordaza. El que lo desató era un individuo corpulento, de cabello rizado, el mismo que había hablado con Pete en el «Patio Salvaje», el hombre que se llamaba Walt y había estado sentado al lado de Jupe, amenazándole de cuando en cuanto con una pistola.

—Y ahora sé buen chico, ¿eh? —rezongó Walt—. Bueno y callado.

Blandió la pistola para demostrar que hablaba en serio.

Jupiter asintió, pero no replicó. Desde que se había dado cuenta de que estaba más en peligro si los bandidos se daban cuenta de su equivocación, había esperado que no le quitaran la mordaza. El muchacho llamado Ian probablemente sería del país de los bandidos, fuese cual fuese éste, y seguramente hablaría con su mismo acento especial. Si Jupe hablaba, comprenderían al instante

que no era Ian… a menos que intentase imitar aquel acento. Pero esto era muy arriesgado. El menor error podía delatarle.

El fornido secuestrador le contempló un momento y luego volvióse hacia el conductor.

—Coge el saco, Fred.

Jupiter respiró con más libertad. Por el momento estaba a salvo. Miró rápidamente a su alrededor. Se hallaban al lado de otro sendero, entre espesos robles, muy cerca de las montañas. No conocía el lugar. ¡Podían hallarse en cualquier parte del condado, en un radio de ciento cincuenta kilómetros en torno a Rocky Beach!

—Vamos, chico, muévete —le ordenó el conductor—. Por ahí.

Era más alto y delgado que Walt, con cabello negro y unos ojillos hundidos bajo unas cejas muy gruesas, pero el color de su piel era el mismo que el de su compañero. Al parecer, ambos procedían de algún país de calor tropical.

Anduvieron por la hierba que crecía junto al sendero durante unos cincuenta metros y luego torcieron directamente hacia las montañas. Jupiter no distinguió ninguna senda, sólo la maleza densa, casi impenetrable.

—Fred, ve tú delante —ordenó Walt—. Y lleva el saco.

El conductor asintió y apartó unas matas, dejando a la vista la entrada de un vericueto. El hombre cargó con el saco nuevamente y desapareció por un chaparral.

—Ahora tú, chico —le ordenó Walt a Jupe.

Jupiter tanteó un poco las matas, apartó una y empezó a caminar por entre los arbustos. El duro chaparral, de pronto, se le escapó de las manos. Las levantó para protegerse la cara contra las ramitas espinosas, saltó hacia atrás, y cayó a la entrada del oculto vericueto. Walt le agarró y le ayudó a levantarse, empujándole hacia el chaparral en medio de unas maldiciones.

—¡Ten cuidado, chico! ¡Me estás poniendo nervioso!

Jupiter tragó saliva y avanzó por la estrecha senda. Walt iba detrás con su pistola en la mano. La maleza volvió a cerrarse a sus espaldas, sin dejar la menor señal del sendero secreto.

Mientras corría detrás de Fred, Jupiter no se fijó en una raíz que sobresalía algo del suelo, tropezó y volvió a quedar tumbado en tierra. Estuvo allí unos instantes jadeando, pero consiguió incorporarse antes de que llegase Walt.

Los dos raptores caminaban con rapidez por entre la espesa maleza, como si ya hubiesen estado allí antes y conociesen bien el lugar. Jupiter intentó no quedarse atrás por el sendero, muy poco trazado, pero tropezó y cayó otras dos veces antes de hallarse en un cañón muy estrecho, encajado entre las montañas. No muy lejos se veía una cabaña de piedra, bajo los lisos murallones del cañón. Los secuestradores abrieron la puerta de la cabaña, empujaron adentro a Jupiter, y la cerraron.

Solo en el interior de la cabaña, Jupiter oyó cómo los bandidos le dejaban encerrado.

* * *

En la central de policía, Bob, Pete, tío Titus y tía Matilda estaban sentados en un banco adosado a la pared.

—Si al menos nos hubiésemos llevado nuestras balizas de emergencia… —gemía Pete.

—Están en reparación, ¿te acuerdas? —replicó Bob—. Bah, Jupe ya imaginará algún medio para ponerse en contacto con nosotros, Segundo.

Tía Matilda miró al *sheriff* y al jefe Reynolds con mirada centelleante.

—¿Hemos de estar sentados aquí todo el día? —preguntó—. ¡Esos secuestradores no se entregarán sin más ni más!

El jefe Reynolds sacudió la cabeza con pesar.

—Estamos rastreando toda la zona, señora Jones, y cazar sombras no serviría de nada. En un caso de secuestro hay que coordinar todas las fuerzas.

—Todos los departamentos de policía de California, Nevada, Oregón y Arizona han sido alertados —añadió el *sheriff*—. Estamos en contacto con el FBI y con las autoridades mexicanas. El número de matrícula de ese «Mercedes» se halla en los teletipos de todas las comisarías y en el Departamento de Vehículos Motorizados.

—Un equipo de expertos se halla ahora otra vez en el lugar del secuestro —explicó el jefe Reynolds—. Y no podemos hacer nada más hasta que tengamos una pista.

—¡Entonces, tampoco hay nada que les impida a ustedes volver

a investigar allí! —le desafió tía Matilda.

—Existen más probabilidades de cogerles —aclaró el *sheriff*—, teniendo preparado un control central listo para dirigir la búsqueda tan pronto como encontremos una pista.

Tía Matilda no se dejó convencer y miró con ojos chispeantes al *sheriff* y al jefe Reynolds, cuando éstos salieron de la estancia. Cuando el equipo del laboratorio regresó sin el menor resultado, el temperamento de tía Matilda todavía empeoró. No había ninguna pista en el lugar del secuestro, ni se sabía nada de Jupiter y sus raptores.

—¿Qué demonios quieren de Jupiter? —se indignó tía Matilda —. Chicos, ¿seguro que no estáis enredados en alguna de vuestras ridículas investigaciones? ¿No habéis metido las narices en los asuntos ajenos?

—No, señora —se ofendió Bob—. Sólo íbamos de excursión a la Montaña Mágica.

—¿No se os ocurre ningún motivo para ese rapto? —inquirió tío Titus.

—Ojalá se nos ocurriera —suspiró Pete.

—¡Ah, si lograra poner las manos encima de esos criminales! —se enfureció tía Matilda.

A pesar suyo, Bob y Pete sonrieron. ¡Pobres secuestradores si tía Matilda lograba tenerlos delante! De pronto, sus sonrisas se desvanecieron… ¡Era muy difícil que atraparan a aquellos bandidos!

—Si al menos supiésemos por dónde empezar —reflexionó Bob —. Sé que Jupe hallaría un medio para conducirnos hasta él.

—No sé, Bob —rezongó Pete—. Esos bandidos parecen muy listos, Archivos.

El jefe Reynolds volvió a la habitación.

—¡Muy pronto veremos si son tan listos! —anunció—. Los tripulantes del helicóptero del *sheriff* han avistado al «Mercedes» estacionado en la carretera de la Serpiente de Cascabel, a unos cinco kilómetros de aquí.

—¡Corramos! —gritó el *sheriff*, que seguía al jefe de policía—. ¡Ahora los atraparemos!

* * *

Al principio, al quedarse solo en la cabaña del cañón, Jupiter permaneció algún tiempo escuchando junto a la puerta cerrada. Intentó oír lo que hablaban fuera los bandidos, y se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta que descubriesen su equivocación.

Oía las voces con claridad, pero sólo captaba palabras sueltas. Parecían hacer planes para un viaje, y se referían a alguien que no estaba presente. De pronto, Jupiter comprendió que aguardaban a alguien. Alguien que iba a venir y algo que iba a suceder.

¿Pero quién iba a ir hasta aquel remoto cañón? ¿Y qué podía ocurrir allí?

Se esforzó por oír mejor, mas no le sirvió de nada. El estómago, de repente, le dio un vuelco. ¿Y si la persona que esperaban conocía mejor que ellos al verdadero Ian? Jupiter tenía que encontrar la forma de huir de la cabaña y de sus raptores. Miró a su alrededor, como un animal acorralado. La cabaña consistía en una sola habitación sin muebles. No había armarios o alacenas y sólo una puerta, cerrada desde fuera. La única ventana del cuartucho estaba enrejada, como si la cabaña hubiese servido en otros tiempos para guardar algo valioso o peligroso. Tal vez contuviese dinamita para derrumbar las rocas, o herramientas para la prospección del petróleo.

Pero en aquellos momentos, no había nada de eso en la cabaña, nada que a Jupe le sirviera para escapar.

Anduvo lentamente, dando la vuelta al cuarto, en busca de algún punto débil. No había ninguno. Las paredes tenían al menos un palmo de grosor y se hallaban en buen estado. Jupiter, además, carecía de herramientas para romper las paredes, y el ruido habría atraído la atención de los bandidos. Era imposible salir por las paredes, por lo que Jupe se concentró en el suelo.

Estaba formado por unas tablas anchas y toscas, de más de cinco centímetros de espesor. Eran unas tablas sólidas, sin rendijas ni grietas, aunque resultaban un poco elásticas. Se doblaban cuando Jupiter aplicaba sobre una todo su peso. ¡Debajo de la cabaña había un espacio vacío!

Jupiter se arrodilló, y se arrastró por todo el suelo. Así encontró una tabla floja al fondo, cerca del muro. Colocando con gran fuerza un pie sobre uno de los extremos de la tabla, logró levantar el otro extremo hasta poder asirlo con sus manos y empujar hacia arriba.

¡Por una vez en su vida se alegró de pesar tanto!

Al fin consiguió levantar toda la tabla y divisó debajo un espacio vacío. En silencio consiguió levantar otra tabla y entonces se deslizó por la abertura. Luego, empezó a arrastrarse sobre su estómago por aquel espacio vacío. El suelo se alzaba por un lado y Jupiter vio que podía moverse solamente por debajo de la mitad de la cabaña. Ya era suficiente. La cabaña estaba construida sobre unos cimientos de piedra, con algunas aberturas para la ventilación, aunque demasiado pequeñas para pasar Jupe por allí. No había salida.

Jupiter regresó lentamente a la cabaña.

No, no había ninguna salida.

* * *

Los coches de la policía aparcaron muy cerca del «Mercedes», en la carretera de la Serpiente de Cascabel. La policía registró el coche verde, centímetro a centímetro.

—Nada —dijo al fin el jefe Reynolds—. Ni la menor pista de dónde pueden haber ido.

—La gente no desaparece en el aire —le increpó tía Matilda.

Bob, Pete y tío Titus también registraron todo el lugar en torno al coche abandonado, al que los bandidos habían dejado sobre un llano herboso, al lado de la carretera.

—Tampoco hay nada que parezca una señal de Jupiter —se desoló Bob.

—Ni siquiera la huella de un pie —añadió tío Titus.

—Se han desvanecido, simplemente —resumió el jefe Reynolds, mirando a su alrededor, hacia la densa maleza y las escarpadas montañas—. Pueden haberse llevado a Jupiter a cualquier parte.

—No —declaró de pronto Pete—. No lo creo, jefe. ¡No creo que hayan ido muy lejos!

CAPÍTULO 5

¡La huida!

—¿Cómo lo sabes, muchacho? —quiso enterarse el *sheriff*.

—¿Has hallado alguna pista, Pete? —inquirió el jefe de policía.

Pete se hallaba junto al Mercedes, contemplando el suelo del camino. Se agachó y tocó levemente la tierra con la mano.

—¡Miren! —exclamó el Segundo Investigador, indicando el suelo —. A través de todo el camino hay un gran trecho de arena blanca. Es posible divisar con claridad la marca de los neumáticos del Mercedes, pero no hay más señales ni huellas de pies recientes. Hoy no ha pasado por aquí ningún coche, de modo que los bandidos no han podido huir en otro auto. Y por lo que yo veo, tampoco se marcharon a pie.

El *sheriff* asintió después de examinar el terreno entorno al «Mercedes».

—Sí, el suelo está muy seco y hay polvo en todas partes, pero no se ve ninguna huella.

—Lo que significa —exclamó Bob—, que todavía deben hallarse por aquí.

—Sí, Archivos —asintió Pete, imitando a Jupiter en su tono petulante—. Creo que ni siquiera han cruzado este camino, sino que han atravesado el chaparral, hacia las montañas.

—¡Un momento! —le interrumpió el jefe Reynolds—. Hay hierba en este lado del camino. Pueden haber andado por aquí.

—Es posible —asintió el *sheriff*. Volvióse hacia sus dos comisarios—. Vosotros, Bellings y Rodríguez, caminad por la hierba en todas direcciones para ver hasta dónde llega y por si encontráis alguna huella. Los demás nos extenderemos para buscar alguna entrada en esta maleza. ¡Que todo el mundo vigile con atención!

—También hay que buscar algo que parezca un punto de interrogación —añadió Bob—. O un montón de piedras, o una rama

rota de manera extraña. Jupe, Pete y yo dejamos esta clase de señales cuando tenemos que comunicarnos por separado.

Los policías y los comisarios del *sheriff* se diseminaron por el lugar, recorriendo lentamente el camino por el lado más próximo a la montaña. Los dos comisarios no tardaron en volver, sin haber encontrado ninguna huella, a pesar de haber andado hasta el final del camino. Un policía halló un montón de piedrecitas, que podía ser una señal de Jupiter, mas cuando el *sheriff* las examinó, vio que estaban unidas mediante barro reseco. Obviamente, por tanto, llevaban allí algún tiempo. Otro policía descubrió una rama rota que parecía apuntar hacia la maleza. Pero una búsqueda inmediata de la zona no dejó ver ninguna grieta en el chaparral, ni sendero alguno.

—¡Jefe! —gritó otro policía—. ¿Puede servir esto?

Indicaba un objeto pequeño y blanco, entre una mata. Parecía una cartulina. Bob y Pete corrieron hacia allí.

—Esto parece… —vaciló Bob.

—¡Una tarjeta nuestra! —terminó Pete. La cogió y la miró—. ¡Sí, es una de nuestras tarjetas! ¡Jupe debió dejarla entre la maleza sin que se dieran cuenta sus raptores!

—¡Empujad esas matas! —ordenó el *sheriff*.

Todos se dedicaron unos segundos a empujar y destruir la maleza y no tardaron en descubrir el sendero escondido.

—Sí, es una senda —declaró el jefe Reynolds—. Y alguien ha pasado por aquí hace poco. Aquí están las matas rotas y aplastadas.

Todos avanzaron de prisa por el estrecho paso.

—¡Allí! —gritó de pronto Bob.

Señalaba un arbusto destrozado, como si alguien hubiese tropezado y caído encima. Cerca, sobre una pequeña piedra, se veía un diminuto punto de interrogación trazado en blanco.

—¡Una señal de Jupe! ¡Lleva su tiza! —exclamó Pete.

—¡De prisa! —les urgió tío Titus—. Jupe debe de estar por aquí, cerca de las montañas…

Tío Titus se quedó con la boca muy abierta. Escuchaba algo. Y de repente, todos lo oyeron. Era un ruido como de un motor poderoso, un ruido cada vez más fuerte. Pronto pareció volar por encima del grupo de rastreadores.

—¡Es un helicóptero! —observó tía Matilda, indicando el cielo.

—¿De los nuestros? —gritó el *sheriff* por encima del atronador ruido del aparato, que volaba a menos de cien metros más arriba, en dirección a la montaña.

—¡No! —replicó el jefe Reynolds—. ¡Debe ser de ellos! ¡*Sheriff*, así intentan escapar! ¡Viene a recoger a los secuestradores y a Jupiter!

Todos levantaron la vista hacia el helicóptero hasta que desapareció detrás de un espeso grupo de árboles del monte. El ruido del motor fue extinguiéndose a lo lejos.

—¡Y usted dijo, *sheriff* —le acusó tía Matilda—, que no tenían ninguna posibilidad de salir del condado!

—Seguiremos avanzando —trató de aplacarla el *sheriff*—. Tienen que estar escondidos cerca de esta senda.

—Tal vez no lleguemos a tiempo —gimió Pete—. Hemos de llegar antes de que ese aparato se los lleve.

* * *

En el cañón, los dos bandidos vieron como el helicóptero aterrizaba entre un torbellino de polvo. Las ráfagas de viento procedente de las aspas giratorias les azotó el cabello y las ropas. Una vez paradas las palas, el piloto saltó al suelo, abandonando así su carlinga de plástico. Ataviado con un traje de vuelo, el casco y las gruesas gafas, el piloto corrió hacia sus compinches.

—Llegas a tiempo —díjole Walt.

—¡Está en la cabaña! —añadió Fred.

El piloto no sonrió.

—¡Hay policías por toda la zona donde dejasteis el «Mercedes»! ¡Y vi cómo algunos penetraban ya por la espesura!

—¿Por la espesura? —masculló Walt—. ¿Cómo han hallado tan pronto el paso?

—¡Ese chico! —gritó Fred—: ¡Cada vez que cayó debió dejar una pista!

Walt echose a reír.

—Bah, ya no importa —dijo—. Tardarán al menos media hora en llegar aquí. Y para entonces, ya nos habremos convertido en pájaros.

—Sin bromas, Walt —le apostrofó el piloto—. Ve a buscar al chico. Esto es muy importante para nuestro país y no podemos cometer ningún fallo.

—Está bien —accedió Walt—. Voy a buscarlo.

—¿Dónde está?

—En la cabaña, encerrado.

—Está bien —respiró el piloto—, pero tenemos que largarnos al instante.

Los tres se dirigieron hacia la cabaña, pisando el duro suelo del cañón. Walt descorrió el cerrojo.

—¡Vamos, chico, ven con nosotros! —gritó.

—¡Walt —exclamó Fred—, no está aquí!

¡La cabaña se hallaba totalmente vacía!

—¡Habéis dejado que se escapara! —se enfureció el piloto.

—Imposible —repuso Walt—. No hay ninguna salida.

Registraron la desierta cabaña sin hallar al secuestrado.

—Tal vez —observó Fred desesperadamente—, pero tampoco hay aquí ningún escondite… ¡y no está!

—¡Tiene que estar en algún sitio! —objetó el piloto.

—Está bien, nada de precipitaciones —ordenó Walt—. Quizá se ha escapado de la cabaña, pero estará por el cañón. El sendero es la única salida y no lo hemos perdido de vista en todo el tiempo. No puede haber pasado junto a nosotros, Fred, por lo que tiene que estar oculto cerca de la cabaña. ¡Vamos a cogerlo!

Los tres bandidos se dedicaron a registrar concienzudamente todo el cañón.

* * *

Jadeando, los muchachos, los policías, y el tío y la tía de Jupiter salieron desde el estrecho sendero al cañón. Hacía más de veinte minutos que el helicóptero les había sobrevolado, por lo que escrutaron el cañón con cierto temor.

—¡Allí está! —señaló Bob.

En efecto, el helicóptero se hallaba en el otro extremo del cañón, con las palas paradas, mas, mientras lo contemplaban, el piloto saltó a su interior y el aparato se dispuso, al parecer, a iniciar el

despegue.

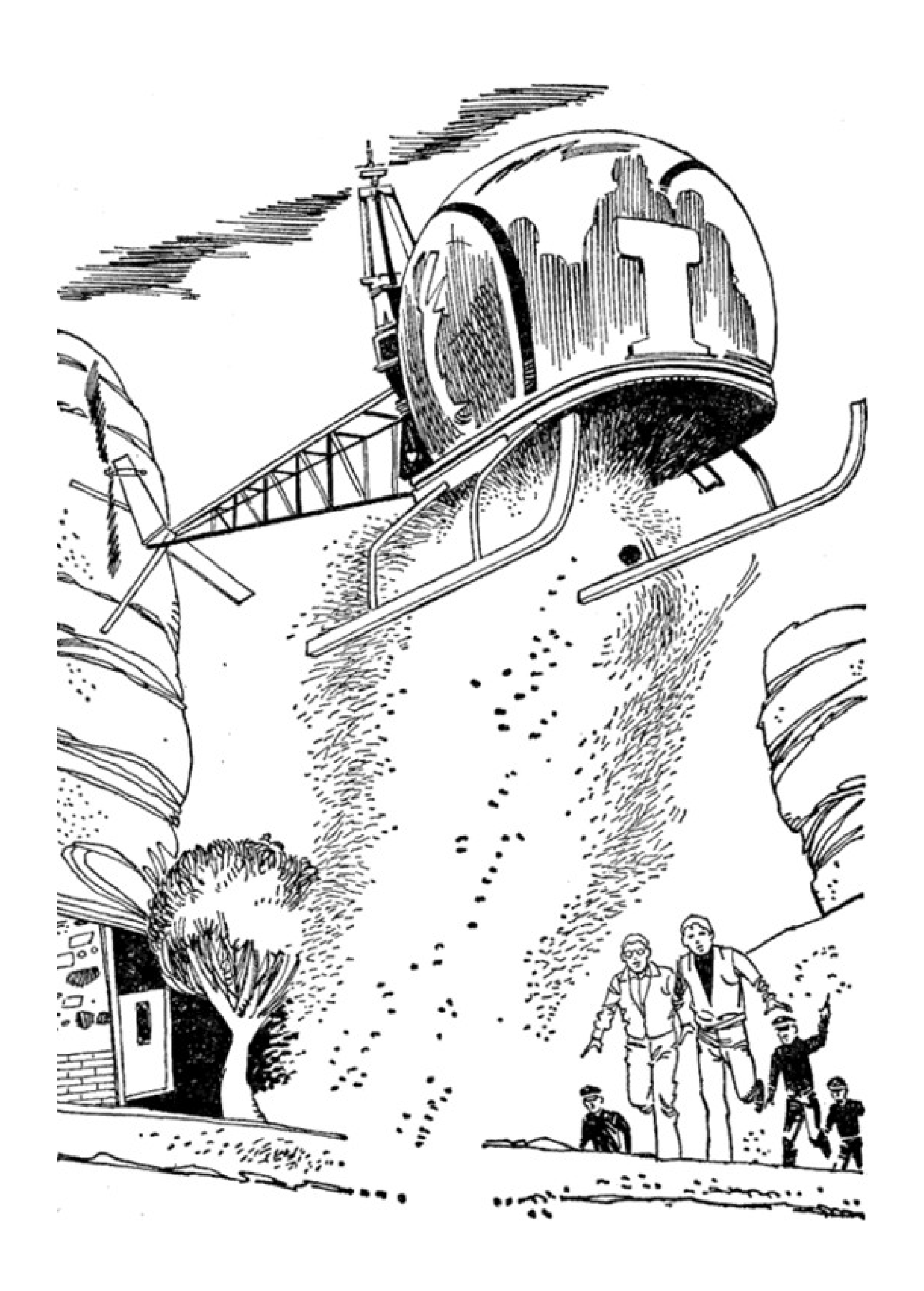
—¡Ah, no podrán huir! —exclamó Pete, echando a correr.

En el momento en que todos empezaban a correr hacia el helicóptero, aparecieron dos individuos por detrás de una cabaña de piedra, llevando cada uno una maleta, y se precipitaron hacia el helicóptero.

—¡Está demasiado lejos! —se quejó de tal contrariedad el jefe Reynolds.

—¡Eh, vosotros! —gritó el *sheriff*, a punto de enronquecer—. ¡Policía! ¡Deteneos!

Pero los bandidos ya habían llegado al aparato. Treparon al mismo y, en tanto el grupo reunido en el cañón asistía a la escena sin poder hacer nada, el helicóptero atronó el espacio nuevamente y se elevó en vertical, en medio de una nube de polvo. Se inmovilizó un momento, se elevó más y se alejó, casi rozando la pared del cañón, camino del sur.



En tierra, todos quedaron pasmados, contemplando el cielo.

—¡Se… se han ido! —tartamudeó tío Titus, casi sin dar crédito a sus ojos.

—¡Les han dejado escapar! —tronó tía Matilda—. ¡Bah, hombres…! Bien, ¿cómo piensan rescatar a mi sobrino?

—¡Todos a los coches! —gritó el *sheriff*—. ¡Y avisad por radio! ¡El helicóptero se dirige al sur!

Sus agentes retrocedieron a la carrera hacia el sendero.

—Un momento señor —dijo Bob—. ¡Yo no he visto a Jupe con sus raptores! ¡Sólo he visto al piloto y a los dos granujas!

—Quizá los hemos asustado —exclamó Pete—. Quizás han dejado a Jupiter en la cabaña.

El jefe Reynolds se dirigió rápidamente a la choza. Empujó la puerta y entró, seguido por los demás, en forma tumultuosa. Examinaron con meticulosidad hasta el último rincón del cubículo.

—¡No está aquí! —gimió Pete.

—Debía estar ya en el helicóptero —razonó Bob, tristemente—. Hemos llegado demasiado tarde.

—No, Archivos —replicó una voz fantasmal, que salía de algún sitio invisible—. En realidad, habéis llegado muy a tiempo.

En aquel momento, se levantaron dos tablas del suelo de la cabaña y por la abertura surgió Jupiter, muy sonriente y satisfecho.

—¡Jupiter! —gritaron todos.

—Naturalmente —repuso el muchacho son serenidad—. ¿Acaso esperabais a otro?

CAPÍTULO 6

Jupiter halla una pista

—… de manera que no podía salir de la cabaña —explicaba Jupiter a los periodistas que le rodeaban en la central de policía—. Pero comprendí que, puesto que no había ningún escondite en la cabaña, podía hacerles creer que había logrado huir, si me ocultaba bajo el suelo. ¡Lo hice… y tuve éxito! Naturalmente, con el tiempo habrían adivinado la verdad, pero la llegada de mis amigos les impidió buscarme con más detenimiento.

—Muy listo para ser un chico —comentó un periodista.

—Jupiter Jones —objetó el jefe Reynolds— no es un chico corriente. No lo es ninguno de los Tres Investigadores. Son auténticos detectives juveniles que, a menudo, me ayudan en mi trabajo.

—Bien, éste será un buen artículo, jefe —dijo el mismo periodista. Luego, se volvió hacia su fotógrafo—. Saca buenas fotos, Joe. Prepararé el artículo para la última edición.

Mientras los periodistas le interrogaban, Jupiter estudiaba el archivo fotográfico de la policía, que contenía retratos de todos aquellos que la policía de Rocky Beach había arrestado alguna vez. También hizo una descripción de los dos bandidos a un dibujante, el cual trazó un boceto de cada sospechoso.

—¿Dijeron los secuestradores qué fin perseguían? —quiso saber un periodista.

—Eso es asunto de la policía —repuso el jefe—, pero puedo decir una cosa: el señor Titus Jones no es ningún millonario, y ni él ni su sobrino conocen ningún motivo válido para ese rapto. Claro está que confiamos conocer el motivo y capturar a esos bandidos dentro de poco tiempo.

Gruñendo por la escasez de noticias, los periodistas terminaron de hacer sus reportajes y se marcharon. Jupiter no había hallado a

los bandidos entre las fotografías del archivo policial, ni estaba satisfecho con los bocetos.

—No se parecen mucho a mis raptores —dijo.

—Opino lo mismo —corroboró Bob.

—¿Se sabe algo nuevo, jefe? —preguntó ávidamente Pete—. Usted ha dicho que esperaba atraparlos pronto.

—Oh, no, Pete —replicó el jefe—. Sólo lo dije de cara al público. En un secuestro es muy importante no revelar a la prensa lo que hace la policía.

—¿Por eso no les notificó que yo estoy convencido de que no se trata de un secuestro ordinario? —inquirió Jupiter.

—Exacto —sonrió el jefe Reynolds—. Cuanto menos crean esos bandidos que sabemos, tanto mejor.

—Entiendo —asintió Jupiter. Luego meditó un segundo—. Por algún motivo, me confundieron con el hijo de un personaje importante de su país, sea cual sea éste, y yo creo que se trata de alguna venganza, de algún acto político, o incluso de una guerra. ¡Necesitaban un rehén!

—Tal vez —admitió Reynolds—. Pero ahora tú ya estás a salvo y nosotros nos ocuparemos del caso. Estamos buscando el helicóptero y haremos circular esos bocetos. Durante unos días, quiero que tengáis mucha cautela. Dentro de poco, estoy seguro, habremos atrapado a esos canallas. Y ahora, como tus tíos, Jupiter, ya se han ido a casa, haré que os lleve un coche patrulla.

Ya fuera de la central de policía, mientras esperaban al coche-patrulla, Jupiter consultó su reloj. Luego frunció el ceño.

—Es tarde, pero quizás alguien podría aún llevarnos al cañón… —dijo el grueso jefe de los investigadores, casi para sí.

—¿A dónde, Jupe? —se atragantó Pete—. Oh, no… Creo que yo no quiero saber ya nada más de este caso.

—¡Jupe! —gritó entonces—. ¡Allí está Worthington!

El chófer se hallaba de pie, junto al «Rolls-Royce», aparcado detrás de otros cuatro coches. Los tres amigos corrieron hacia él.

—¿Aún estás aquí, Worthington? —preguntó Jupiter.

—Nadie me despidió, Master Jones —explicó el chófer—, y además, quería saber si todos estaban bien. Por otra parte —guiñó un ojo—, se me ocurrió que, como todavía falta casi una hora para las cinco, tal vez desearíais ir a algún sitio.

—¡Claro que sí! —exclamó Jupe.

Retrocedió hacia el coche-patrulla, que acababa de llegar, y explicó que ya no lo necesitaban. Después, volvió junto al «Rolls-Royce».

—¡Vamos, adentro todos!

Los tres muchachos penetraron en el vehículo, y Worthington les miró solemnemente desde su asiento ante el volante.

—¿Adónde, señor?

—Al cañón que está cerca de la carretera de la Serpiente de Cascabel, claro.

—¡Oh, no! —se quejó Pete—. El jefe nos ordenó tener cautela.

—Y la tendremos —sonrió Jupiter—. ¡Adelante, Worthington!

El sol veraniego todavía estaba alto cuando llegaron al sendero oculto junto a la carretera de la Serpiente de Cascabel. Worthington cerró el «Rolls-Royce» y, unos veinticinco minutos más tarde, se hallaban en el cañón donde Jupe había estado cautivo.

—Como yo ya estuve en la cabaña y no supe encontrar ninguna pista, por tal motivo pienso que Pete y Worthington deben registrar en su interior y en torno suyo —decidió Jupiter—. Bob y yo examinaremos el lugar donde se posó el helicóptero.

—¿Qué hemos de buscar exactamente, Primero? —quiso saber Bob.

—Además de algún golpe, claro —musitó Pete.

—Cualquier pista, Archivos —repuso Jupiter, sin hacer caso de las quejas de Pete—. Una pista que indique quiénes son esos bandidos, de dónde proceden, qué desean realmente, o dónde están ahora.

Mientras el sol descendía por detrás de los peñascos montañosos, y dejaba al estrecho cañón sumido en las sombras, Pete y el chófer registraron el terreno en torno a la cabaña, sin el menor resultado. Bob y Jupiter tampoco tuvieron mejor suerte en el lugar donde había estado el helicóptero. De pronto, Jupiter recordó que los secuestradores le habían buscado detrás de la cabaña. Los investigadores y el chófer del «Rolls-Royce» se abrieron en abanico y empezaron a recorrer todo el cañón, hasta su límite. Cada vez estaban más desanimados. De improviso, Jupiter se agachó. Recogió algo y lo estuvo mirando unos segundos. Los otros se le aproximaron.

—¿Qué es esto? —preguntó Bob.

—No estoy seguro —fue la incierta respuesta—. Mira.

El diminuto objeto brilló en su mano, bajo los últimos rayos de sol. Era un colmillo de elefante en miniatura, hecho de marfil auténtico, al parecer con incrustaciones de oro, sujeto a un ganchito también de oro.

—¿Un pendiente, quizá? —sugirió Pete.

—¿O un talismán o un amuleto? —añadió Bob—. Posiblemente, algún objeto para la buena suerte, Primero.

—Sea lo que sea —repuso Jupiter—, el labrado es muy tosco, como de confección casera. Creo que es algún producto de artesanía extranjera y no precisamente lo que alguien espera encontrar en este cañón.

—¿Piensas que los secuestradores lo perdieron, Primero? —inquirió Pete.

Worthington tomó el diminuto colmillo y lo estudió unos instantes.

—Pensándolo bien, muchachos —declaró—, el acento de esos raptores se parece mucho al que tienen las personas que habitan las antiguas colonias británicas de África, y este colmillo se parece a otros muchos objetos de joyería que se venden en muchas naciones africanas. Por tanto, soy de la opinión de que los bandidos son quienes lo han perdido aquí.

—Entonces —se entusiasmó Jupiter—, podremos averiguar de dónde proceden.

—Hum, Jupe… —se asustó Pete—, creí que este caso no era nuestro.

—No podemos enfrentarnos con unos secuestradores, Primero —apoyó Bob a Pete.

—De acuerdo, Bob, es la policía la que debe perseguir a esos canallas —concedió el Primer Investigador—. Pero creo que continúa habiendo un chico en peligro y estoy convencido de que se halla en Rocky Beach. Nosotros tenemos que encontrarle y ayudarle.

—¡Ya sabía que encontrarías una buena excusa! —rezongó Pete.

—Tal vez él no esté enterado del peligro que le acecha, Segundo. Y al menos podremos advertirle —replicó Jupiter con firmeza. Luego, se volvió hacia el chófer—. Ahora, ya puedes llevarnos a

casa y, a continuación, devolver el coche a la agencia.

—Muy bien, Master Jones —asintió Worthington.

Mientras regresaban al sendero, en dirección a la carretera de la Serpiente de Cascabel, bajo la evanescente luz del crepúsculo, Pete frunció el ceño.

—¿Pero cómo hallaremos a ese chico? —inquirió.

—Existen varios medios, Segundo —declaró Jupiter, confiadamente—. Mas, antes de buscarlo, debemos saber más cosas sobre él. Esta noche investigaré un poco, y mañana nos reuniremos en nuestro puesto de mando para preparar nuestra estrategia.

CAPÍTULO 7

¿Amigos y enemigos?

—¡Peter! ¡No te tragues así el desayuno! —le riñó la señora Crenshaw a la mañana siguiente.

—Lo siento, mamá, pero tengo mucha prisa.

—No quiero que te mezcles con el secuestro de tu amigo Jupiter, hijo mío —observó con severidad—. En este caso no deben mezclarse los jóvenes.

—Oh, ya lo sabemos. No nos acercaremos en absoluto a esos bandidos, si podemos impedirlo.

—Es difícil imaginar que alguien —sonrió el señor Crenshaw— confundiera a Jupiter Jones con otro chico. Jamás hubiese pensado que pudiera haber alguien parecido a él.

—Bueno, Jupe no les dijo nada. Quiero decir que mantuvo la boca cerrada.

—Ya entiendo —rió la señora Crenshaw—. Esto ya sería una gran diferencia con Jupiter, ¿eh? Jupiter habla tanto…

Pete sonrió como respuesta. Después terminó de desayunar y corrió hacia su bicicleta. El aire todavía era frío mientras rodaba hacia el «Patio Salvaje». Al llegar, se detuvo frente a la cerca trasera, a unos cincuenta metros de la esquina. Toda la valla había sido decorada por artistas de Rocky Beach, y en la parte posterior se veía una escena del terremoto de San Francisco en el año 1906.

Pete quitó el ojo de un perrito pintado en el cuadro (el ojo era un nudo de la madera), y metió la mano por el agujero. Así soltó un pestillo, se movieron tres tablas, y Pete penetró en el patio por la puerta roja de Rover.

Sorteó los montones de chatarra del patio y encontró a Jupiter en su taller descubierto. El jefe del equipo de detectives tenía las piezas de tres instrumentos esparcidas sobre el banco de trabajo.

—Nuestras balizas de emergencia necesitan un reajuste —

explicó—. Puedes ayudarme mientras aguardamos a que venga Bob.

—¿Qué hay de tus investigaciones y tus planes para encontrar a Ian? —quiso saber Pete, al tiempo que se inclinaba sobre las piezas de las balizas de emergencia, que Jupiter había construido unos años atrás—. ¿Has averiguado algo?

—No diría tanto —sonrió Jupe—. En realidad, anoche descubrí muchas cosas, y no creo que sea difícil localizar a Ian Carew.

—¡Cuéntame! —gritó Pete, con ansiedad.

—Hay que aguardar a Bob —replicó Jupiter con una calma enloquecedora—. De nada sirve repetir dos veces las cosas.

Pete gruñó por lo bajo, Jupiter se limitó a sonreír, y ambos estuvieron ocupados con los tres aparatos. Los dos amigos habían ya limpiado las piezas, y las habían reajustado, cuando llegó Bob. Entró en el taller jadeando, a través de la puerta verde, que eran dos tablas verdes de la parte delantera de la valla del patio.

—Lo siento —murmuró, falto de respiración a causa de haber rodado en su bicicleta a toda velocidad—, mamá me obligó a ayudarle en unos quehaceres de la casa. ¿Cuáles son tus planes, Jupe? ¿Has tenido más noticias del jefe Reynolds?

—Sí —asintió Jupiter—. Llamé al jefe esta mañana. Hallaron el helicóptero abandonado en un prado, cerca de Ventura.

—¡O sea, que nos engañaron! Giraron al norte después de ir hacia el sur —exclamó Bob.

Jupiter asintió.

—Era un movimiento lógico, después de saber que la policía los había localizado. El jefe Reynolds afirma que no hallaron ninguna pista en el helicóptero, y que fue alquilado y pagado por correo. Cuando llegó el piloto al aeropuerto, ya llevaba el traje, el casco y las gafas puestas, de modo que nadie sabe cómo es su descripción. Naturalmente, sus papeles eran falsos, y el nombre y la dirección que dio han resultado también falsos.

—Pues sí que es una ayuda —se quejó Pete.

—¿Y los secuestradores? —se interesó Bob.

—Nadie ha podido identificarlos todavía, y mucho menos atraparlos —repuso Jupiter—. Las huellas dactilares que la policía halló en el helicóptero y en el «Mercedes» no están en los archivos del FBI, en Washington. Y el «Mercedes» también era alquilado.

—O sea que estamos en un callejón sin salida —concluyó Pete.

—No es así exactamente, Segundo —sonrió Jupiter—. Como dije, anoche estuve investigando un poco, y creo que ya podemos…

Antes de poder terminar la frase, una poderosa voz sonó a sus espaldas.

—¡De modo que estás aquí, Jupiter Jones! —Tía Matilda se hallaba a la entrada del taller, contemplando al Primer Investigador, con las manos en las caderas—. Prometiste terminar de limpiar el almacén pequeño hace dos días, ¿verdad? Te dejé salir ayer, en contra de mi voluntad, y entonces me prometiste que esta mañana trabajarías en el almacén.

—Lo siento, tía Matilda —se disculpó Jupiter, con voz queda y contrita.

—¡Claro que lo sientes! Supongo que todo esto sucede porque sólo falta una semana para que se reanuden las clases. Correteas por ahí, sin hacer nada, y comiéndote todo lo que hay a la vista. ¡Parece como si los buitres hubiesen asaltado mi refrigerador!

—Oh, yo… yo no he tocado nada —tartamudeó Jupiter.

—Tonterías… Fíjate, cada día estás más gordo. ¡Trabajar te sentará bien!

—Pero —protestaron Bob y Pete—, nosotros tenemos algo que…

—Lo vuestro puede esperar —decidió tía Matilda—, y podéis poner un poco de orden en este taller, mientras Jupe termina la labor que empezó. ¡Ahora, en marcha, jovencito!

Jupiter suspiró antes de murmurar:

—Dejad juntas las balizas de emergencia, chicos. No tardaré.

Bob y Pete asintieron con tristeza, mientras Jupiter salía en dirección al despachito del patio, con tía Matilda detrás, como un sargento de instrucción de la infantería de marina.

Ardiendo en curiosidad por saber qué habría averiguado Jupiter durante la noche, Bob y Pete empezaron a trabajar de nuevo en las balizas de emergencia. Era una labor lenta y delicada, y Pete se equivocaba continuamente. Pero con la ayuda de Bob, mucho más hábil, finalmente consiguieron reajustar por completo los tres aparatos.

Después ordenaron debidamente el taller.

Al ver que Jupiter no regresaba aún, decidieron aguardarle en el remolque que les servía de puesto de mando, por lo que se arrastraron por el interior del túnel dos.

—¡Alto, amigos!

Con la cara muy colorada y lleno de sudor a causa del trabajo realizado en el almacén, Jupiter corría hacia el taller. Bob y Pete salieron del túnel.

—¿Qué averiguaste anoche, Jupiter? —preguntó Pete lleno de curiosidad.

—Sí, ¿qué descubriste? —le urgió Bob.

—Bueno, al parecer…

—¡Jupiter Jones!

Tía Matilda le llamaba otra vez desde la oficina.

—¡Oh, no! —gruñó Pete.

—¡Escondámonos! —propuso Bob.

—No serviría de nada —se desconsoló Jupiter.

—Es verdad —reconoció Pete—. No es posible ocultarse de tía Matilda. ¡Es Scotland Yard, el FBI y la Policía Montada del Canadá, todo junto! Será mejor saber qué quiere.

Salieron del taller y cruzaron el «Patio Salvaje», por entre las pilas de chatarra. De repente, Bob señaló hacia tía Matilda, que se hallaba fuera de la pequeña oficina.

—¡Jupe, con tu tía hay dos hombres! —gritó.

—No… no serán los bandidos —tartamudeó Pete.

—No —replicó Bob—. Uno es negro.

—¿Un negro? —repitió Jupiter—. Claro, esto es lógico. Vamos, amigos.

—¿Lógico? —se asombró Pete—. ¿Cómo puede ser lógico que venga aquí un negro?

Pero Jupiter no le contestó, pues había echado a andar. Bob y Pete le alcanzaron cuando llegaba al despachito. Tía Matilda miró suspicazmente a los Tres Investigadores.

—Esos caballeros quieren hablar con vosotros —anunció—. Creo que hablan de contrataros. ¡Espero que no se trate de algo que os tenga entretenidos toda la semana!

—No, señora —repuso el desconocido de piel blanca. Era alto y rubio, aunque tan bronceado como los secuestradores—. Pero queremos encargar a estos muchachos una pequeña investigación.

Los Tres Investigadores contemplaron con sorpresa al individuo rubio… ¡Hablaba con el mismo acento que los raptores!

—Mejor que sea pequeña —rezongó tía Matilda—. La próxima

semana empieza el nuevo curso escolar y ya no pueden perder tiempo.

Tras esta andanada, tía Matilda entró en el despacho y dejó a los muchachos con los dos desconocidos. Jupiter miró rápidamente a su alrededor e indicó a los dos recién llegados que le siguieran al taller. Ya allí, Jupiter se volvió ávidamente hacia los visitantes.

—Se trata del secuestro, ¿verdad? —inquirió—. ¿Quiénes son ustedes, caballeros?

—Yo soy Gordon MacKenzie —se presentó el rubio—, y éste es —añadió, señalando al negro— Adam Ndula. Sí, se trata de tu secuestro.

—Necesitamos la ayuda de unos buenos detectives de aquí —aclaró Adam Ndula—. Podemos explicar por qué te raptaron a ti, y qué es todo lo que quieren realmente esos bandidos.

—Nos encantará ayudarles, señor Ndula —repuso Jupiter—, pero ya sabemos por qué me raptaron, y lo que desean realmente esos bandidos.

—Ah —se asombró Pete—, ¿lo sabemos?

—Sí, Segundo, lo sabemos —asintió Jupiter con firmeza—. A mí me raptaron porque me parezco mucho a un chico llamado Ian Carew. Ian es hijo de *sir* Roger Carew, y *sir* Roger es el primer ministro de la pequeña colonia británica de Nanda, al sur de África. *Sir* Roger piensa convertir el año próximo a Nanda en una nación independiente con un gobierno de mayoría negra y una minoría de blancos moderados. Pero a *sir* Roger se le opone la Alianza Negra de Nanda, organización de carácter extremista ilegal, y los extremistas blancos del Partido Nacionalista, que quieren un gobierno sólo formado por blancos y que el ejército mantenga a la mayoría negra en una casi esclavitud.

—¡Atiza, Jupiter! —se maravilló Bob—. ¿Cómo te enteraste de todo esto?

—¿Y qué tiene esto que ver con el secuestro? Pete.

—Éste fue el motivo del rapto, Segundo —declaró el gordo investigador—. Los secuestradores pertenecen al grupo de extremistas blancos del Partido Nacionalista. Planearon secuestrar a Ian Carew para retenerlo como rehén y obligar a *sir* Roger a cambiar de planes, y que Nanda continúe bajo un gobierno exclusivamente blanco. Los señores MacKenzie y Ndula

seguramente son miembros del partido moderado de *sir* Roger, que han venido para salvar a Ian.

De pronto, el taller quedó en un completo silencio.

—¡Tú sabes mucho —aulló Adam Ndula— y tal vez demasiado!

En su mano, empuñaba una enorme pistola.

CAPÍTULO 8

En la plaza de Djanga

Los ojos de Ndula parecían estar desorbitados en su oscuro rostro. Mantenía la pistola directamente apuntada contra Jupiter.

—Sólo existe un medio para que hayas podido saber tantas cosas —gruñó Ndula—. Sólo hay una forma de que sepas quiénes somos. ¡Tú trabajas para esos secuestradores! ¡Eres un espía!

—Calma, Adam —intervino MacKenzie. Su voz sonaba tranquila, pero su mirada era tan mortal como la de Ndula—. Bien, jovencito, ¿qué dices en tu defensa? ¿Cómo sabes tantas cosas de nosotros?

—Es muy sencillo, señor MacKenzie —replicó Jupiter con su tono más digno de voz—. No soy un espía ni soy un tonto. Si colaborase con los secuestradores, no habría sido tan idiota como para descubrirme.

Ndula le contemplaba atentamente.

—Sigue, muchacho.

—Explica eso tan sencillo —le instó MacKenzie.

—Muy bien —asintió Jupiter—. En primer lugar, mientras estuve en poder de esos bandidos, escuché su conversación. Tenían un acento raro, y estaba claro que me habían confundido con un tal Ian, hijo de un personaje importante llamado *sir* Roger. Cuando me escapé, nosotros volvimos al lugar de la cabaña donde me habían secuestrado. Y allí encontramos esto —enseñó el pequeño colmillo de marfil, engastado en oro—. Nuestro chófer, Worthington, aseguró que procedía de África, y también se mostró convencido de que el acento de aquella gente pertenecía a los habitantes de una pequeña colonia británica de África.

MacKenzie cogió el colmillo y lo examinó. Luego, se lo pasó a Ndula, el cual movió la cabeza con cierta incredulidad todavía.

—En Rocky Beach —continuó Jupiter— hay una excelente biblioteca y no tardé mucho en averiguar que la pequeña colonia

inglesa de Nanda tiene un primer ministro llamado *sir* Roger Carew, que se halla en el centro de una batalla por la independencia del país. Estaba claro que los raptores eran enemigos de *sir* Roger y que habían proyectado mantener como rehén a Ian, como un arma contra *sir* Roger. De modo que los secuestradores debían ser extremistas blancos opuestos a los planes para el futuro de Nanda. Como ustedes hablan con el mismo acento, y como pertenecen a dos razas diferentes, pero trabajan juntos, resultó una deducción muy simple concluir que ustedes son seguidores del primer ministro *sir* Roger Carew.

—¡Diantre, sí que es sencillo! —se admiró Pete.

—Lo es, explicado por Jupiter Jones —sonrió MacKenzie, y luego miró a Ndula—. ¿Satisfecho, Adam?

—Sí —asintió el negro, guardándose la pistola—. Estos muchachos parecen honrados.

—Y muy buenos detectives —añadió MacKenzie—. Que es lo que creo que el joven Jupe quiso demostrarnos, ¿eh?

Jupiter enrojeció de placer y sonrió.

—Pensé que una demostración de nuestra labor podría servir de ayuda.

—Sí, nos ha ayudado —concedió—. Ayer llegamos a Rocky Beach y leímos la noticia del rapto en el periódico de la noche. Cuando vimos el retrato de Jupiter, comprendimos lo sucedido. El periódico mencionaba que Jupiter formaba parte de los Tres Investigadores, de modo que esta mañana nos informamos y así supimos que erais detectives. Pero una demostración es mucho mejor que las palabras, ¿verdad?

Jupiter asintió y entregó una tarjeta a los dos extranjeros. Los dos nativos de Nanda la estudiaron.

—Muy profesional —comentó MacKenzie.

—¿Entonces, nos contratan? —exclamó Pete. MacKenzie miró a Ndula.

—¿Qué opinas, Adam? ¿Son esos chicos tan llenos de recursos los que necesitamos?

—Creo que sí, Gordon —concedió el negro.

Bob y Pete resplandecieron, mientras Jupiter se mostraba pensativo.

—Señor, ¿me parezco mucho a Ian Carew? —quiso saber el Primer Investigador.

—Llamadme Mac y tuteadme, y así todos seremos amigos. Sí, Jupiter, eres el doble casi perfecto de Ian, con un parecido asombroso. Claro que no engañarías a quien conozca muy bien a Ian, pero eres muy semejante a él. Además, Ian lleva dos años en Estados Unidos y, en ese tiempo, un muchacho cambia mucho, por cuya razón esos bandidos pudieron confundirte. Naturalmente, Ian habla con nuestro acento, por lo que me sorprende…

—Lo sospeché, Mac —explicó Jupiter—, y por esto me callé. Temí que si los secuestradores descubrían su error, yo correría un peligro aún mayor.

—Así habría sido —asintió torvamente Ndula—. No sabemos quiénes son personalmente, pero todos ellos son extremistas muy peligrosos.

—Creemos que fueron ellos los que perdieron ese colmillo —intervino Bob—. ¿Significa algo para vosotros?

—No —negó Ndula—, aunque decididamente es de Nanda.

—Entonces, no hay duda de que esos hombres son extremistas de allí —resumió Jupiter.

—No hay la menor duda —corroboró MacKenzie—. Ian iba a una escuela de Los Ángeles para impedir precisamente que sucediera tal cosa; es decir, que los extremistas lo usaran para extorsionar a *sir* Roger. Sin embargo, esos extremistas descubrieron el paradero de Ian y trataron de raptarle en Los Ángeles hace ya una semana. Logró escapar y desapareció por completo. En nuestro país, *sir* Roger estaba frenético hasta que Ian le envió un mensaje por mediación de la Misión Comercial de Nanda en Los Ángeles.

—¿Qué mensaje? —se interesó Jupiter.

—¿Y qué es una misión comercial? —agregó Pete, ingenuamente.

—Una misión comercial es un grupo oficial que intenta incrementar los negocios y las relaciones comerciales entre dos países —explicó Ndula.

—Y el mensaje era corto y muy raro —añadió MacKenzie—. Para nosotros, casi carente de sentido, salvo que mencionaba Rocky Beach. Ian debió temer que nuestros enemigos vieran el mensaje, cosa que seguramente lograron, pues de lo contrario no habrían venido aquí a buscarlo.

—¡Queréis que nosotros descifremos ese mensaje! —gritó Pete.

—¡Veámoslo! —pidió Bob.

—Está en nuestro hotel, en la caja fuerte, para más seguridad —repuso Ndula—. Iréis allí con nosotros ahora mismo.

Los tres muchachos siguieron a los nativos de Nanda fuera del «Patio Salvaje», hasta un «Cadillac» negro. Cuando iban a subir al vehículo, Pete se detuvo de repente.

—¡Jupe! —murmuró el Segundo Investigador—. ¡Mira en aquel solar!

Señalaba al otro lado de la calle, hacia el solar contiguo a la casa de tía Matilda y tío Titus.

—¡Había alguien allí, delante del grupo de arbustos! —exclamó—. ¡Estoy seguro!

—¿Vamos a comprobarlo? —propuso MacKenzie.

Se acercaron lentamente al solar. Se hallaba protegido de la calle por varios arbustos, pero atisbando por entre los ramajes, pudieron tender la vista hasta la manzana próxima de casas. En el solar no había nadie. Pete registró los arbustos por donde creía haber visto a alguien, y de pronto señaló al suelo. Allí había una

colilla de cigarrillo que todavía humeaba.



—¡Aquí había alguien! —proclamó Pete.

—Posiblemente, un obrero que descansaba fumando —opinó Jupiter.

—Posiblemente —asintió MacKenzie.

—Al fin y al cabo —añadió Jupe, como queriendo convencerse a sí mismo—, ¿por qué tendría nadie que espiar el «Patio Salvaje»? Si los secuestradores siguen en este distrito, ya habrán leído el periódico y se habrán enterado de su equivocación.

Volvieron al «Cadillac». Ndula condujo y MacKenzie habló con los muchachos.

—Debemos hallar lo antes posible a Ian. Tal vez no había nadie acechando desde aquel solar, pero temo que los secuestradores sigan en Rocky Beach. No se rendirán fácilmente. En Nanda, la jugada es demasiado importante para que se dejen asustar por unos policías.

—La gente sacrifica su vida por un ideal —comentó Jupiter.

—Exacto —asintió MacKenzie—. Y no sólo lo hacen los extremistas políticos. *Sir* Roger ama a Ian, pero su país es lo primero. Aunque esos extremistas capturasen a su hijo, *sir* Roger no accedería a sus pretensiones. Ni siquiera por la vida de Ian.

Los muchachos tragaron saliva, pero no respondieron.

El «Cadillac» no tardó en seguir el senderito del hotel Miramar, a orillas del mar. MacKenzie subió a su habitación con los chicos, mientras Ndula iba a buscar el mensaje a la caja de seguridad. Luego, MacKenzie cerró la puerta, y todos se agruparon en torno a Jupiter, el cual leyó el mensaje en voz alta:

> *«Atacado en Los Ángeles. Asustado. Rocky Beach. Plaza de Djanga».*

Los tres muchachos se miraron desanimados.

—¡Si casi no dice nada! —exclamó Pete.

—Ni hay nada que esté en clave —añadió Bob.

—No —asintió Jupiter, estudiando el mensaje cifrado—. Excepto, tal vez, la última frase: «Plaza de Djanga». ¿Qué significa?

—Esperábamos que tú nos lo dijeses —replicó MacKenzie—. Hemos consultado todas las guías y planos de Rocky Beach, y no hay la menor referencia a Djanga. Creíamos que podría tratarse de

algún local, o una plaza sólo conocida de cuantos viven aquí.

—Nunca he oído ese nombre —se ensombreció Bob.

—Tampoco yo —agregó Pete.

Jupiter sacudió la cabeza, negativamente.

—Es inútil, Gordon —exclamó Ndula, apesadumbrado—, estos muchachos son incapaces de ayudarnos.

CAPÍTULO 9

Jupiter se mantiene firme

—Siempre es posible ayudar a alguien —exclamó Jupe con firmeza.

—¿Tienes alguna idea, Jupe? —preguntó MacKenzie rápidamente.

—¿Cuál es, Primero? —añadió Bob.

Jupiter contempló un instante el breve e intrigante mensaje.

—Ian se asustó cuando intentaron raptarlo en Los Ángeles —murmuró luego—. Huyó de allí y vino hacia aquí. ¿Por qué escogió Rocky Beach como escondrijo?

—Estuvo aquí cuando en la escuela tuvieron vacaciones —explicó Ndula—. Cuando *sir* Roger vino a verle el año pasado, pasaron una semana en Rocky Beach.

—¡O sea, que ya conocía este distrito! —exclamó Jupiter.

—Claro, lo conocía y vino aquí —repitió Pete—. Bueno, ¿qué tiene de extraño eso?

—Es extraño, Pete, porque probablemente significa que ya conocía algún sitio donde esconderse y deseaba comunicárselo a *sir* Roger. Y esto es lo que intentó hacer al elegir la frase «plaza de Djanga».

—Pero —objetó Ndula—, *sir* Roger no sabe qué significa dicha frase.

—Sin embargo —insistió Jupiter—, tiene que ser una pista del sitio donde se halla escondido. Estaba asustado y no habría perdido el tiempo poniendo frases inútiles en el mensaje. Tuvo que haber una buena razón para la frase relativa a la plaza de Djanga; y puesto que en Rocky Beach no hay, al parecer, ninguna plaza con este nombre, y nosotros no lo hemos oído jamás, tiene que tratarse de un significado indirecto. Debe tratarse de una pista del lugar donde está.

—Para que los extremistas no lo entendieran si veían el mensaje

—añadió Pete.

—Exactamente, Segundo —asintió Jupiter—. Mac, esta palabra es africana, claro. ¿Qué significa en Nanda?

—Esto es lo malo —replicó el rubio—. No significa nada que nos ayude. Djanga es el nombre del último gran caudillo de la tribu Nanda que compone la mayoría de los nativos del país. Adam es miembro de esa tribu.

—Djanga fue el último jefe que luchó contra los invasores europeos y los colonos a principios de los años 1880 —explicó Ndula—. Su nombre significa algo parecido a «nube de trueno» o «ruido de lluvia», según la traducción.

—¿Nada más? —dijo Jupiter algo desanimado—. De acuerdo, tiene que tratarse de un lugar especial. ¿Existe algún suceso, alguna acción asociados con él?

—Puede haber cientos, Jupe —repuso MacKenzie—. Djanga es un héroe legendario. Hay infinitos mitos, batallas e historias asociadas con él. Y tardaríamos semanas en desentrañarlos todos.

—Y no tenemos ninguna semana —recordó Ndula—. El tiempo es algo vital. Tal vez no tengamos ni siquiera días.

—Sí, Jupe —asintió Bob—, este caso parece perdido.

—¡Tiene que haber una explicación! —se enfureció Jupiter—, Ian estaba desesperado, de modo que tuvo que usar una asociación muy conocida. Algo que estaba seguro daría una pista rápidamente. Mac, ¿puedes nombramos los sitios, sucesos o acciones más importantes relacionados con Djanga? ¿Algo que conozca la gente de Nanda?

—Bueno… —meditó MacKenzie un instante—. Hubo una gran victoria contra el ejército inglés en Imbala y su derrota final en Zinfwala. El general al que Djanga derrotó era *lord* Fernwood, y el que al final le venció a él fue el general Audley.

Bob garabateó los nombres en su cuaderno de notas.

—La capital de Djanga era Ulaga —añadió Ndula—. Cuando fue derrotado, el ejército inglés le tuvo prisionero en Fort George.

—Pero escapó y trató de seguir la lucha —agregó MacKenzie—. Su cuartel general estaba en el lejano valle de Karga.

—Y finalmente murió en una escaramuza que tuvo lugar cerca de un poblado llamado
Smith’s

Ford —concluyó Ndula.

Jupiter asintió.

—Tenemos que coger todos esos nombres relacionados pon Djanga y…

Una llamada a la puerta hizo que todos se girasen. La llamada sonaba urgente. Se oyó una voz femenina fuera.

—Señor MacKenzie… Señor Ndula…, ¿están aquí?

MacKenzie fue hacia la puerta.

—Es la señorita Lessing, de la misión comercial. Es nuestro contacto con *sir* Roger.

—¡Tal vez *sir* Roger haya encontrado ya a Ian! —gritó Ndula.

MacKenzie abrió la puerta, y apareció una joven alta, de cabello oscuro y ataviada con suéter y pantalones grises.

—¿Le han encontrado? —preguntó con ansia—. Me dijeron ustedes que no usase el teléfono, y hay un comunicado secreto y urgente de *sir* Roger que dice…

De pronto, la señorita Lessing vio a los muchachos y dejó de hablar. Les contempló con suspicacia.

—Creí que estaban solos los dos, señor MacKenzie —continuó—. El mensaje de *sir* Roger es oficial. No puedo revelarlo delante de unos extraños.

—¿Se refiere a Ian, señorita Lessing? —inquirió MacKenzie.

—¿Le ha encontrado *sir* Roger? —añadió Ndula.

—No, creo que no.

—De acuerdo —asintió Mac—. Muchachos, creo que debéis empezar la búsqueda al momento. Recordad que debemos hallar a Ian lo antes posible. Tan pronto como sepáis algo poneos en contacto con nosotros.

Los muchachos asintieron y salieron de la habitación del hotel. Ya fuera, corrieron hacia la parada del autobús.

—¿Por dónde empezamos, Primero? —quiso saber Bob.

—Compararemos todo lo que sabemos sobre Djanga con la guía telefónica, el directorio de la ciudad, los planos y todas las demás referencias a Rocky Beach, sitios donde pueda estar escondido Ian —ordenó Jupiter—. Ian escribió «plaza de Djanga», de modo que empezaremos por las plazas. Vamos a repartirnos la tarea. Pete irá al Ayuntamiento a mirar los planos. Tú, Bob, estudiarás el directorio de la ciudad y la guía de teléfonos, mientras yo pruebo

fortuna en la Sociedad Histórica.

—¿Puedo pasar antes por casa para almorzar? —inquirió el siempre hambriento Pete.

—De eso nada, Segundo —replicó Jupiter, suspirando—. Cómprate un bocadillo y estudia los planos. Esta tarde nos reuniremos en nuestro puesto de mando.

Llegó el autobús y todos subieron al mismo. Mientras se dirigían al centro de la ciudad, Bob sacó el cuaderno y redactó tres listas de todos los lugares asociados con Djanga. Provistos de las listas, los muchachos se separaron poco después.

Eran ya las tres y media cuando Jupiter salió de la Sociedad Histórica y se dirigió hacia el puesto de mando secreto de los Tres Investigadores. No había hallado en las recientes historias de la zona de Rocky Beach nada que se pareciese a Imbala, Zinfwala, Ulaga, Fort George o valle de Karga, ni tampoco Smith's Ford, ni siquiera Fernwood o Audley.

Ni Bob ni Pete estaban en el remolque. Jupe colocó baterías nuevas en las balizas de emergencia que estaban aún en el taller y afinó un poco más los aparatos. Después, se arrastró hasta el remolque y se sentó, tratando de hallar alguna relación, próxima o remota, entre el jefe Djanga y Rocky Beach.

Tenía que existir una respuesta, y Jupiter estaba seguro de que tenía que estar en alguno de los famosos lugares asociados con el antiguo caudillo de Nanda.

Eran casi las cinco cuando llegaron Pete y Bob. Sus expresiones contaban su fracaso.

—Nada en absoluto —suspiró Bob.

—Casi todo son nombres africanos, Primero —añadió Pete—. En Rocky Beach no hay nombres africanos.

—Aún no lo hemos intentado todo —les animó Jupiter—. Después de cenar iremos a la biblioteca y buscaremos todo lo referente a Djanga. Tal vez haya algunos nombres importantes que no recuerden Mac y Ndula.

—Esta noche he de salir con mis padres —exclamó Bob.

—Y yo he de trabajar un poco después de cenar —se lamentó Pete.

—Está bien —se conformó Jupiter—. Continuaré solo.

—Jupe —dijo Pete con inquietud—. Tengo la sensación de que seguimos un camino equivocado.

—Quizá tengas razón, Pete —asintió Bob.

—¡No! Estoy convencido de que Ian deseó decir dónde está.

Sin embargo, Jupiter ya no se mostraba tan confiado.

CAPÍTULO 10

Jupiter olvida una cosa

Jupiter jugueteó solamente con su desayuno a la mañana siguiente. No tenía apetito.

—¡Dios mío! —exclamó tía Matilda—. ¿Estás enfermo?

—No, tía —suspiró Jupiter.

Había dormido poco, se despertó temprano y estuvo en cama, preguntándose si Pete tendría razón. Había hallado un volumen dedicado a Nanda en la biblioteca, lo había estudiado, y había pasado parte de la noche leyéndolo en el cuartel general. Sin embargo, sabía tan poco como antes.

—¿Quieres un poco de tocino? ¿Unas galletas? —sugirió tía Matilda, un poco preocupada, cuando Jupiter terminó el plato de cereal.

—Bueno, una galleta —aceptó el chico—. Y un poco de tocino. Cuatro o cinco pedazos nada más.

—Ese muchacho se morirá de hambre —sonrió tío Titus.

Jupiter estaba seguro de que Ian Carew había intentado revelar su escondite, pero o bien había sido demasiado cuidadoso, o Jupiter había pasado algo por alto. O se había olvidado de algo. En última instancia, tuvo que admitir que estaba en un callejón sin salida. Y peor aún: ¡cuando terminó de desayunar, no sabía por dónde volver a empezar!

Entonces sonó el teléfono. Jupiter ni siquiera levantó la cabeza. Estaba meditando en su fracaso. No le gustaba ser derrotado.

—Te llama Bob —le anunció su tía.

Jupiter cogió el receptor lentamente.

—¿Qué hay, Archivos?

—¡Lo has descubierto, Primero! ¿Por qué no nos avisaste?

—¿Qué? —exclamó Jupe, parpadeando—. ¿Qué he descubierto?

—¡Dónde está escondido Ian!

—No bromees, Archivos. Esta mañana no estoy de humor —replicó Jupiter—. Tenemos que ir a ver a MacKenzie y a Ndula y probar por otros medios. Después…

—¿Quieres decir que no lo descubriste?

Bob parecía asombrado.

—¿Descubrir? ¿Descubrir qué? ¿En dónde?

—En el libro que anoche te llevaste de la biblioteca.

—¿De qué estás hablando? En ese libro no hay nada. Y lo leí de principio a fin.

—¡Entonces, no lo viste! Bien, los dos vamos hacia el puesto de mando.

—Bob, ¿qué diablos…?

Pero Bob ya había colgado. Jupiter se tragó apresuradamente la galleta, salió de casa y cruzó la calle en dirección al «Patio Salvaje». Cuando entró en el remolque o sea el cuartel general de los Tres Investigadores, por la trampilla del túnel dos, Pete y Bob le sonrieron maliciosamente.

—Un detective ha de tener siempre bien abiertos los ojos —se burló Pete con fingida seriedad.

—¿De veras no lo viste, Primero? —le secundó Bob.

—Si había algo que ver… —murmuró Jupiter.

—Cuéntaselo, Archivos —urgió Pete.

—Bueno —empezó Bob—, tú no estabas aquí cuando nosotros llegamos y, mientras te esperábamos, Pete se fijó en el libro que tú te llevaste de la biblioteca como préstamo ayer tarde. De modo que estuvimos leyendo todo lo referente al jefe Djanga… ¡y lo encontramos!

—Encontrasteis ¿qué? —se impacientó Jupiter—. Archivos, habla claro.

Bob cogió el libro y empezó a leer:

> *«Para Djanga, el último de los grandes caudillos de Nanda, el gran momento de esperanza llegó cuando sus soberbias fuerzas de nativos derrotaron y casi liquidaron a un pobre regimiento inglés de unos seiscientos soldados y un millar de nativos en Imbala, la Colina del León Rojo, deteniendo de este modo el avance europeo al menos por tres años».*

Bob calló. Tanto él como Pete sonreían, mirando a Jupiter. El obeso jefe del equipo de detectives parpadeó sin entender nada.

—¿Y qué? —gritó—. ¡Ya sabíamos lo de Imbala y…!

—¡Jupe! —exclamó Bob—. ¡La Colina del León Rojo! Esto es lo que significa en inglés Imbala. ¿No te acuerdas? ¡El Rancho del León Rojo! ¡El famoso hotel donde suelen pasar las vacaciones en privado todas las grandes estrellas de cine de Hollywood!

Por un momento, Jupiter quedóse estupefacto. Luego, se echó a reír a carcajadas, y palmeó a Bob en la espalda.

—¡Lo has logrado, Archivos! —asintió—. ¡El Rancho del León Rojo! Hoy día no es muy popular, pero todavía es un lugar tranquilo y aislado. Sí, el lugar que hubiese elegido *sir* Roger para pasar allí unos días con su hijo. ¡Lo siento, pero el significado de Imbala se me escapó por completo!

—Bah, todos cometemos equivocaciones —dijo magnánimamente Pete.

Luego, él y Bob estallaron en una carcajada, a la que finalmente se unió Jupiter, haciéndoles coro.

—Bien, bien —dijo un segundo más tarde el Primer Investigador —. Vamos a llamar a Mac y a Ndula.

Sin embargo, nadie contestó en la habitación del hotel, cuando Jupe llamó allí.

—Probablemente estarán desayunando —comentó Jupe—. Iremos a visitarles.

—Entonces, será mejor que cojamos el autobús —propuso Bob —. Seguramente, nos llevarán en su coche al León Rojo, y las bicicletas nos molestarían.

—Buena idea —concedió Pete.

Jupiter también asintió, y los tres amigos salieron de su puesto de mando.

Veinte minutos después, un autobús les dejó frente al hotel Miramar. El recepcionista llamó a la habitación de los dos africanos, y luego les notificó a los Tres Investigadores que podían subir.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Jupiter, al entrar en la habitación con los otros dos.

—No, pero en Nanda la situación es crítica —explicó MacKenzie —, y *sir* Roger desea hallar a Ian lo antes posible.

—Creo que en esto podemos echar una mano —dijo Jupiter, con

cierta indolencia triunfal.

Acto seguido, les comunicó a MacKenzie y a Ndula lo que habían adivinado.

—¡Claro, el León Rojo! —exclamó Ndula—. Esto es precisamente lo que significa Imbala. Buen trabajo, amiguitos. Seguro que tenéis razón. *Sir* Roger se hallaba demasiado preocupado para adivinar lo que Ian intentaba comunicarle.

—Ya dije que erais unos chicos listos —sonrió MacKenzie—. Bien, iremos allá en el coche.

Ya en el aparcamiento, todos montaron en el «Cadillac», y MacKenzie se puso al volante. Bob le guió por el distrito hacia los arrabales del norte, casi al pie de las montañas. Invisible casi desde la carretera, el Rancho del León Rojo estaba constituido por un edificio principal de tres plantas, y un conjunto de pabellones de estuco amarillo y marcos de puertas y ventanas blancos, detrás de una especie de cerca de adelfas e hibiscos. MacKenzie detuvo el auto y todos se dirigieron al edificio principal.

En el mostrador de recepción, un empleado, que lucía un traje negro inmaculado, les sonrió cortésmente. De pronto, su sonrisa se desvaneció.

—¡Señor Ember! —gritó.

Se abrió una puerta lateral y un individuo bajo y grueso, que llevaba una chaqueta a cuadros y pantalones color marrón, apareció en el umbral. El recién llegado contempló a Jupiter y avanzó hacia él.

—¡Vaya, ya has vuelto! Ya era hora. Supongo que ahora abonarás tu factura al momento, jovencito.

—¡Ian Carew estuvo aquí! —exclamó Jupiter.

—¿Es usted el gerente? —preguntóle MacKenzie al individuo de corta estatura.

—Sí, yo soy el gerente —masculló aquél, sin dejar de mirar malévolamente a Jupiter—. No sé qué pretendes, joven, pero si no pagas ahora mismo lo que debes, tendré que llamar a la policía.

—No será necesario —le calmó Ndula—. Nosotros pagaremos la cuenta. Este joven no es Ian Carew.

—¿No? —El gerente les miró a todos, confuso y suspicaz—. No crean que podrán engañarme…

—Se parece mucho a Ian —insistió MacKenzie—, pero le

aseguramos que no es él.

A continuación relató todo lo referente a la semejanza entre los dos muchachos.

—Tal vez viera usted mi foto en el periódico el otro día —intervino Jupiter, deseoso de demostrar claramente quién era.

El gerente movió la cabeza.

—Estos días he estado muy ocupado, ya que aquí se ha celebrado un congreso muy importante. No he tenido tiempo de leer los periódicos —miró fijamente a Jupiter, observando sus ropas—. Debo confesar —añadió untuosamente—, que jamás había visto a Ian Carew vestido tan… tan descuidadamente. Pero, si no eres Ian Carew, ¿por qué se ofrecen esos caballeros a pagar tu cuenta?

—El señor Ndula y yo somos representantes de *sir* Roger Carew —explicó MacKenzie—. Aquí tienen nuestras credenciales. Puede consultar con la misión comercial de Los Ángeles. Y ahora, si nos dice cuánto le debe Ian, le pagaremos.

El recepcionista le entregó la factura a Ndula, el cual la pagó mientras el gerente examinaba las credenciales ofrecidas, sin dejar de mover la cabeza.

—Esto es muy raro —dijo una y otra vez.

—Lo comprendo, y me gustaría poder darle más detalles —sonrió MacKenzie—, pero se trata de un asunto muy delicado, y extremadamente urgente. Debemos hallar rápidamente a Ian ya que no está aquí. ¿Puede contarnos qué sucedió desde su llegada?

—Bueno… —vaciló el gerente. De pronto, se decidió—. Está bien. Llegó hace cosa de una semana. Le reconocí por su anterior estancia aquí con su padre, claro. Dijo que dentro de unos días debía reunirse de nuevo aquí con su padre. Naturalmente, nos mereció todas nuestras atenciones. Pero unos días más tarde llegaron dos hombres preguntando por Ian. También afirmaron ser agentes de *sir* Roger. Parecían conocer muy bien al chico y preguntaron el número de su habitación. Nosotros jamás damos tal información sin antes anunciar a los visitantes. Les pregunté sus nombres y llamé a la habitación que ocupaba el joven Carew. Ian me contestó que podían subir.

—¿Puede describir a esos hombres? —preguntó rápidamente Jupiter.

—No muy bien…; vinieron hace cuatro días. Pero uno era

corpulento, con el cabello muy rizado, y el otro era más alto y más delgado, con cabello más oscuro. No recuerdo sus nombres.

MacKenzie y Ndula miraron a Jupiter, el cual asintió. Seguro que eran sus captores.

—¿Qué ocurrió cuando subieron? —quiso saber MacKenzie.

—Resultó algo extraño, aunque entonces no me lo pareció. Tan pronto como los dos desconocidos llegaron al piso en el ascensor, vi cómo Ian Carew abandonaba subrepticiamente el hotel. Unos cinco minutos después descendieron los dos agentes y también se marcharon casi a la carrera.

—¿Fue ésta la última vez que usted vio a Ian? —inquirió Ndula.

—¡Exactamente! Ian Carew no regresó y dejó su cuenta sin pagar.

—Vaya —se quejó amargamente Ndula—, hemos vuelto a perderlo.

—¡Oh!, estaba tan seguro de encontrarlo aquí… —gimió Bob.

Jupiter estaba pensativo.

—¿Podríamos ver su habitación? —preguntó al fin.

El gerente miró el casillero de las llaves.

—Sí, por el momento no está ocupada.

Cogió la llave con el enorme número en madera.

—Es la veintinueve.

Mientras subían en el ascensor, MacKenzie se mostró meditabundo.

—¿Por qué quieres registrar esa habitación, Jupiter? Ian no está en ella. Sólo nos cabe esperar que pueda volver a ponerse en contacto con nosotros.

—Seguro —repuso Jupiter— que sospechó de esos hombres. De lo contrario, no habría huido de este hotel. Debió reconocerlos como los mismos que ya habían intentado raptarle en Los Ángeles. Y volvió a huir… antes de que llegasen cerca de su habitación.

—¿Y en qué nos ayuda esto? —preguntó Ndula.

—Ian esperaba que, gracias a su mensaje, *sir* Roger se presentara en el hotel —explicó Jupiter—. Al verse obligado a huir de nuevo, es posible que dejase otro mensaje explicando lo que pensaba hacer luego.

—¡Bien razonado! —aplaudió MacKenzie.

—Y como que el único sitio donde Ian debió estar seguro de que

sería registrado es su habitación, lo mejor será examinarla sin pérdida de tiempo.

CAPÍTULO 11

Un fugitivo hábil

Al abrir la puerta y entrar en el cuarto, Pete gruñó:

—¡Jupe, han limpiado la habitación!

Jupiter asintió con pesar, pero miró a su alrededor con atención. La luz del sol se filtraba por los altos ventanales, que daban al sendero para coches y a la parada de taxis del hotel y, más allá, al océano Pacífico con su inmensidad azul.

—¡Si dejó algo, probablemente ya no está aquí! —rezongó Bob.

—Es cierto, Jupiter —añadió MacKenzie—. La doncella habrá tirado todos los papeles.

—Es probable —asintió Jupiter—, aunque las camareras de los hoteles no suelen ser demasiado meticulosas. Sin embargo, no creo que Ian dejara una nota ordinaria. Corría el riesgo de que los secuestradores registrasen todo esto, bien inmediatamente o después. No, Ian seguramente dejó algo engañoso, como una clave o un símbolo. Algo que pudieran reconocer los verdaderos agentes de *sir* Roger, pero no sus enemigos. Es posible que se trate de un papel, o de cualquier otra cosa.

—Te refieres —concluyó Bob—, a algo que pudo dejar con rapidez, ya que no disponía de tiempo, algo que no sacarían fuera de la habitación, algo que sus enemigos no verían o no entenderían, y algo que seguramente sí descubrirían sus amigos.

—Eso mismo, Archivos.

—¡Entonces… busquémoslo! —exclamó MacKenzie.

En tanto Pete registraba el cuarto de baño, los otros examinaron minuciosamente el dormitorio. Buscaron por arriba y por abajo, lo revolvieron todo, miraron detrás de los cuadros, de las cortinas y debajo de las alfombras. Probaron detrás de los radiadores de la calefacción y en las lámparas del techo y las paredes. Jupe llegó a apartar las ropas de la cama, por si Ian hubiera escrito algo en la

tela del colchón. Pero nadie encontró algo que se asemejase a un mensaje cifrado o una pista.

—Probablemente hemos sido demasiado directos —decidió Jupiter—. En el primer mensaje, Ian empleó una doble clave: la plaza de Djanga significaba Imbala, y luego Imbala se refería al León Rojo. Es decir, era un mensaje con doble pista.

—Que sólo podía resolver una persona que poseyese conocimientos especiales —indicó Bob.

—Exacto. Por consiguiente, todo aquel que haya seguido la pista de Ian hasta aquí ha de estar enterado de ciertas cosas. Y estoy seguro de que Ian confía en esto —declaró Jupiter—. Mac, ¿cuáles son las costumbres, los intereses o las aficiones de Ian?

—Le interesa la historia de Nanda —repuso Ndula.

—Y colecciona tallas de madera africanas —agregó MacKenzie— y… sí, dibuja bocetos. Especialmente en las paredes. Recuerdo que *sir* Roger se quejó una vez de que Ian se había atrevido a pintar unas figuras en las paredes de su despacho oficial.

—Un dibujo que nadie borraría al momento, y que los secuestradores no verían… —exclamó Jupiter—. ¡Esto es lo que buscamos! ¡Vamos a registrarlo todo otra vez!

Pero tampoco hallaron nada: ni dibujos, ni señales en las paredes ni en los muebles.

—Aquí no hay nada, Jupe —suspiró Pete—. Supongo que Ian no tuvo tiempo de hacer nada cuando divisó a los bandidos.

Jupiter se volvió hacia Pete.

—Creo, Segundo, que has acertado.

—¿Acertado? —repitió Pete estupefacto, sin comprender—. ¿Qué he acertado?

—Ian es muy listo, de eso no hay duda —explicó Jupiter lentamente—. Y no obstante le dijo al gerente que los visitantes podían subir, Ian se ocultaba aquí, y no podía saber si quienes le buscaban eran amigos o enemigos, pero dejó que subiesen. ¿Habrías hecho tú lo mismo, Bob?

—No —replicó el Tercer Investigador—. Habría tratado de que el gerente les entretuviese hasta poder echarles una ojeada sin ser visto.

—Naturalmente —asintió Jupiter—. Ian pudo ver a los desconocidos desde la ventana, pero esto habría sido tener mucha

suerte. No, sólo hay un motivo por el que Ian los dejó subir. No necesitaba entretenerlos ni hacer que entraran en sospechas… ¡porque ya tenía dispuesto un plan por anticipado!

—¿Qué plan, Jupe? —quiso saber Bob.

—El más sencillo de todos… salir de la habitación y esconderse donde pudiera verlos, en un lugar desde el que pudiese echar a correr de nuevo si resultaba que eran sus asaltantes de Los Ángeles. Vamos.

Los demás le siguieron hacia el corredor.

—Tiene que ser un lugar próximo a la salida —dijo Jupe, pensando en voz alta—. Un lugar desde el que pudiera ver sus rostros. Un lugar… —recorrió el corredor con la vista— ¡como aquella alacena!

Era como un armario estrecho, donde se guardaba ropa de cama y trapos de cocina, y estaba situado a un metro escaso de la escalera. Manteniendo abierta la puerta unos centímetros, se conseguía una clara visión del ascensor y la parte superior de la escalera. Quien llegara al piso y se encaminase a la habitación ocupada por Ian podía ser visto con facilidad.

—¡Buscad algún dibujo hecho a lápiz! —ordenó Jupiter.

Pete lo descubrió casi al momento, en la parte posterior de la puerta de la alacena.

—¡Aquí está! ¡Ah, es un buen dibujo! Un coche. Se ve el conductor, algo así como una placa en un costado, y otra arriba.

Jupiter frunció el ceño.

—¿Un coche? ¿Qué puede significar un coche?

—No es un coche normal, Primero —alegó Bob—. Fíjate, el conductor lleva una gorra y lo de arriba es una luz. ¡Es un taxi!

—¡Delante del hotel hay una parada de taxis! —gritó MacKenzie al instante.

—Pensó que adivinaríamos que había observado a los visitantes y que iba a huir en un taxi —indicó Ndula.

Prácticamente, salieron corriendo hacia el único taxi que se hallaba en la parada frente al hotel. El conductor leía una revista. No, no había llevado a ningún chico del hotel a ninguna parte desde hacía más de cuatro días.

—¿Cuántos taxis suelen venir a esta parada? —Inquirió Ndula.

—Muchos, señor, pero todos de nuestra compañía. Es una

parada exclusiva.

—¿Dónde está el garaje principal de la empresa? —preguntó MacKenzie.

Siguiendo las instrucciones del taxista, MacKenzie llevó a su compañero y a los muchachos al sitio indicado, donde estaban asimismo las oficinas de la compañía. Se hallaba en una zona por donde pasaba el ferrocarril y por donde había muchas serrerías, no lejos del puerto. Encontraron al encargado de día en su despacho, al fondo del garaje. Una vez estuvo al corriente de lo que necesitaban, el encargado consultó una lista.

—¿El León Rojo? ¿Hace cuatro días? Sí, aquel día trabajaron allí cinco taxistas. Veamos… creo que Falzone y Johansen están ahora por aquí. Hablen con ellos.

Johansen estaba ocupado con el motor de su taxi, y no había cogido a ningún muchacho del León Rojo cuatro días atrás.

Falzone estaba tomando café.


TAXI

—Sí, aquel día subió al taxi un chaval del León Rojo… ¡y es éste! —añadió, señalando a Jupiter—. ¡Te secuestraron dos días después, creo! Chico, esto debió ser terrible…

—Sí, a mí me secuestraron —le interrumpió Jupiter—, pero no fui el que subió a su taxi. Míreme bien.

El taxista arrugó el entrecejo.

—Bueno, os parecéis mucho. Sólo que tú no vistes igual, y hablas de manera distinta. Además, si tú lo dices… bueno, serás otro.

—¿Recuerda adónde llevó al muchacho? —preguntó Ndula.

—Seguro —asintió Falzone—. Lo recuerdo muy bien porque el chico se comportó de una forma muy rara, como si le persiguiesen. Salió corriendo del hotel, me ordenó que le llevase al otro lado de la ciudad, y todo el rato estuvo mirando hacia atrás. Me imaginé que quizás habría robado algo del hotel, o que huía de alguien. Después, aquel coche…

—¿Pero adónde le llevó usted? —se impacientó MacKenzie.

—Se lo estoy diciendo —replicó Falzone—. El chaval miraba constantemente hacia atrás, y ya habíamos cruzado toda la ciudad cuando, de pronto, me ordenó parar. Nos hallábamos en medio de una manzana de fábricas y almacenes. Me pagó y echó a correr hacia un callejón. Ni siquiera aguardó el cambio. Luego, como iba a decir, pasó un coche muy lentamente. No se paró, pero me figuré que estaban persiguiendo al muchacho.

—¿Qué coche era? —inquirió Jupiter.

—Un «Mercedes» verde magnífico. Siempre he deseado uno igual.

—¡Llévenos adónde dejó al muchacho! —ordenó Ndula.

—No está muy lejos.

Estaba cerca, en efecto. En las afueras de la ciudad. Falzone detuvo el taxi en una manzana llena de almacenes, pequeñas fábricas y solares. El taxista indicó un callejón entre dos casas.

—Huyó por allí. No volví a verlo.

Pagaron la carrera y MacKenzie estacionó el «Cadillac» junto a la acera.

—¿Por qué querría venir aquí? —preguntó Pete, contemplando aquella calle tan desolada.

—Tal vez sólo quiso ahuyentar a sus perseguidores —razonó Bob

—. Debió darse cuenta de que le seguían.

—Es posible, Archivos —asintió Jupiter—. En cuyo caso habría buscado un refugio. Sigamos por ese callejón, y veremos si encontramos nuevas pistas.

El callejón era muy estrecho y a cada lado sólo había paredes lisas de ladrillo. Había tres puertas, mas todas cerradas con grandes cerrojos oxidados, señal de que llevaban mucho tiempo sin abrirse, los cinco investigadores llegaron pronto al otro extremo del callejón.

—Bien —preguntó Pete, perplejo—, ¿qué hacemos ahora?

La calle adonde desembocaba el callejón era exactamente igual que su paralela. Allí sólo había solares, almacenes y fábricas. Muy cerca, cruzaba otra calle formando una T.

—Pudo huir en tres direcciones —se desconsoló Ndula—. Y por tanto, puede estar en cualquier sitio.

CAPÍTULO 12

¡Final del rastro!

—En cualquier dirección, sí —opinó Jupiter—, pero no en cualquier sitio.

—¿Qué quieres decir, Jupe? —se interesó Bob.

—Los secuestradores le seguían de cerca y él lo sabía —reflexionó Jupiter en voz alta—. No creo que tuviera que andar mucho para encontrar un lugar donde ocultarse.

—¡Cierto! —concedió MacKenzie—. ¡Diantre!, incluso podría estar ahora muy cerca de nosotros.

—Pudo esconderse temporalmente en uno de esos almacenes —continuó Jupiter— pero no habría sido un lugar seguro y, además, tenía que comer. Por tanto, supongo que debió buscar un hotel o una pensión, no muy lejos de aquí. No podía quedarse mucho tiempo en la calle.

—Entonces —exclamó Ndula—, sugiero que nos separemos y busquemos un escondite así en las tres direcciones. Miraremos en las calles laterales, claro.

Pete y Ndula fueron hacia la parte derecha, Jupiter y MacKenzie por la izquierda, y Bob ascendió por la calle que cruzaba. Acordaron antes reunirse de nuevo en el callejón, antes de una hora.

Bob fue el primero en regresar. Había subido toda la calle, hasta su final, en campo abierto. No había hallado ningún hotel ni pensión, ni sitio alguno donde pudiese ocultarse un fugitivo. Eran ya más de la una, y Bob se paseaba por el callejón, sintiendo un feroz apetito, mientras aguardaba el regreso de los otros.

Jupiter y MacKenzie fueron los primeros en volver.

—Hay un pequeño hotel a unas cinco manzanas de la autopista —informó el africano—, pero no han tenido alojado a ningún muchacho en toda la semana. Reconocieron a Jupiter a causa de su

fotografía publicada era los periódicos.

—En esa dirección, casi todo son solares y campos hasta la carretera —añadió el Primer Investigador.

Volvieron Pete y Ndula. Eran los que habían llegado más lejos.

—Hemos ido hasta la ciudad —declaró Pete—. Hemos hallado un hotel y dos pensiones, pero en ninguna han visto ningún chico solo.

—En las pensiones no ha habido huéspedes de paso desde hace varios meses —agregó Ndula.

—Ian huía de esos canallas, sabiendo que le seguían de cerca —repitió lentamente MacKenzie—. No tenía muchas oportunidades para dejar pistas, ni la esperanza de que encontrásemos ningún mensaje suyo. Bien, amigos, ahora sí que hemos llegado delante de una barrera infranqueable.

—Sí, es cierto, Jupe —admitió Bob.

—De acuerdo, estamos derrotados… de momento —reconoció el orondo y joven detective.

—Será mejor que Adam y yo volvamos al hotel y averigüemos si Ian ha llamado a Los Ángeles —decidió MacKenzie—. Ya debe saber que intentamos encontrarlo y que hemos perdido su rastro. Tal vez envíe otro mensaje a través de la misión comercial.

—Si puede… —concluyó Ndula, haciendo una mueca.

—Y nosotros volveremos a nuestro puesto de mando y trazaremos otros planes —dijo Jupiter con obstinación—. No estamos muy lejos del «Patio Salvaje». ¿Nos dejas allí, Mac?

—Eh —protestó Pete—, ya ha pasado la hora de almorzar. ¡Yo me voy a casa!

—Bob, tú también puedes irte a comer —concedió Jupiter—. De todos modos, prefiero meditar a solas.

Regresaron al «Cadillac». Los dos africanos dejaron primero a Jupiter en el «Patio Salvaje», que estaba a poco más de un kilómetro de allí. Bob y Pete acordaron reunirse con él en el remolque una hora más tarde, y MacKenzie les acompañó hasta sus respectivos hogares.

Sin embargo, transcurrieron casi dos horas antes de que los Tres Investigadores estuviesen reunidos de nuevo en el remolque camuflado. Bob y Pete habían hallado a su grueso jefe rodeado de planos de la ciudad, de papeles llenos de listas y notas.

—¿Alguna idea nueva, Primero? —preguntó Pete.

—Sí, Segundo, tengo varias —replicó Jupiter. Luego, suspiró con desánimo—. Pero no muchas.

—¿No han llamado Ndula o MacKenzie? —quiso saber Bob—. ¿No se ha puesto Ian en contacto con la misión comercial?

—No, pues yo les he llamado, Archivos, Ian todavía no se ha puesto en contacto con nadie.

—Jupe… —murmuró Pete, arrugando la frente como si pensara esforzadamente—, he reflexionado… ¡y tal vez lo hayan cogido! ¡Quizá los secuestradores consiguieron darle alcance! Debieron leer la noticia del secuestro equivocado en los periódicos y así se enteraron de que habían cometido un error. Luego, siguieron el taxi donde iba Ian con su «Mercedes», lo vieron huir por el callejón y…

—Sí, ya lo había pensado —le atajó Jupiter—. Es posible que lo hayan cogido… pero no lo creo. En ese caso, estoy seguro de que habrían enviado un mensaje a *sir* Roger, y sabemos que no lo han hecho. Además, Pete, tú viste que alguien nos vigilaba desde aquel solar al otro lado de la calle, y tengo el presentimiento de que se trataba de uno de los secuestradores.

—Hum… —Pete tragó saliva con dificultad—. ¿Quieres decir que todavía rondan por aquí?

—Estoy seguro de que no andan lejos, y que nos vigilan a nosotros… o a los dos africanos. Debemos tener cuidado, si bien opino que estaremos seguros hasta que encontremos a Ian.

—Amigos —dijo de pronto Bob—, si Ian leyó en la prensa el rapto de Jupiter, ¿por qué no abandonó su escondite y fue a la policía? De esta manera, al verlo habrían comprendido que era el chico que perseguían los secuestradores y habría estado a salvo.

—¡Claro! —exclamó Pete.

—De acuerdo —asintió Jupiter—. Y esto significa que Ian no leyó la prensa. Probablemente, está escondido en algún lugar donde no puede leer los periódicos y está demasiado asustado para salir. ¡Si al menos pudiésemos imaginar dónde está!

—Dijiste que tenías varias ideas, Jupe —le recordó Pete.

—Bueno, pensé poner un anuncio en los periódicos —explicó Jupiter—. Un mensaje cifrado que sólo Ian pudiera captar y comprender, dándole, por cierto, una cita en algún lugar con Ndula y MacKenzie. Pero luego me di cuenta de que Ian no podía leer la

prensa, de manera que el anuncio no serviría de nada.

—Tienes razón, Primero —concedió Bob.

—También podríamos intentar la Cadena Fantasma, que siempre nos ha dado buenos resultados.

Jupiter se refería a una técnica desarrollada por él para obtener información, consistente en que Los Tres investigadores llamaban cada uno a cinco amigos, rogándoles que transmitiesen un mensaje a otros tantos amigos suyos y así sucesivamente.

—Con tantos chicos como hay en Rocky Beach, es muy probable que alguno descubriese a un muchacho extranjero.

—Si Ian sale de su escondrijo —apuntó Bob.

—Y si no le confundían contigo, Jupe —añadió Pete.

—Sí, esto es un problema —admitió Jupiter—, de manera que esto, si acaso, lo dejaremos para mañana. Mientras tanto, he pensado en otras dos cosas. Ian ya debe haber comprendido que los que le buscaban perdieron su rastro el otro día en el callejón. Y que el último lugar del que sus salvadores pudieron estar seguros fue el Rancho del León Rojo. De modo que…

—¡Tal vez vuelva allí, por si alguien le busca! —terminó Pete.

—Exacto, Segundo. Por esto, decidí que Ndula y MacKenzie debían vigilar ese hotel. Seguramente, ya habrán ido hacia allí.

—¿Y la segunda cosa que se te ocurrió? —quiso saber Bob.

—Algo que está dando vueltas en mi cerebro —explicó Jupiter —. ¿Cómo me descubrieron a mí los secuestradores, y me confundieron con Ian?

—Bueno —musitó Pete—, supongo que te vieron en el «Patio Salvaje» y…

—¿Pero por qué tenían que rondar por el patio, a menos que supiesen que allí había un muchacho semejante a Ian?

—Probablemente te vieron en la calle y te siguieron hasta aquí —sugirió Bob.

—Seguro —asintió Pete—. Pensaron que habían tenido la suerte de encontrar a Ian.

—Tal vez —concedió Jupiter, con tono indeciso—. Pero creo que estamos olvidando algo importante. Esos tipos debían tener algo más que un encuentro casual por la calle.

—¿Qué, Jupe?

—No lo sé.

Los Tres Investigadores callaron largo rato. A ninguno se le ocurría una idea salvadora, por lo que Bob y Pete se marcharon a casa.

Jupiter cruzó la calle hasta la suya, muy lentamente, a fin de contemplar la televisión antes de cenar. Pero tío Titus le pidió que descubriese un error en los libros de contabilidad del «Patio Salvaje», y Jupiter estuvo ocupado hasta que tía Matilda les llamó a la mesa. A pesar del mal humor que albergaba por la frustración del día, Jupiter comió con buen apetito. Repitió de cada plato, y acabó por sonreír.

—Este bistec de ternera es estupendo, tía Matilda —alabó.

—Hum… —gruñó la aludida—. No entiendo cómo tienes tanto apetito después de haber dejado casi vacío el refrigerador, sobrino.

—¡Yo no he vaciado tu refrigerador, tía Matilda! —protestó Jupiter—. ¡Ya te dije ayer que no fui yo! Caramba, si hasta Pete perdió su almuerzo y…

Jupiter calló, dejando su boca abierta, y los ojos casi fuera de las órbitas. Se tragó el bocado que tenía en la boca y miró fijamente a su tío. Éste le devolvió la mirada.

—¿Te encuentras bien, Jupe? —se acongojó su tío.

—Sí, estoy… muy bien, tío Titus —repuso Jupiter—. ¡Nunca me he sentido mejor! —saltó de la silla—. ¿Puedo dejar la mesa unos segundos?

—¿Sin tomar el postre? —se irritó tía Matilda.

—¡Vuelvo enseguida!

Corrió hacia el saloncito y rápidamente marcó el número de Bob.

—¡Archivos! Ve a buscar a Pete y venid inmediatamente al puesto de mando. ¡Y avisad a vuestros padres que pasaréis conmigo toda la noche!

Colgó el teléfono y volvió a la mesa. Estaba tan excitado que sólo comió dos grandes pedazos del pastel de manzana de tía Matilda, y se tragó un vaso de leche. Luego se disculpó, salió de la casa y echó a correr hacia el remolque oculto bajo montones de chatarra.

Cuando quince minutos más tarde, aparecieron Bob y Pete, por la trampilla del túnel dos, Jupiter estaba sentado a su escritorio. Les sonrió.

—¿Qué ocurre, Primero? —preguntó Bob, casi sin resuello, a causa de su carrera en bicicleta.

—¿Por qué hemos de quedarnos aquí toda la noche? —inquirió Pete.

—Porque, amigos míos —anunció Jupiter con tono triunfal—, ¡ya sé dónde se esconde Ian Carew!

CAPÍTULO 13

¡Cara a cara!

—¿Dónde, Primero? —gritó Bob.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Pete.

—Lo hemos tenido constantemente delante de nuestras narices —declaró Jupiter—. ¡Chicos, hemos estado ciegos! Ya sabía que me olvidaba de algo. Estaba seguro de que los raptores no me habían visto en la calle y me habían seguido hasta el patio.

—¿Por qué no, Jupe? —quiso saber Pete.

—Porque en este caso, se habrían dado cuenta de que yo no era un fugitivo que trataba de esconderse. Me habrían visto charlar con mis amigos, y comportarme como alguien que vive en Rocky Beach desde toda la vida. Incluso me habrían oído hablar y de este modo no habrían cometido su equivocación.

—¡Pero, Jupe —exclamó Bob—, cometieron la equivocación!

—En efecto —asintió Jupiter—, y ésta es la respuesta. Cometieron la equivocación porque me vieron precisamente en el lugar donde esperaban ver a Ian. ¡En el sitio donde le buscaban!

—¿Donde le buscaban? —se asombró Bob.

—Sí, Archivos. No muy lejos de donde Ian había saltado del taxi. En un sitio de donde, durante los días pasados, ha estado desapareciendo la comida —los ojos de Jupiter relucían—. Chicos, ¡Ian está escondido en el «Patio Salvaje»!

—¿En el «Patio»? —exclamó Pete, en el colmo del asombro.

—A un kilómetro escaso del callejón donde desapareció —calculó Bob, estupefacto—. Pete, ¡no fueron las ratas las que se comieron tu almuerzo, sino Ian!

—Exactamente, Archivos —afirmó Jupiter—. Cuando Ian se salvó corriendo por el callejón, debió llegar al «Patio Salvaje». Entonces, decidió que la chatarra le serviría como escondite y también que mi casa sería un buen aprovisionamiento de comida.

Los secuestradores, en efecto, le siguieron hasta aquí, o muy cerca… ¡y continuaron dando vueltas hasta que me vieron! Naturalmente, pensaron que yo era Ian, puesto que me hallaba en un lugar donde ellos esperaban verle aparecer. Y fue entonces cuando cometieron su equivocación.

—¡De modo que ha estado todo este tiempo en el «Patio»! —murmuró Pete.

—Estoy seguro de ello —asintió Jupiter—. Y ahora, sólo nos falta encontrarlo.

—¿Encontrarlo? —Pete frunció el ceño—. ¡Basta con salir y llamarle!

—No —negó Jupiter, sacudiendo la cabeza—, esto no serviría de nada, Segundo. No nos conoce, y probablemente sólo nos ha visto desde lejos. Debe estar muy bien escondido, porque si hubiese visto a MacKenzie o Ndula habría salido. Si le llamamos, o registramos el patio, probablemente se asustará y volverá a huir. Y, como ya sabéis, es difícil localizar a alguien entre tantos montones de chatarra.

—Caramba, Jupe —protestó Pete—, ¿no ha de salir alguna vez? Bueno, no puede estar escondido eternamente.

—Claro que no. Cuando se sienta a salvo, seguramente regresará al Rancho del León Rojo, o llamará a la misión comercial de Nanda en Los Ángeles. Mientras tanto, permanecerá escondido.

—¿Qué hacemos, pues, Jupe? —quiso saber Bob.

—Tengo un plan —declaró Jupe—. Sospecho que Ian sólo sale por la noche, cuando todo está tranquilo.

—Ah —comprendió Pete—, por esto quieres que nos quedemos aquí hasta mañana…

—Sí, Segundo.

—¿Para poner una trampa? ¿Para estar al acecho? —inquirió Bob.

—Éste es mi plan —respondió Jupiter—. Supongo que Ian sólo sale cuando necesita comida. Es un chico listo, de manera que coge pequeñas cantidades… sólo lo bastante para que tía Matilda piense que alguien de la familia le vacía el refrigerador a medias. Esto significa que no tiene muchas provisiones consigo, y ello nos ayudará a ponerle la trampa.

—Con comida, claro —comentó Pete.

—Estoy seguro de que no saldrá hasta que no haya nadie en el patio. Por tanto, lo primero que haremos es salir fuera y hablar mucho, en voz alta, para que Ian nos oiga.

—¿Y de qué hablaremos?

—De una excursión que realizaremos mañana, y de los tres almuerzos que esta noche prepararemos y que dejaremos ya en el porche trasero de mi casa, para poder salir muy temprano.

—Ya lo entiendo —le interrumpió Pete—. Tres almuerzos pueden durarle algún tiempo, de modo que la tentación será muy fuerte.

—Sí —asintió de nuevo Jupiter—. Se imaginará que nosotros achacaremos el robo a un mendigo o un vagabundo. Bien, nos iremos del patio a las diez, dejaremos unos almuerzos falsos en el porche de atrás y subiremos al dormitorio. Al menos, dos se acostarán. El tercero volverá a bajar, a escondidas, y se ocultará dentro de la cocina, desde donde pueda vigilar el porche. Nos turnaremos en la vigilancia, dos horas cada uno, mientras los otros dos duermen.

Bob y Pete asintieron a estas instrucciones.

—Llevaremos las balizas de emergencia. Y el que esté de guardia las mantendrá cerradas. Cuando vea a Ian, activará la señal con la voz de costumbre: «¡Ayuda!». Entonces, las señales del dormitorio empezarán a zumbar, con el clásico *bip bip*, y se encenderán las luces rojas. ¡El zumbido es bastante fuerte como para despertar a cualquiera, por muy dormido que esté!

—¿Y luego qué? —quiso saber Bob.

—Los que no estén de guardia bajarán rápidamente hacia la parte delantera de la casa. Darán la vuelta, uno por cada lado, mientras que el que esté en la cocina concederá dos minutos a los otros, y entonces lanzará un grito llamando a Ian. Cuando éste eche a correr tendrá que dirigirse hacia el frente de la casa, porque es de la única manera que podrá volver al «Patio Salvaje». O sea, que correrá hacia uno de nosotros. Y éste le cogerá y lo sujetará hasta que lleguen los otros dos.

—Y de esta manera, podremos decirle quiénes somos y todo lo que estamos haciendo junto con MacKenzie y Ndula —concluyó Pete.

—Pero no hagáis demasiado ruido —advirtió Jupiter, tras

asentir a las palabras de Pete—. Mis tíos tienen un sueño profundo, pero un alboroto los despertaría y se alarmarían. Bien, vamos a buscar al taller las balizas de emergencia y estaremos ocupados por el patio hasta las diez.

Los Tres Investigadores trabajaron por el patio y el taller descubierto, haciendo mucho ruido, y luego dieron una vuelta, procurando que se les oyese, por entre los montones de chatarra. También fingieron buscar bastones para el falso viaje del día siguiente. Discutieron en voz muy alta todo lo referente a la excursión y a los almuerzos que prepararían por la noche, y que dejarían en el porche, a fin de poder emprender la marcha muy temprano sin despertar a los tíos de Jupiter.

Luego, poco antes de las diez, apagaron las luces del patio y se dirigieron a casa de Jupiter.

Una vez allí, prepararon los tres falsos almuerzos, metiendo pelotas de papel en bolsas de plástico, que después dejaron en el porche. Finalmente, subieron todos al cuarto de Jupiter. A Bob le tocó el primer turno de vigilancia. Aguardó a que se hubiesen retirado tía Matilda y tío Titus a descansar, y luego se deslizó furtivamente hacia la cocina. Pete y Jupiter se metieron las balizas de emergencia en los bolsillos de sus camisas, para estar seguros de oír el zumbido, y se tumbaron en la cama sin desnudarse.

A medianoche, Jupiter reemplazó a Bob.

Los almuerzos seguían en el porche. Durante su guardia, no hubo ningún ruido ni movimiento alguno, excepto los de los distantes autos de la carretera y, de cuando en cuando, algún paseante solitario.

Pete bajó a las dos de la madrugada. Bostezó, y sintió deseos de coger algo del refrigerador. Cuando Bob volvió a bajar a las cuatro, Pete se hallaba muy desalentado.

—Quizá Jupe esté equivocado —murmuró—. O quizás Ian ya no está en el patio. O bien no se ha dejado engañar con nuestras maniobras.

—Estoy seguro de que Jupe tiene razón —susurró Bob. Añadió con incertidumbre—: Aunque también es posible que Ian ya se haya largado. Ésta no es la única casa de la calle, aunque sea la más próxima al patio.

A las cinco, un color gris empezó a teñir el cielo por oriente,

pero el patio y la casa continuaron a oscuras. ¡Y de pronto, algo se movió delante del porche posterior!

Al instante, Bob estuvo completamente despierto y alerta. Parpadeó y atisbo hacia fuera. ¡En la puerta del porche se recortaba una figura en sombras!

Bob activó la señal de emergencia, susurrando con suavidad:

—¡Ayuda, ayuda, ayuda…!

Arriba, las señales de emergencia destellaron el color rojo y dejaron oír sus débiles *bip bip bip*… Jupiter saltó de la cama y estuvo a punto de caer redondo al suelo. Rápidamente, cerró su baliza de emergencia y se quedó escuchando, sin atreverse a respirar. Ningún sonido subió de abajo. Entonces, sacudió a Pete, que estaba profundamente dormido.

—¡De prisa! —susurrole.

Los dos se deslizaron hacia la puerta principal. Ya fuera de la casa, se separaron para dar la vuelta hacia atrás, cada cual por un lado. Los dos, poco después, se ocultaron detrás de unas matas.

En la cocina, Bob estaba mirando su reloj. La puerta del porche se abría silenciosamente. La figura en sombras reveló a un muchacho grueso, exactamente igual que Jupiter, delineado apenas por la luz del amanecer. La figura avanzó y alargó las manos hacia los falsos almuerzos.

—¡Alto! —gritó Bob—. ¡Alto, Ian Carew!

Lanzando un débil alarido, el muchacho dio media vuelta y huyó del porche. Tropezó en los escalones, cayó de cabeza, se levantó y echó a correr. Cuando dobló la esquina de la casa, volvió la cabeza hacia atrás para ver si Bob le seguía. Jupiter saltó frente a él.

—¡Uuufffff! —se quejó Jupiter, cuando los dos chocaron.

—¡Aaaaaahhhhrrrrr! —gritó el chico, tratando de escapar.

El muchacho africano consiguió zafarse de la presa de Jupiter, pero Pete y Bob llegaron justo a tiempo de agarrarlo, Ian luchó ferozmente contra sus tres captores.

—¡Somos amigos, Ian!

—¡Trabajamos para *sir* Roger!

—¡Queremos ayudarte! ¡MacKenzie…!

Pero el muchacho continuó luchando frenéticamente hasta que consiguieron reducirlo y tumbarlo en el suelo. Pete se le sentó

encima y Jupiter logró contarle todo lo sucedido.

—¿Gordon MacKenzie? —repitió Ian—. ¿El señor Ndula? ¿De veras están aquí?

—Sí, Ian —exclamó Jupiter—, y ahora ya estás a salvo. O lo estarás cuando te halles en nuestro puesto de mando. ¡De prisa, amigos!

Jupe se detuvo a recoger su baliza de emergencia, que durante la pelea le había caído del bolsillo de la camisa, y se la metió en el bolsillo del pantalón. Los Tres Investigadores acompañaron así al vacilante Ian, atravesaron la calle y entraron en la chatarrería por la puerta verde. Después, le guiaron hacia el túnel dos.

—¿Adónde… adónde me lleváis? —tartamudeó el asustado muchacho.

—A nuestro escondido puesto de mando —respondió Jupiter, en tanto los dos se arrastraban penosamente por el túnel—. Esos bandidos que querían raptarte, y que me raptaron a mí, todavía dan vueltas por el distrito.

Pete levantó la trampa, y todos penetraron en el remolque. Bob encendió la luz.

Fue entonces cuando Ian se quedó con la boca abierta y los ojos con expresión del más profundo estupor, al ver a Jupiter cara a cara.

—¡Canastos… si eres igual que yo!

CAPÍTULO 14

Un descubrimiento asombroso

—No —sonrió Jupiter—, tú eres igual que yo.

Ian Carew sonrió en respuesta.

—Puesto que yo estoy en tu país, supongo que tienes razón.

—Especialmente —intervino Pete—, con esas ropas.

Ian llevaba unos pantalones viejos de Jupiter, una camisa que el Primer Investigador ya había desechado unos meses atrás, y unas zapatillas.

—Temo que mis ropas quedaron destrozadas cuando intenté evitar el secuestro —explicó Ian—, y también cuando me arrastré por entre la chatarra el primer día que estuve aquí. ¡Entonces me vi obligado a coger estos harapos que encontré en una caja llena de trapos!

—¡Oh, no! —gimió Pete—. ¡Los dos habláis también casi igual! ¡Harapos en lugar de prendas! ¡Creo que jamás conseguiré soportar a dos Jupes idénticos!

Todos se echaron a reír.

—Siento que casi seamos mellizos —interpuso Ian—, pero confieso que estoy muy contento de que me hayáis encontrado. Empezaba a desesperar de que viniese alguien en mi ayuda.

—Yo también me alegro de conocerte —rió Jupiter, contemplando a su doble.

—Ah, es agradable no estar ya solo —dijo Ian—. Bueno, pero ni siquiera sé cómo os llamáis.

—Tu doble se llama Jupiter Jones, el Primer Investigador —presentó Bob—. Yo soy Bob Andrews, encargado del Archivo y las investigaciones bibliotecarias. Y éste más alto y que siempre se queja, es Pete Crenshaw, el Segundo Investigador.

—¿Investigadores? —se extrañó Ian—. ¿De veras?

—¡Aquí está nuestra tarjeta, amigo! —dijo Jupiter, entregando

acto seguido a Ian una tarjeta de los Tres Investigadores.

—¡Esto es maravilloso! —alabó Ian, casi con envidia—. Los americanos siempre hacéis cosas estupendas. ¿De veras sois detectives?

—Contratados por los señores Ndula y MacKenzie para encontrarte —explicó Bob—. ¡Naturalmente, después de que tus perseguidores confundiesen a Jupiter contigo y lo secuestrasen!

—¿Realmente te secuestraron, Jupiter? —se sorprendió Ian.

Jupiter, entonces, procedió a relatar todas sus aventuras relacionadas con el caso, mientras Ian le escuchaba con suma atención.

—O sea que dedujisteis lo que yo quería decir con la plaza de Djanga —exclamó el fugitivo—, y encontrasteis el taxi que cogí al huir del León Rojo.

—Y adivinamos que estabas escondido en el «Patio Salvaje» —añadió Pete con orgullo.

—¡Un trabajo magnífico! —ponderó Ian—. Pero ahora ¿qué? ¡Tengo que ponerme lo antes posible en contacto con Ndula y MacKenzie para que puedan comunicarle a papá que estoy a salvo!

—Claro —asintió Pete—. Podemos llevar a Ian al hotel Miramar.

—¡Buena idea! —aprobó Bob—. Aunque —rectificó de pronto—, esos bandidos tal vez estén vigilando el «Patio Salvaje» o el hotel Miramar.

—¿De veras lo crees? —se alarmó Ian.

—Bob tiene razón —concedió Jupiter—. Es muy posible. Como dijeron Ndula y MacKenzie, esos extremistas no cederán con facilidad. Estoy seguro de que en el «Patio Salvaje» estamos a salvo, por lo que no hay que correr riesgos innecesarios. Será mejor llamar a Ndula y MacKenzie, para que vengan aquí.

—Yo les llamaré —se ofreció Bob.

Mientras Bob marcaba el número del hotel Miramar, Ian miró curiosamente a su alrededor, examinando el remolque. Vio el despacho con su escritorio y su archivador, el diminuto laboratorio que también servía de cuarto de revelado, y el intrigante equipo detectivesco esparcido por todas partes.

—Vosotros os divertís mucho, ¿verdad? —exclamó—. Es raro que no me fijase en este remolque desde fuera.

—No es raro —le contradijo Pete—. Desde fuera no se ve en

absoluto. Está completamente oculto por chatarra, y ni siquiera los tíos de Jupe se acuerdan de que está aquí.

—¡Es fantástico! —exclamó Ian.

Bob colgó el aparato.

—Primero en la habitación de MacKenzie no contestan. El conserje no sabe dónde están, por lo que dejé recado para que nos llamen. No he querido dejar ningún mensaje… Podrían averiguarlo nuestros enemigos.

—Bien hecho, Archivos —asintió Jupiter—. Probablemente estarán vigilando el León Rojo, como les sugerí. Pero uno de los dos no tardará en volver al hotel Miramar —volvióse hacia su doble—. Y a propósito, ¿qué pensabas hacer si no te hubiésemos encontrado, Ian?

—Cuando me hubiese sentido a salvo, habría regresado al León Rojo para ver si alguien me había seguido hasta allí.

—Lo que yo pensaba —razonó Jupiter.

—¿No hubieses llamado a la misión comercial? —preguntó Bob.

—Sólo como último recurso. Cuando esos raptores se presentaron en el León Rojo, comprendí que podían interceptar mis mensajes a la misión… y que sabían lo bastante como para descifrar cualquier mensaje secreto.

Jupiter abrió un cajón del escritorio y sacó el colmillo de marfil que los Tres Investigadores habían hallado en el cañón de la montaña.

—¿Has visto esto antes, Ian?

El chico lo estudió.

—Bueno, está fabricado en Nanda y creo que hay algo que me es familiar en este pequeño objeto… Sí, creo que lo he visto antes, pero no recuerdo dónde.

—Bob —le urgió Pete—, prueba otra vez en el hotel Miramar.

Mientras Bob iba hacia el teléfono, Ian volvió a examinar el equipo de los Tres Investigadores. Así vio un periscopio que podía salir por el techo del remolque, un altavoz para el teléfono, unos radioteléfonos portátiles, un microscopio y hasta un aparato de televisión de circuito cerrado.

—¿De dónde habéis sacado tantas cosas, amigos? —quiso saber Ian.

—Casi todo lo hemos fabricado nosotros —le explicó Pete—,

mejor dicho, Jupe, utilizando piezas sueltas encontradas entre la chatarra.

—Fuera tenemos un taller —añadió Jupiter.

—¿Un taller? Caramba, yo también tengo uno en mi residencia de Nanda.

—Ya has estado en el nuestro —le recordó Jupiter—. Lo atravesamos para llegar hasta aquí, aunque a oscuras no pudiste verlo. ¡Pero estuviste allí cuando el otro día le quitaste el almuerzo a Pete!

—No me di cuenta —rió Ian—. ¿Puedo verlo ahora? Ya que hemos de aguardar…

Bob habló de pronto.

—Creo que Ndula acaba de volver. Ahora sube a su habitación. He de esperar unos instantes.

—Estaremos en el taller —le notificó Pete.

Jupiter, Pete y Ian bajaron por la trampilla y se arrastraron por el túnel dos hasta el taller. El día ya brillaba con esplendor, y el sol se estaba levantando por Oriente, Ian miró a su alrededor con cierto nerviosismo.

—¿Estamos seguros aquí?

—Oh, sí —le aseguró Jupiter—. Nadie puede mirar por encima de la valla que rodea el patio, y los montones de chatarra que rodean el taller, lo mantienen oculto del resto del patio. Además, si alguien se acercase lo descubriríamos al momento.

Ian asintió a estas palabras, con más ánimos. Luego empezó a examinar todas las herramientas del banco de trabajo. Jupiter le enseñó la sierra, el torno y la imprentilla. Ian lo observó todo con gran interés.

—Sí, es un equipo excelente —admiró.

Bob llegó al taller, saliendo del túnel dos.

—¡He hablado con Ndula! —exclamó con agitación—. Irá a recoger a MacKenzie y vendrán inmediatamente.

—En cierto modo, me gustaría que no viniesen tan pronto —se quejó Ian—. Ah, quisiera poder quedarme aquí y examinar todo el día vuestro puesto de mando —se inclinó y miró debajo del reborde del banco de trabajo—. ¿Para qué sirve esto, chicos?

Exhibió un objeto semejante a una cajita negra, del tamaño de un librito de cerillas.

—¿Esto? —repitió Pete—. Esto es… esto es… ¿Qué es, Jupe?

—¡Amigos! —exclamó Jupiter, contemplando el diminuto objeto —. ¡Esto no es nuestro! ¡Es un micrófono!

—¿Un micrófono? —se asombró Ian—. ¿Y para qué sirve?

—¡Para escuchar! —gritó Jupiter—. ¡Un micrófono casi invisible! ¡Alguien nos ha estado escuchando! ¡Vamos, de prisa, tenemos que…!

¡La voz que habló desde fuera del taller… era una voz que todos conocían!

—Nada de prisas, muchachos. ¡Vosotros no iréis a ninguna parte!

El secuestrador corpulento, el del pelo rizado, penetró en el taller. El otro le seguía.

¡Y los dos empuñaban sendas pistolas que apuntaban directamente a los cuatro muchachos!

CAPÍTULO 15

Un problema para el enemigo

—Bueno, ya estamos todos juntos —sonrió ominosamente el primer secuestrador.

—Por lo visto hemos encontrado al chico, Walt —opinó el otro.

—Eso parece, Fred.

—Tenemos que dar las gracias a esos muchachos tan listos —añadió Fred—. ¡Esta vez nos han hecho un gran favor! Nos han facilitado mucho la tarea.

—Sí, les damos las gracias, Fred —rió Walt.

Los dos extremistas de Nanda estaban gozando con la situación, y no parecían tener prisa. ¡Si al menos Ndula y MacKenzie llegasen pronto!

—¡Ah, no conseguiréis vuestro objetivo, bandidos! —les espetó rabiosamente Bob.

—¡Tampoco os servirá de nada chantajear a *sir* Roger, canallas! —agregó Pete.

—Pero, por ahora, el chico está en nuestras manos —replicó Walt—, y ya veremos si se ablanda o no *sir* Roger. Un problema para el enemigo —Walt sonrió ferozmente y miró a Ian y luego a Jupiter. Fred también les estaba contemplando con atención. De repente, Bob y Pete vieron un destello luminoso en los ojos de su amigo.

—Fuiste muy listo, Jupiter Jones —dijo Walt—, al no revelar quién eras, ni decirnos que no habíamos raptado a Ian. Hicimos bien en volver aquí después de abandonar el helicóptero, ¿eh? Así pudimos leer el periódico y comprendimos nuestro error. Adivinamos que Ian todavía estaba por este distrito, y mientras la policía nos buscaba a nosotros por el estado, nosotros estuvimos vigilando el patio.

—Vimos a MacKenzie y a ese salvaje de Ndula —añadió Fred

con una fea mueca—, y cuando vosotros os reunisteis con ellos, comprendimos que pronto nos conduciríais hasta Ian. Fue un juego de niños mezclarnos con los parroquianos que vienen a esta chatarrería. Vosotros estabais tan interesados en localizar a Ian que no reparasteis en nosotros.

—¡Os vimos, sí, os vimos! —gritó Pete.

—¿Al otro lado de la calle? Sí, claro; pero no podíais hacer nada —volvió a sonreír Walt—. También os vimos después en este taller y plantamos el micrófono cuando salisteis de aquí.

Los dos secuestradores se hallaban de espaldas a un enorme montón de chatarra, que estaba muy cerca de ellos.

Bob miró rápidamente a Jupiter. Los muchachos tenían siempre dispuesto aquel montón de manera que pudiera ser derribado sobre cualquier enemigo en momentos de peligro. Jupiter negó con la cabeza. No quería arriesgarse contra dos hombres que llevaban pistolas. Pero las pupilas de Jupiter continuaban reluciendo. ¿Qué planeaba?

—¡Todos los policías del estado os buscan! —exclamó Pete, tratando de ganar tiempo.

—¡Y os encontrarán! —añadió Bob.

—Ah, pero ya tenemos a nuestro rehén —repuso Walt.

—¡Y nadie se atreverá a tocarnos! —terminó Fred en son de burla.

—Bien, Ian, ha llegado la hora de marcharnos —anunció Walt de repente.

—No querrás que hagamos daño a los demás, ¿verdad? —le amenazó Fred.

Ian dio un paso al frente.

—No, os sigo, compañeros —Jupiter se colocó al lado de Ian.

—No, os sigo, compañeros —repitió.

—Voy yo, Jupiter —declaró Ian—. No debes arriesgarte.

—Iré yo, Jupiter —repitió el Primer Investigador como si fuese un eco—. No debes arriesgarte —de pronto añadió—: Bah, Jupiter, no podemos engañar a esos tipos. Ya saben que yo soy Ian.

¡Jupiter, en efecto, imitaba el acento de Ian!

—¡Jupiter! —protestó el fugitivo—. No debes intentar engañarles. ¡Saben que yo soy Ian!

Los dos bandidos paseaban su vista de uno a otro muchacho, sin

sonreír ya en absoluto. De pronto, resultó claro que no sabían cuál era Ian ni cuál era Jupiter. Entonces, Bob comprendió por qué habían brillado tanto los ojos de su amigo: Jupiter se había dado cuenta de que los secuestradores no reconocían a Ian entre los dos. Eran dos iguales, que vestían de manera semejante, y que, gracias al talento imitativo de Jupiter, hablaban exactamente igual.

—Está bien —dijo Walt, con tono de amenaza—, este truco ya ha durado bastante. ¡Quiero que ahora se entregue el verdadero Ian Carew!

—¡De lo contrario, los dos lo pasaréis muy mal! —advirtió Fred.

—Por favor, Jupiter —suplicó Ian—, he de marcharme con ellos.

—Calla, Jupiter —le intimó éste—. Ya saben que yo soy Ian. ¡Te muestras demasiado ansioso de irte con ellos!

Los secuestradores continuaban mirando iracundos a los dos muchachos.

—Es el segundo, el de la camiseta estampada —decidió Fred—. Tiene razón, el otro está demasiado ansioso de venir con nosotros. ¡Nos está engañando!

—¡Pero el verdadero Ian Carew trataría de salvar a sus amigos, colaborando con nosotros! —objetó Walt—. ¡Vamos a registrarles!

Empuñando la pistola, Fred avanzó hacia los dos chicos.

—Busca en sus ropas —le ordenó Walt—, la marca de la lavandería.

Fred miró el revés del cuello de la camisa de Jupiter.

—¡Ya está, Walt! Aquí pone: Jones 1127.



Jupiter se encogió de hombros.

—Me rompí mis ropas al huir de vosotros —explicó—. Y cogí éstas entre la chatarra. Mirad su camisa.

Fred repitió la operación con el cuello de la camisa que llevaba Ian. Lanzó una maldición.

—¡Jones 1127!

—Sí —asintió Ian—, me rompí las ropas cuando huí de vosotros y hallé éstas en el «Patio Salvaje» de Jupiter. ¡Y no tengo nada en los bolsillos, lo que demuestra que yo soy Ian!

—Lo cual significa que hay dos Ian, Jupiter —replicó éste—. Creo que mis bolsillos también están vacíos, ya que mis ropas no son éstas.

Bob y Pete estaban admirados. Claro, Jupiter había dormido con la ropa puesta la noche anterior, por lo que se había vaciado todos los bolsillos.

—Sin embargo, caballeros —continuó Jupiter con su acento extranjero—, Jupiter sí tiene algo en el bolsillo de su camisa que demuestra que realmente es Jupiter Jones.

Fred registró rápidamente el bolsillo de pecho de la camisa de Ian. De allí sacó un micrófono diminuto, que entregó a Walt.

—¡Nuestro micro! —gritó Fred—. ¡Éste es el taller de Jones, de modo que supongo que es él quien se lo ha guardado!

—¡Idiota! —se enfureció Walt—. Ya hemos oído que ha sido Ian el que ha descubierto el micro, y luego lo ha ido pasando de mano en mano. ¿Quien sabe quién se lo quedó al fin? ¡Y no te fíes de lo que digan…! ¡Regístralos!

Rojo de furor, Fred se volvió hacia los dos muchachos y, de pronto, tropezó con Jupiter que estaba detrás suyo, muy cerca. Jupiter tuvo que agarrarse a la chaqueta de Fred para no caer. Lanzando otra maldición, Fred se libró de él.

—¡Aparta de mí las manos, chico! Y quédate ahí.

El secuestrador le registró minuciosamente, y después hizo lo mismo con Ian.

—No llevan nada encima, Walt. Todo es inútil. Jupiter sonrió y, de improviso, Ian hizo lo mismo.

—¡Acabemos con esta comedia! —tronó Walt—. El padre de Ian Carew tiene un chófer. Un militar. ¿Cómo se llama y cuál es su graduación? Uno de vosotros puede demostrar que es Ian y el otro

quedará libre.

Bob y Pete se quedaron helados. Jupiter ignoraba la respuesta, Ian podía demostrar quién era.

—Está bien —declaró Ian—, me habéis descubierto. ¡Yo soy Jupiter Jones!

Bob y Pete no cambiaron de expresión, pero interiormente sonrieron. Ian se había dado cuenta del juego de Jupiter y le iba a secundar.

—Sí, lo admito —dijo Jupiter—, yo soy Jupiter Jones.

Los dos secuestradores se miraron estupefactos. Walt se volvió hacia Bob y Pete.

—Tal vez vosotros tendréis bastante buen sentido como para aconsejarle a vuestro amigo que deje de hacer tonterías. ¿Cuál de ellos es Jones?

—¡Éste! —exclamó Pete señalando a Ian.

—¡Éste! —dijo Bob al mismo tiempo, indicando a Jupiter.

Walt asintió lentamente.

—Muy bien, entonces sólo podemos hacer una cosa.

Y echó a andar hacia los dos muchachos casi idénticos.

CAPÍTULO 16

Una acción peligrosa

Adam Ndula recogió a Gordon MacKenzie en el Rancho del León Rojo y luego guió el «Cadillac» bajo el sol matinal hacia el «Patio Salvaje». Atravesaron corriendo la puerta de la valla. Los muchachos no estaban a la vista. Los buscaron por el silencioso «Patio», todavía desierto a hora tan temprana.

—¡Ian! ¡Jupiter! —gritó MacKenzie.

—Bob ha dicho que Ian estaba en el puesto de mando, pero no sé dónde está —declaró Ndula. Volvió a llamar—: ¡Jupiter! ¡Ian!

—¡Diantre, qué escándalo! —se quejó tía Matilda, que venía del despacho—. ¿No saben qué hora es, coyotes aulladores?

—Lo siento, señora —se disculpó MacKenzie—, pero buscamos a los muchachos. ¿No ha visto a Jupiter?

—Ah, son ustedes. ¡Vaya, unos hombres hechos y derechos berreando como animaluchos!

—Señora, no insulte —se quejó Ndula—, y díganos dónde está su sobrino.

—No lo sé —reconoció tía Matilda—. Él y sus amigotes se marcharon muy temprano no sé adónde.

—¡Pues nos han citado aquí! —aclaró Ndula.

—Probablemente estarán buscando cosas por el «Patio». Prueben en el taller. A su izquierda, hacia aquel montón de chatarra y después…

—Gracias, señora —la interrumpió MacKenzie—, pero creo que ya hemos estado allí antes.

Los dos africanos corrieron por el «Patio» hacia el taller descubierto. Lo hallaron desierto.

—¡No están aquí! —se desconsoló MacKenzie.

—¿Qué es esto? —exclamó Ndula, prestando atención.

De algún lugar próximo salía un ruido, como golpes apagados.

Era un ruido metálico, y también unos sonidos ahogados.

—¡Es allí! —indicó Ndula—. ¡En aquella tubería tan grande!

Fueron hacia la abertura de la tubería y atisbaron dentro. ¡Bob y Pete estaban atados y amordazados en el interior! Los dos africanos los sacaron fuera y rápidamente los libraron de sus ataduras y las mordazas.

—¡Los bandidos! —gimió Pete.

—¡Se los han llevado! —añadió Bob con desesperación.

—¿A los dos? —se asombró MacKenzie—. ¿A Ian y a Jupiter? ¿Que se los han llevado los secuestradores? ¿Cuándo?

—Aún no hace cinco minutos —explicó Pete—. ¡Tal vez menos! No sabían quién era Ian ni quién era Jupiter, y ellos no lo han querido aclarar… ¡y entonces se los han llevado!

—¿Adónde? —quiso saber Ndula.

—¡No lo sabemos!

—¿En qué coche? ¿Habéis visto el número de matrícula?

—¡Ni siquiera hemos visto el coche!

—Bien, no pueden estar lejos —se calmó MacKenzie—. La policía podrá…

—¡Pete! —exclamó de repente Ndula—. ¡Tu pecho, está como ardiendo! ¡Destella una luz roja!

—¡Es la baliza de emergencia, Segundo! —gritó Bob—. ¡Debe ser Jupe! De prisa, ponla en marcha y lee el indicador direccional.

Pete se sacó la pequeña baliza de emergencia del bolsillo de su camisa. La lucecita roja destellaba de manera irregular. Cuando Pete hizo funcionar el diminuto aparato, todos oyeron el característico *bip, bip*, y la flecha indicó directamente hacia el centro de Rocky Beach.

—¡Suena fuerte! —exclamó Pete—. ¡Esto significa que aún están cerca!

—Y que van hacia la ciudad —agregó Bob—. ¡De prisa, Mac! ¡Hemos de alcanzarlos! ¡Todavía estamos a tiempo!

Los dos africanos y los dos muchachos salieron del «Patio» a toda velocidad y montaron en el «Cadillac». Pete se inclinó sobre el indicador de la baliza. El zumbido sonaba muy claro.

—¡Por allí! —indicó—. ¡Directos a la ciudad!

Ndula apretó el acelerador después de arrancar. MacKenzie miró la señal.

—¿Qué es este chisme y cómo funciona? —quiso saber.

—Es un receptor direccional y un transmisor de emergencia —explicó Bob, a medida que el zumbido irregular crecía de volumen—. Es emisor y receptor. Ahora, este aparato recibe las señales del que tiene Jupiter. Por eso hace *bip, bip*. A medida que uno se acerca a otro aparato, el sonido va creciendo, y la flecha muestra la dirección de donde vienen los zumbidos. Este aparato también funciona como alarma de emergencia… ya que la luz roja se enciende a la voz de mando. Mi señal destella ahora porque Jupiter está diciendo…

—¡No lo digas! —le cortó Pete—. ¡O pararás la señal de Jupe!

—Tienes razón —se corrigió Bob—. Jupe está diciendo *Ayuda* cerca de su señal, y por esto brilla la luz.

—¡A la derecha, Adam! —gritó de pronto Pete—. El *bip-bip* suena cada vez más fuerte. ¡Creo que los secuestradores se han detenido!

MacKenzie frunció el ceño.

—¿Cada aparato es emisor y receptor, Bob? —preguntó luego—. ¿Y Jupiter maneja uno en el coche de esos canallas? ¿Qué sucede si casualmente nosotros disparamos su señal?

—Estoy seguro de que tiene el zumbador cerrado —explicó Bob—, de manera que los bandidos no lo oirán. Y probablemente, lleva el aparato en el bolsillo, a fin de que nuestros enemigos no vean la luz si se enciende.

—¡Ojalá lo lleve bien escondido! —exclamó MacKenzie—. Esta acción de Jupiter es muy peligrosa. Si esos individuos lo atrapan usando el aparato, comprenderán cuál de ambos chicos es Jupiter.

Bob palideció ante esta idea.

—¡Oh, corre más, Adam!

* * *

El «Lincoln» azul de alquiler de los secuestradores estaba parado en una estación de servicio. Jupiter y Ian iban sentados atrás, junto a Walt, mientras Fred llenaba el depósito de gasolina. Nadie se aproximó al auto.

—Será mejor para vosotros si decís de una vez quién es Ian Carew —repitió Walt por enésima vez.

—Alguien vendrá en auxilio nuestro —replicó Jupiter—, lo sé, estoy seguro.

—Sí —añadió Ian—, nuestros amigos nos ayudarán.

—Esta ayuda llegará tarde —retrucó Walt—. Si Jones sale ahora del coche, le dejaremos ir tranquilo. Podrá incluso alejarse a pie. Pero si no le identificamos hasta más tarde… bueno, entonces, ¡tal vez le liquidemos!

—No te creo —repuso Ian.

—Yo tampoco —agregó Jupiter—. Pronto llegará el auxilio.

—No seas estúpido, Jones —gruñó Walt, mirando ya a un chico, ya al otro—. Esto no es asunto tuyo. Si estás preocupado por Ian, no temas, que no le haremos daño. Le necesitamos tan sólo por un asunto de suma trascendencia. Y queremos que no le ocurra nada.

—Sí, hasta que ya no os sirva de escudo —respondió Jupiter.

—Si hemos de llevaros a los dos —ladró Walt—, no respondemos de lo que le pase a Jones. ¡Cuidado!

Los dos chicos palidecieron, pero ambos callaron. Fred volvió a situarse detrás del volante.

—Bien, Walt ya les hemos dado su oportunidad. Ahora, vamos a solucionar el problema a nuestra manera. Esos muchachos no son tan listos cómo se imaginan.

* * *

Ndula conducía el «Cadillac» lo más de prisa posible por las calles de Rocky Beach. Pete iba sentado a su lado, sin dejar de mirar el indicador de dirección. Bob y MacKenzie se inclinaban desde el asiento trasero para verlo también. De pronto, el *bip, bip* empezó a debilitarse y a sonar más bajo.

—¡A la derecha! —gritó Pete, al ver que la flecha señalaba hacia el mar.

Ndula torció por la calle siguiente. Era una vía importante que conducía al puerto, y se hallaba ya atestada por el tráfico mañanero. Los *bip, bip* sonaron aún más bajos y con más irregularidad.

—¡Han vuelto a girar hacia el sur! —proclamó Pete.

—¡Pete! —le llamó Bob—. ¡Se habrán metido en la carretera! La flecha señala hacia la mitad sur y la mitad este… Es decir, hacia Los Ángeles.

—Sí… —masculló Pete—, creo que tienes razón, Archivos.

—¿Está muy lejos la carretera? —se interesó MacKenzie.

—A más de un kilómetro —repuso Bob.

Ndula sacudió la cabeza.

—Con tanto tráfico no puedo correr más.

—En la carretera, pueden ir cuatro veces más de prisa que nosotros —se quejó MacKenzie—. ¿Cuál es el radio de alcance de la baliza de emergencia, chicos?

—Sólo de cinco kilómetros.

Sin poder remediar que el «Cadillac» avanzara lentamente por la concurrida calle, vieron cómo la flecha empezaba a vacilar débilmente, y oyeron cómo los *bip, bip* parecían alejarse cada vez más. De pronto, la flecha se centró por completo, el ruido cesó y la luz roja se apagó.

—¡Han huido, muchachos! —se desconsoló MacKenzie—. Ya no podremos cazarlos en la carretera, ya que ni siquiera sabemos qué coche llevan. Ha llegado la hora de acudir a la policía.

* * *

En el asiento posterior del «Lincoln» de los bandidos, Ian y Jupiter estaban muy juntos. Walt se sentaba al otro extremo con la pistola en las rodillas y los ojos cerrados.

—Tienes que confesar, Jupiter —susurró Ian al oído de su amigo —. Te dejarán libre.

—No —replicó Jupiter en el mismo tono de voz—, no me soltarán: mi seguridad depende de que no sepan quién es quién de nosotros. Ellos no le harán daño a Ian Carew… al menos por ahora. Pero no necesitan para nada a Jupiter Jones y yo sé demasiadas cosas de ellos.

Walt abrió un solo ojo.

—¡A callar! Ya habéis tenido oportunidad de hablar. ¡Ahora, no pasará mucho tiempo sin que nos deshagamos de uno de vosotros!

Tras una risotada siniestra, el secuestrador cerró de nuevo los ojos y el «Lincoln» se adentró por entre el escaso tráfico, bajo el sol matutino, hacia un destino desconocido.

CAPÍTULO 17

Pete formula una acusación

Pete, Bob y los dos africanos estaban esperando, sentados en un banco de la central de policía. Tía Matilda y tío Titus les acompañaban. Una vez que los dos chicos y los dos africanos hubieron contado la historia, tía Matilda se mostró extrañamente tranquila.

—Ese muchacho, ese Ian Carew, ¿es muy importante para su país, señor Ndula? —quiso saber—. ¿Para la independencia y su futuro?

—Sí, señora Jones —asintió Ndula—, es muy importante. Su padre es nuestra única esperanza para la consecución de la independencia sin que haya una guerra civil, a fin de que gobierne la mayoría y el porvenir nos brinde la paz. El plan de los secuestradores es obligar a *sir* Roger a hacer lo que ellos quieren, amenazándole con eliminar a su hijo. Por tanto, tenemos que salvar a Ian.

—¿Y Jupiter y sus amigos les ayudaban a ustedes a encontrar a Ian cuando esos tipos capturaron a Jupiter?

—Exactamente —asintió MacKenzie.

—Entonces, los muchachos hicieron lo que debían —declaró tía Matilda—. Y estoy muy satisfecha de que intentasen ayudarles. Ahora, lo importante es conseguir rescatar a esos dos chicos.

El jefe Reynolds apareció en aquel instante, con rostro grave.

—He dado la alarma a la policía de Los Ángeles —anunció—. Aunque no sé qué podrán hacer. No sabemos cómo es el coche, e ignoramos el número de matrícula. Lo único factible es distribuir la descripción de los secuestradores a los coches de patrulla y…

—¿Otra vez? —rezongó tía Matilda—. Me parece que eso ya lo hizo usted una vez sin ningún resultado. ¡Ya que regresaron aquí bajo las mismas narices de la policía!

—Los secuestradores no suelen volver al lugar del delito —razonó el jefe de policía—. Y tenemos motivos para creer que ya no volverán.

—Sí, claro —replicó tía Matilda—. Pero Jupiter dijo que no se trata de secuestradores ordinarios, y usted debió escucharle.

—Tiene razón, señora Jones —se inclinó ante ella el jefe de policía de Rocky Beach—. De todos modos, la policía de Los Ángeles tiene a todos sus hombres buscando a los secuestradores y a los dos chicos. Y ahora, si les descubren, actuaremos con rapidez. No podrán escapar, se lo aseguro.

—¿Por qué no, jefe? —preguntó tío Titus.

—Porque los secuestradores tienen como rehenes a Ian y a Jupiter, señor Jones, y están armados. Por lo que han contado MacKenzie y Ndula, esos hombres son más soldados que criminales, y están dispuestos a perder sus propias vidas por su ideal —explicó el jefe de policía—. No, nuestra esperanza es encontrar su rastro y cogerles por sorpresa cuando menos se lo esperen.

—¡Pero los muchachos corren un grave peligro! —se asustó tío Titus.

—No —repuso MacKenzie—. No creo que corran un peligro inmediato, señor Jones. Los secuestradores han de mantener a Ian a salvo, pues de lo contrario no podrían presionar a *sir* Roger y no creo que le hagan daño a Jupiter. Éste es un atentado político, no un secuestro por el rescate, y no querrán indisponerse sin necesidad perentoria con el gobierno norteamericano. Claro está, si llegan a Nanda todo cambiaría.

—Entonces, hay que asegurarse de que no lleguen allá —replicó el jefe Reynolds—. Si al menos tuviésemos alguna idea de por qué se dirigen hacia Los Ángeles, es decir, al sur, después de haber ido la vez pasada al norte…

—Con toda seguridad, han planeado por anticipado la ruta de escape —observó Ndula.

—¡Para ellos y para Ian! —exclamó de pronto Bob—. ¡Pero ahora tienen a dos chicos y no saben cuál es Ian! Éste es un problema con el que no contaban, y les hará cambiar de planes… —Bob volvióse rápidamente hacia los dos africanos—. ¿Hay algún medio de que en Los Ángeles identifiquen a Ian?

—No, que yo sepa, Bob —replicó MacKenzie.

—En Nanda, sí —añadió Ndula—, pero no en Los Ángeles.

Pete estaba meditando.

—¿No hay nadie en la misión comercial de Nanda que conozca a Ian? ¿Algún amigo de la familia, tal vez?

MacKenzie y Ndula se contemplaron mutuamente, como sorprendidos, como si jamás les hubiese pasado esa idea por la cabeza.

—¿John Kearney? —sugirió Ndula.

—Es un viejo amigo de *sir* Roger —repuso MacKenzie—. Los muchachos no podrían engañarle. Pero…

—¿Quién es ese Kearney? —quiso saber el jefe Reynolds.

—El presidente de la misión comercial —le explicó MacKenzie —. Pero John Kearney jamás ayudaría a esos extremistas.

—Tal vez no —concedió el jefe—, pero Bob tiene razón. Los secuestradores se enfrentan con un problema que no esperaban y deben solucionarlo antes de seguir adelante con su plan de huida. Si saben que Kearney puede identificar a Ian, intentarán engañarle u obligarle a ello. Hay que avisarle al instante.

—Entonces será mejor que le llame —decidió MacKenzie—. Esos bandidos poseen algún medio para enterarse de lo que pasa en la misión. Tal vez podamos atraparles si ignoran que la policía conoce la presencia de Kearney en Los Ángeles.

—Bien, llámeles —se impacientó Reynolds—. Use mi teléfono.

Los otros aguardaron con impaciencia mientras MacKenzie iba a hacer la llamada. Tía Matilda se paseaba nerviosamente por la estancia.

—¿Qué harán los raptores si no averiguan quién es Ian? —le preguntó a Ndula.

—Supongo que tratarán de llevarse ambos chicos a Nanda —fue la poco tranquilizadora respuesta.

—¿A África? —gritó tía Matilda—. ¡Granujas!

MacKenzie apareció en el umbral de la habitación.

—Kearney no está en su despacho de la misión. Se halla asistiendo a una serie de reuniones y exposiciones en la zona de Hollywood sobre arte y artesanía local. Nadie sabe exactamente dónde se halla ahora. Yo no dije el motivo de mi llamada. Opino que debemos ir inmediatamente a Los Ángeles.

—¡Sí! —exclamó Ndula—. Si los secuestradores intentan ver a

Kearney, y todavía no lo han conseguido, irán a la misión y allí podremos cogerles.

—Radiaré a la policía de Los Ángeles para que vigilen la misión por si acaso ese hombre vuelve allí antes de que lleguemos nosotros —anunció el jefe—. Así, podrán avisarle y vigilar la llegada de esos canallas.

* * *

Jupiter e Ian estaban sentados en una estancia sin ventanas, completamente a oscuras. Llevaban allí ya varias horas desde que los secuestradores les habían hecho salir del «Lincoln» para llevarles a una casita de una colina, en medio de una espesa vegetación. Aunque sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad de la pequeña habitación, en realidad apenas distinguían nada.

—¿Dónde estamos, Jupiter? —inquirió Ian.

—En alguna parte de las montañas de Hollywood —repuso Jupiter—, en algún almacén o bodega.

Había tenido un breve vislumbre del cuarto cuando los secuestradores les encerraron en él. Jupiter e Ian estaban atados, a fin de que no pudiesen buscar una salida, aunque Jupiter estaba plenamente seguro de que no había ninguna.

—¿Qué van a hacer con nosotros?

—Indudablemente, tienen un plan para sacarte de este país y llevarte a Nanda, pero ignoro por qué nos retienen aquí. A menos que…

—¿A menos qué, Jupe?

—A menos que aguarden a alguien que pueda identificarte sin lugar a dudas —terminó Jupiter en voz queda.

—Sí, eso creo también —asintió Ian con tristeza—, y entonces ya no te necesitarán a ti. ¿Qué te harán?

—No lo sé, no lo sé —repuso Jupiter también tristemente.

* * *

Bajo el intolerable calor del mediodía, el jefe Reynolds hizo virar

su coche policial hacia el aparcamiento de un edificio de oficinas del bulevar Wilshire. Ndula estacionó también allí el negro «Cadillac». Un oficial de policía de Los Ángeles avanzó cuando el jefe Reynolds puso el pie a tierra.

—El señor Kearney no ha vuelto, jefe, y no se ha acercado a la misión ningún sospechoso. Hay uno de los nuestros de vigilancia allí.

—Los secuestradores no están cerca de aquí, jefe —razonó Pete, mirando su señal de emergencia—. No hay movimiento en mi indicador.

—Tal vez sabrán algo de Kearney en la oficina —sugirió Ndula.

—Vamos a verlo —repuso MacKenzie—, aunque creo que el jefe debería quedarse aquí abajo, para que nadie sepa que la policía vigila el edificio.

Los dos muchachos y los dos africanos entraron en el edificio y un ascensor les condujo hasta los despachos de la misión comercial del tercer piso. La recepcionista saludó a MacKenzie y Ndula, y luego sacudió negativamente la cabeza. No tenía noticias del señor Kearney.

—Él y su secretaria, la señorita Lessing, pasarán todo el día en esas exposiciones de arte —añadió—. La señorita Lessing dijo, sin embargo, que no estaría fuera todo el día. Si regresa pronto, tal vez podrá decirles dónde se halla exactamente el señor Kearney. La han llamado varias veces, así como al señor Kearney durante toda la mañana, y no sé qué contestar.

La recepcionista parecía dispuesta a dar toda clase de quejas, mas por suerte, sonó el teléfono de su mesa. Volvióse para responder, y sus visitantes huyeron de allí.

—¡Hay una filtración en la misión comercial! —exclamó Pete—. ¡Seguro que esa mujer lo cuenta todo si le dan tiempo!

—Es posible —rió MacKenzie—. Le gusta charlar. Pero en cambio no ha podido decirnos lo que nos interesa: dónde está Kearney.

—Lo que significa que tampoco puede decírselo a los secuestradores —le tranquilizó Ndula.

—Bien, ¿qué hacemos? —preguntó Bob, en tanto bajaban en el ascensor.

—Esperar a que alguien se persone en la misión: los

secuestradores, la señorita Lessing… o Kearney —repuso MacKenzie —. No podemos hacer, nada más.

Los dos investigadores, los dos africanos y varios policías pasaron varias horas, agobiados por el calor y el aburrimiento, en el aparcamiento. Todos vigilaban la señal de emergencia de Pete, pero el aparato no se encendía.

—¡Esto es terrible! —exclamó el muchacho. El Segundo Investigador estaba cada vez más ansioso—. A Ian y a Jupiter ya ha podido ocurrirles algo grave. ¿Cómo sabemos que los secuestradores no han encontrado a alguien capaz de identificar a Ian?

—No podemos saberlo —asintió Ndula—. Pero la misión comercial es el único lazo que tenemos con esos bandidos. De modo que hemos de quedarnos aquí.

Por fin, a media tarde, el agente que estaba arriba vigilando la misión llamó al jefe Reynolds por su portátil.

—Acaba de entrar una joven de cabello negro. Creo que trabaja aquí. ¿Es alguna persona de las que ustedes aguardan?

—¡La señorita Lessing! —exclamó MacKenzie—. ¡Debe de ser ella! ¡Vamos arriba!

La recepcionista sonrió cuando Pete, Bob y los dos africanos penetraron en la misión comercial por segunda vez.

—¡Hola! Todavía no sé nada del señor Kearney, pero ha vuelto la señorita Lessing. ¿Quieren verla? Está en el despacho del jefe.

Cuando se hallaban delante del despacho privado de Kearney, Pete se detuvo de pronto a escuchar.

—¿Qué pasa, Segundo? —quiso saber Bob.

—Creí que alguien hablaba en el despacho. Tal vez la señorita Lessing recibe a alguien.

Ndula prestó oído atento.

—Yo no oigo a nadie, Pete.

—¡Oh, no, ahora no! —suspiró el muchacho—. Debí equivocarme.

Llamaron a la puerta y entraron. La señorita Lessing se hallaba junto al escritorio de Kearney, examinando unos papeles. La joven, de elevada estatura, llevaba una blusa verde y los mismos pantalones grises que el día en que visitó a MacKenzie y Ndula en el hotel Miramar. Cuando les vio sus pupilas se animaron.

—¿Ya han encontrado a Ian?

—Lo hemos encontrado —replicó MacKenzie con amargura— y lo hemos perdido otra vez.

—¿Perdido? —repitió la señorita Lessing.

Lentamente, cogió un pendiente del escritorio y se lo puso.

—¿Ha estado usted todo el día con Kearney, señorita Lessing? —inquirió Ndula.

Ella asintió.

—¿Le preguntó alguien algo respecto a Ian?

—No. Nadie. ¿Por qué?

—Porque los secuestradores lo han apresado —explicó MacKenzie—, y creemos que están en Los Ángeles buscando a Kearney para…

—¡Sí, claro! —exclamó ella—. El señor Kearney podrá identificar a Ian al momento. Los dos muchachos no podrán engañarle. Tienen que advertirle inmediatamente.

—¿Dónde podemos encontrarlo? —quiso saber MacKenzie.

La señorita Lessing consultó su reloj.

—A esta hora debe de hallarse en uno de esos dos sitios: en la Galería de Importadores de Artesanía o en El Arte Africano. Son los dos lugares que le faltaban por visitar, y ha de haber estado en ambos a las cinco.

—Lo cual nos concede una hora y media para visitar los dos locales —calculó Ndula—. Bien, podemos separarnos en dos bandos.

—¡Vamos, de prisa! —gritó Bob.

La señorita Lessing escribió ambas direcciones, y los cuatro amigos casi corrieron hacia el ascensor. En el preciso instante en que se cerraron las puertas de la jaula, Pete se volvió hacia los otros tres.

—¡Mac, Adam, Bob! ¡La señorita Lessing ha mentido! ¡Nos ha enviado a buscar al señor Kearney donde no está!

CAPÍTULO 18

Un enemigo inesperado

—¿Qué quieres decir, Pete? —gritó Bob.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Ndula.

—¡Estás equivocado, Pete! —objetó MacKenzie—. ¡Llevo años trabajando con Anna Lessing!

—No, no estoy equivocado —insistió Pete—. Ella dijo que no podría engañarle.

MacKenzie se mostró intrigado.

—Y es verdad. Nosotros mismos lo dijimos.

—Sí —asintió Pete—. Pero nosotros no le dijimos a la señorita Lessing que los secuestradores tuviesen ningún problema de identificación. ¡No le dijimos que esos bandidos tuviesen consigo a dos muchachos! —Pete miró a los dos africanos y a Bob—. Entonces, ¿cómo sabía que los chicos estaban engañando a sus raptores y que había necesidad de identificar a Ian?

Los demás no respondieron. El ascensor se detuvo en la planta baja y salieron de él. Fue Ndula quien tomó el uso de la palabra.

—Pete tiene razón —admitió el negro—. Nosotros sólo dijimos que los secuestradores habían atrapado a Ian y que probablemente se hallaban en Los Ángeles. En las llamadas hechas a la misión comercial, ni Gordon ni el jefe Reynolds hablaron de dos muchachos.

MacKenzie asintió.

—Aparte de la policía de Rocky Beach, sólo la policía de Los Ángeles sabe que hay dos muchachos secuestrados, y ellos no han hablado con nadie de la misión comercial.

—Sólo la policía y los secuestradores saben que se trata de dos chicos iguales —recordó Pete machaconamente—. Y esto significa que la señorita Lessing ha visto a los secuestradores hoy en Los Ángeles.

—Pero —objetó Ndula—, ha estado todo el día al lado de Kearney.

—Esto es lo que ella dice —replicó Pete.

—El señor Kearney puede confirmar esta afirmación —dijo MacKenzie—. Dudo mucho de que Anna haya mentido respecto a los movimientos de su jefe.

—¡Un momento! —les detuvo Bob—. Pete creyó que alguien hablaba, en el despacho del señor Kearney, cuando íbamos a entrar. Luego, pensamos que era una equivocación, ya que la señorita Lessing estaba sola en la habitación. Pero recogió un pendiente de la mesa y se lo puso. Recuerdo que Jupiter dijo un día que las mujeres suelen quitarse un pendiente para hablar por teléfono. ¡Tal vez ella estaba hablando por teléfono con los secuestradores! Acordaos de que la recepcionista dijo que habían llamado muchas veces a la señorita Lessing. ¡Seguro que eran los secuestradores!

—Mac —añadió Pete—, tú has trabajado con ella varios años. ¿Significa esto que ella también trabajaba para *sir* Roger? ¿Conoce bastante bien a Ian para poder identificarlo sin lugar a dudas?

—No lo sé —MacKenzie frunció el entrecejo—. Lleva varios años entre el personal de *sir* Roger, pero no es amiga de la familia, como lo es Kearney. Sin embargo, podría saber algo de Ian que demuestre quién es realmente. Caramba, también pudo interceptar con facilidad el mensaje de Ian.

Todos se apresuraron hacia el aparcamiento para contarle al jefe Reynolds todo lo que acababan de deducir.

—¡Ella es el contacto de los extremistas con la misión comercial! —exclamó Ndula—. ¡Tenemos que lograr que confiese! ¡Hay que obligarla a decirnos…!

—No —le atajó Reynolds—. Si está relacionada con los extremistas, no nos dirá nada. Pero se ha tomado la molestia de enviaros en busca de Kearney, para confundiros y haceros perder tiempo, por lo que seguramente tratará de reunirse con sus cómplices. ¡Y ella nos guiará hasta ellos!

—Cuando crea que nos hemos ido en busca del señor Kearney —exclamó Pete.

—Sí. Voy a pedirle a los policías de Los Ángeles que sigan vigilando la misión —decidió el jefe de policía de Rocky Beach—. Luego, nos marcharemos todos en mi coche para que ella nos vea.

Una vez fuera de su vista, regresaremos y nos trasladaremos al «Cadillac» para seguirla. Dudo que se fije en el «Cadillac» si ve que nos vamos en un coche policial.

Obedecieron las instrucciones del jefe. Quince minutos más tarde, cuando Anna Lessing salió del edificio sola y subió a su «Pontiac» colorado, el «Cadillac» negro la siguió a una prudente distancia.

* * *

En el cuarto oscuro de la casa de la colina, Jupiter e Ian estaban sentados en silencio, recostados en la pared. Llevaban allí varias horas.

—Tus amigos no nos encontrarán —musitó Ian—. Ya no.

—¡Nos encontrarán, lo sé! —trató de animarle Jupe.

De repente se encendió la luz, y los muchachos quedaron deslumbrados un momento. Luego divisaron a sus secuestradores. Walt, el más corpulento, se dirigió a Jupiter y le desabrochó la camisa. Rápidamente, se volvió hacia Ian e hizo lo mismo.

—Bueno, el juego se acabó —gruñó.

Jupiter miró a Ian. En la parte superior del vientre del muchacho africano había una pequeña cicatriz. Jupiter no tenía ninguna.

—¡En marcha hacia Nanda! —proclamó Fred, echándose a reír.

* * *

El «Pontiac» colorado avanzó por el sendero enarenado de la casita situada en la colina de Hollywood Hills. Allí se detuvo, y Anna Lessing subió con rapidez los peldaños de la casa. El «Cadillac» negro que la seguía se estacionó calladamente junto a la acera, un poco más allá. Pete se inclinó sobre su baliza de emergencia.

—Nada —murmuró con desaliento—. A menos que los secuestradores hayan descubierto el aparato de Jupiter y lo hayan desconectado. No están por aquí.

—¿Es posible que nos hayamos equivocado, muchachos? —preguntó Ndula.

—¡No! —insistió Pete—. ¡Estoy convencido de que la señorita Lessing está con ellos!

—Yo también —declaró MacKenzie—. Vamos directamente allá.

Saltaron a tierra y anduvieron rápidamente y en silencio hacia la casita. Ésta se hallaba rodeada por una selva de árboles, arbustos y hiedra. Todos aplicaron el oído a la puerta principal, mas no oyeron nada excepto el taconeo de los zapatos de Anna Lessing sobre el suelo de madera. MacKenzie llamó al timbre. Anna Lessing abrió la boca en sorpresa cuando abrió la puerta.

—¡Qué diablos hacen aquí! —gritó. Luego sonrió con desmayo. Retrocedió y dejó que el grupo penetrase en la salita—. ¿Ya han hallado al señor Kearney? ¿Le han abordado los secuestradores?

—No lo hemos buscado —replicó Ndula.

—Ni creo que los secuestradores lo busquen tampoco —añadió MacKenzie.

—Queremos advertirle, Anna, que tiene usted derecho a no hablar —dijo el jefe Reynolds—. Y si habla, todo cuanto diga podrá ser usado contra usted en el tribunal.

—¿Dónde están Ian y Jupiter? —gritó Pete.

—Sabemos que usted ha hablado con los secuestradores —agregó Bob, furioso—. ¿Dónde están? ¿Qué les han hecho a los dos?

Anna Lessing les miraba, y al fin separó las manos en señal de protesta.

—No sé de qué me hablan. ¿Quién es ese Jupiter? No conozco a ningún Jupiter. ¿Por qué he de saber dónde está Ian? ¿No han encontrado al señor Kearney?

—Usted sabe quién es Jupiter —respondió MacKenzie—. ¡Y sabe exactamente qué le ha pasado a Ian porque es cómplice de esos bandidos!

—¿Yo cómplice? —La joven pareció atragantarse—. ¿Yo? ¿Cree que haría mal alguno a Ian Carew? ¿Yo? ¡Hace años que soy amiga de *sir* Roger!

—¡Miente, señorita Lessing! —se impacientó Ndula—. Jefe Reynolds, será mejor que eche un vistazo por la casa.

—¡No tienen mandamiento de registro! —gritó Anna Lessing—. No, lo siento. No oculto nada. Miren lo que quieran, tienen mi

permiso. Ah, señor MacKenzie, me ha herido en lo más profundo.

—¿También yo, señorita Lessing? —sonrió Ndula.

—¿Usted? —Por un momento, una mueca de asco contrajo la cara de la joven—. Claro, señor Ndula, usted también me ha herido.

—Miremos por todas partes —ordenó el jefe de policía.

Él, Bob, Pete y Ndula se diseminaron por toda la casa. MacKenzie se quedó en la salita con Anna Lessing.

—Se arrepentirá de esto, MacKenzie —rechinó ella los dientes—. Yo no sé nada de los secuestradores ni de los dos muchachos.

—¿Cómo sabe que hay dos muchachos?

—¡Ustedes nombraron a un tal Jupiter!

—Oh, no, nunca dijimos que Jupiter fuese un chico —objetó MacKenzie—. Si en realidad no le conoce, podría suponer que es todo un hombre y no un chico. Ya es la segunda vez que sufre un desliz, Anna. En la misión comercial, usted ya sabía que los bandidos tenían apresados a dos muchachos, mucho antes de que nosotros nombrásemos a Jupiter. ¿Ha sido usted la que ha identificado a Ian para los extremistas?

—¡No quiero pronunciar ni una sola palabra más!

Bob y Ndula salieron de una habitación interior, y Pete y el jefe de policía volvieron del otro lado de la casa. Bob se encaró con Anna Lessing.

—Opino que debe darnos una explicación, señorita Lessing —dijo el Tercer Investigador.

—¡No quiero que me molesten unos críos! —se quejó Anna Lessing a MacKenzie.

—Ya sabe que nuestro amigo Jupiter —continuó Bob— dice siempre que nos fijemos en los pequeños detalles. Dice que la gente tiene la costumbre de delatarse. Usted es de Nanda, ¿eh? Seguro que le gustan las joyas de su país.

—¿De qué está hablando este mocoso? ¡Le advierto, MacKenzie…!

Bob levantó la mano. En ella lucía un pequeño colmillo engarzado en oro, unido a un ganchito para la oreja.



—Hallé esto en su dormitorio, señorita Lessing. Es un pendiente de Nanda, ¿verdad? Sólo había éste en el cuarto. Y esto se debe a que usted perdió el otro. Lo sé porque nosotros lo encontramos en aquel cañón donde aterrizó el helicóptero para llevarse a los secuestradores.

Anna Lessing palideció, mientras contemplaba el diminuto colmillo.

—Jupiter afirma que una mujer nunca tira un pendiente que le gusta, si pierde a la pareja —explicó Bob—. Usted tiene esa misma costumbre, y ésta demuestra que usted es enemiga de *sir* Roger Carew. Aparte de la policía y nosotros, sólo había tres personas en aquel cañón: los dos secuestradores y el piloto del helicóptero. ¡Usted era ese piloto, señorita Lessing!

CAPÍTULO 19

¿La última carcajada del enemigo?

—¡Atiza! —exclamó Pete—. ¡Claro que pudo ser ella con aquel traje y las gruesas gafas!

—Supongo que podremos comprobar si ella era el piloto —dijo el jefe de policía.

—Los propietarios del helicóptero reconocerán su voz —sugirió MacKenzie.

—Y nosotros poseemos el colmillo que forma pareja con este otro —terminó Ndula.

Anna Lessing les miró con mirada centelleante. En su rostro se leía el odio y la cólera. De pronto se echó a reír.

—¡Sí, está bien! Yo pilotaba el helicóptero y soy una extremista. Siempre lo he sido. Soy una patriota y deseo una Nanda libre, segura y civilizada.

—¿Libre para quién, señorita Lessing? —se interesó Ndula.

—¡No para ti! —rugió ella—. ¡Nanda pertenece a los blancos que la colonizaron, la construyeron y han vivido allí doscientos años!

—Nosotros hemos vivido allí dos mil años —replicó el negro—. Ustedes forjaron Nanda gracias a nuestro trabajo, y nos esclavizaron en nuestra propia nación. Nosotros les ofreceremos un sitio en nuestro país, y todos colaboraremos para lograr una Nanda libre, pero recuerde que es *nuestro* país.

—¡Nunca! —gritó Anna Lessing—. ¡Nosotros hemos logrado crear una Nanda para nosotros! ¡Es nuestra y la conservaremos!

—Su política es asunto suyo —intervino el jefe de policía—, y podrán zanjar estas disputas en Nanda. Pero esto no es África, y ustedes han raptado a dos muchachos. Los secuestradores están aquí, ¿verdad? O estuvieron aquí. ¿Dónde se hallan ahora? ¿Dónde están Ian y Jupiter?

—Sí, Walt y Fred han estado aquí —rió Anna Lessing—. ¡Pero se han ido! ¡Han llegado ustedes demasiado tarde!

—¿Adónde han ido? —exigió MacKenzie.

—Jamás lo diré, Ian se halla en nuestras manos y *sir* Roger tendrá que hacer lo que le ordenemos.

—No, señorita Lessing, no lo hará —objetó MacKenzie—. Por mucho que ustedes le amenacen, cumplirá con su deber para con Nanda. Ustedes desean que haya una guerra civil, cosa que *sir* Roger no permitirá jamás.

—¿Cree que arriesgará la vida de su hijo por un puñado de negros sin civilizar?

—Oh, sí, claro que sí —asintió Ndula.

—¡Nunca! Se verá obligado a obedecernos. ¡Además, es blanco como nosotros!

—No sé qué ocurre en Nanda —volvió a intervenir el jefe de policía—, pero si sé lo que pasará aquí, a menos que usted colabore con nosotros. Un secuestro es un delito grave, señorita Lessing, y será mejor para usted que nos ayude a salvar a esos muchachos.

—Yo soy un soldado en guerra, no una secuestradora. Éste es un atentado político y ustedes ya no pueden atrapar a Walt ni a Fred. ¡No tienen la menor esperanza de salvar a Ian Carew ni a ese estúpido de Jupiter Jones!

La joven se echó a reír con descaro. Los dos africanos, el jefe y Bob se miraron unos a otros con desaliento. ¿Cómo podrían detener a los dos secuestradores y encontrar a Ian y a Jupiter si ella no hablaba? Sólo Bob parecía tranquilo. Se hallaba estudiando a Anna Lessing pensativamente.

—Si los secuestradores ya no estaban aquí cuando llegó la señorita Lessing —razonó Bob lentamente—, debió decirles por teléfono cómo podían identificar a Ian.

—Claro que se lo dije —rió ella—. Se trata de una pequeña cicatriz. Hace unos años que a Ian le quitaron el apéndice.

—En ese caso —continuó Bob, dirigiéndose sólo a sus amigos—, ¿por qué corrió ella hacia aquí? Bueno, si ya les había dado a los secuestradores la información que necesitaban, si ya sabían quién era Ian, ya habrán puesto en acción su plan de fuga, ¿por qué abandonó tan de prisa la señorita Lessing la oficina para venir aquí?

—¡Bob tiene razón! —exclamó el jefe Reynolds—. No necesitaba

venir aquí en absoluto.

—Es mi casa —gruñó ella—. ¿Por qué no he de venir a mi casa?

—Sí… pero ¿tan de prisa? —replicó Bob—. La única respuesta que se me ocurre es que los secuestradores dejaron aquí algo que debe ser vigilado. ¡Algo… como Jupiter!

—¿Jupiter? —Reynolds arrugó la frente.

—¡Oh, sí! —gritó Ndula—. Si se iban hacia Nanda no pensarían llevarse consigo a Jupiter. ¡No, si ya sabían quién era Ian! Llevarse dos chicos era correr un riesgo innecesario.

—¡Jupiter tiene que estar por aquí! —proclamó Pete.

—¡Busquemos de nuevo por toda la casa! —ordenó el jefe de policía.

Mientras Ndula se quedaba con Anna Lessing, los otros volvieron a esparcirse por la casita, mirando en todas las habitaciones, en todos los armarios. No tardaron mucho. No hallaron el menor rastro de Jupiter.

—Probemos fuera —urgió MacKenzie—. El garaje, los cobertizos, si los hay…

Anna Lessing seguía sonriendo cuando los investigadores salieron de la casa. Había un cobertizo pequeño y un garaje. En el primero sólo hallaron herramientas de jardinería y nada en el segundo. Pete trepó por la colina que se elevaba a espaldas de la casa, pero no halló el menor rastro de Jupiter.

De vuelta en la casa, Anna Lessing se burló de ellos.

—Ya dije que no le encontrarían. Admítalo, MacKenzie, les hemos vencido. ¡Y les venceremos a ustedes y a *sir* Roger, y a toda esa gente tan zafia de Nanda!

—¡Busquemos una vez más! —se irritó Reynolds.

Dentro de la casa estaba oscureciendo. La vegetación que la rodeaba impedía el paso de los rayos del sol del atardecer. Los investigadores encendieron las luces para mirar debajo de las camas y dentro de los armarios.

—¡Jefe! —gritó Pete.

¡Casi tan pronto como se encendieron las luces, empezaron a parpadear!

—¿Qué ocurre? —se inquietó Ndula—. ¿Falta de fuerza?

Las luces continuaban encendiéndose y apagándose.

—No, hace buen tiempo —dijo Bob lentamente—. No hay

tormenta. Ni hace calor, por lo que no creo que estén sobrecargados los circuitos.

La luz parpadeaba, a intervalos cortos y regulares.

—Parece como si lo hiciese alguien —se extraño MacKenzie—. Alguien que estuviera enredando con el interruptor principal, con un fusible o…

—¡Jupiter! —gritó Pete—. ¡Seguro que Jupiter nos hace señales! ¡Está aquí!

—¿Pero dónde? ¡Hemos mirado en todas partes! —le recordó el jefe de policía.

—¡Ah, ella lo sabe! —exclamó Bob.

Anna Lessing ya no sonreía.

—Jefe —dijo Pete—, esta casa está construida sobre una ladera. La parte trasera toca el suelo, pero la delantera está levantada sobre pilastras. Y debajo de la casa hay un espacio vacío. ¡Tal vez se trate de una bodega secreta!

Pete corrió fuera y regresó poco después.

—La casa está construida sobre unos cimientos de hormigón como una caja —informó—, pero no hay ninguna puerta que de a un sótano.

—Entonces, la puerta debe estar aquí dentro —reflexionó Bob.

—¡Apartad todas las alfombras! —ordenó el jefe—. Y volved a mirar debajo de las camas. Y dentro de los armarios.

Bob halló la respuesta en el mayor armario de los dormitorios. En el suelo del mismo había una trampa, con una escalerilla que descendía hacia las tinieblas.

—En la pared del armario hay un interruptor —dijo Pete.

Bob le dio vuelta y una débil luz iluminó el sótano. Los dos muchachos descendieron por la escalerilla, y llegaron a un cuartucho desprovisto de ventanas. Allí había botellas de vino, algunos muebles y…

—¡Jupe! —gritó Bob.

—¡Primero! —le secundó Pete.

El grueso jefe de los Tres Investigadores estaba sentado contra la pared del pequeño sótano, con las manos atadas a la espalda y una mordaza en la boca. Pateaba lentamente contra el interruptor general de una antigua caja de fusibles. Y cada vez que daba una patada al interruptor, las luces se apagaban.



—¡Hemos comprendido que eso de la luz era cosa tuya! —exclamó Pete.

Bob le quitó rápidamente la mordaza y le desató las manos a su amigo.

—¡Uf, ya era hora! —rezongó Jupiter—. Os oía por la casa. Y pensé que jamás daríais con este sitio.

—Vaya, Jupe —gritó Pete, muy contento—. Ya estás salvado.

—Oh, Jupiter —murmuró Bob—, tal vez hemos tardado demasiado en sacarte de aquí, pero…

—¡Lo habéis hecho muy bien, camaradas! —sonrió Jupiter—. ¡Y ahora contadme cómo habéis llegado hasta aquí!

Pete y Bob le explicaron rápidamente la serie de deducciones que les había conducido hasta la casa de Anna Lessing.

—Buen trabajo detectivesco, chicos —se admiró Jupiter—. ¡Yo no lo habría hecho mejor!

Muy orgullosos con las alabanzas de su orondo jefe, Bob y Pete ayudaron a Jupiter a trepar por la escalera y así llegaron al saloncito, donde el jefe de policía, MacKenzie y Ndula le golpearon alegremente en la espalda.

—¡Nos alegramos de verte, Jupe! —exclamó MacKenzie.

—Puedes sentirte orgulloso de Bob y Pete —agregó el jefe Reynolds.

—Lo estoy —declaró Jupiter. De pronto miró en torno suyo—. ¿Dónde está Ian? ¿Se lo han llevado esos granujas?

—Temo que sí —asintió Ndula.

—Ya habéis hallado a vuestro estúpido amigo —gruñó Anna Lessing—, pero habéis perdido tanto tiempo que no conseguiréis alcanzar a Walt y a Fred. ¡Se han llevado a Ian Carew y no lo encontraréis!

Sólo Jupiter no pareció amilanarse ante las triunfales palabras de la joven extremista. Al contrario, se limitó a sonreír.

—Bueno —murmuró—, esto usted no puede asegurarlo, señorita Lessing.

CAPÍTULO 20

¡Plan de fuga!

El jefe Reynolds llamó a la policía de Los Ángeles y arrestó a Anna Lessing como cómplice del rapto. Luego, gracias a la información aportada por Jupiter, se comunicaron con la policía de San Diego y en el «Cadillac» de los africanos volaron hacia la frontera mexicana.

—Muy bien, joven —dijo el jefe Reynolds, mientras Ndula guiaba el coche—, ¿cómo impediremos que los secuestradores huyan con Ian?

—No sé si lo lograremos —reconoció Jupiter—, pero creo que existen algunas posibilidades. Cuando los secuestradores supieron por la cicatriz quién era Ian, se lo llevaron arriba de aquella casa y les oí hablar por teléfono.

—¿Con quién, Jupe? —quiso saber Pete.

—Supongo que con sus compinches… en Tijuana, México —prosiguió Jupiter—. Anunciaron que ya tenían a Ian y que la huida se efectuaría exactamente de acuerdo con el plan.

—¿Qué plan? —inquirió Reynolds.

—No lo sé —confesó Jupiter—. No hablaron de ello.

—Entonces, ¿cómo podemos esperar que…? —exclamó MacKenzie.

—Ah, es que sabemos tres hechos vitales —le cortó Jupiter—. Los secuestradores han de encontrarse con alguien en Tijuana, al otro lado de la frontera de México, exactamente a las diez de la noche, para proceder a la segunda fase de su plan de fuga. Y cruzarán la frontera precisamente por Tijuana[1].

—Pero ¿cuándo, Jupe? —insistió el jefe de policía—. Pueden cruzar la frontera en cualquier momento y aguardar al cómplice o los cómplices en México.

—Éste es el tercer hecho que escuché. Dijeron que tenían que hacer algo en San Diego y que se detendrían allí el tiempo necesario

para hacerlo, antes de reunirse con el cómplice al otro lado de la frontera. ¡O sea, que la atravesarán hacia las diez de esta noche!

—¡Y nosotros les estaremos esperando! —declaró MacKenzie entusiasmado—. ¡Buen trabajo, Jupiter!

—No tenemos por qué conocer su plan —corroboró el jefe de policía—, ni con quién van a reunirse en México, porque los arrestaremos antes de que crucen la frontera.

—Exacto —asintió Jupiter.

—Oh, Jupe… —murmuró Bob—. ¿Crees que cruzarán la frontera con Ian en su coche? Bueno, tal vez sería demasiado peligroso… ¿No pueden disfrazarse o esconderse en… en algo?

—¡Oh, Jupe, es verdad! —gritó Pete—. Ya deben sospechar que les persigue la policía, y que la frontera estará vigilada. Bueno, sabían que MacKenzie y Ndula se pondrían en comunicación con la policía, tanto si encontraban a los chicos como si no.

—Pero —objetó MacKenzie—, si se han disfrazado o se han escondido, camuflándose de alguna forma ignorada, ¿cómo los descubriremos?

—Esto nos corresponde a nosotros —dijo el jefe de policía—. Estamos entrenados para descubrir disfraces y lugares secretos. Además, cuando lleguemos al puente, ya pensaremos cómo cruzarlo.

Jupiter asintió pensativamente, mientras el coche corría hacia el sur. Era ya casi de noche cuando llegaron a San Diego, casi a las nueve. Allí encontraron dos coches de patrulla del departamento de policía de San Diego, y luego se dirigieron directamente a la frontera.

—Nos queda algo más de media hora —observó Jupe, consultando su reloj—. Después, los secuestradores pueden cruzar la frontera en cualquier momento.

—¡Ellos… —murmuró Pete desalentado— y otro millar más de personas!

Por los múltiples carriles del cruce fronterizo pasaban largas filas de coches y camiones, y gran variedad de autocares. Todos los carriles estaban atestados de vehículos, muy juntos unos con otros, circulando a paso de tortuga a través de los puestos de inspección, en dirección a México.

—¿Cómo piensa identificarlos en medio de esta baraúnda, jefe?

—quiso saber MacKenzie.

—La policía de San Diego ha cursado su descripción a todos los guardias de la frontera —explicó Reynolds—, además de la descripción del «Lincoln» y de Ian. La policía mexicana también posee tales descripciones, y sabemos que el encuentro con otro cómplice será en la frontera. Todos estarán alerta por si alguien se comporta de manera sospechosa, aunque reconozco que las probabilidades son muy escasas.

—¿Por qué, jefe? —inquirió Bob.

—Porque inspeccionan con más atención a la gente que regresa a Estados Unidos que a la que se dirige a México, de manera que entre los de vuelta hay más retrasos y más caos.

—Entonces, ¿qué hacemos, jefe? —preguntó Ndula.

—Vigilar y esperar.

Aparcaron a un lado de la carretera desde donde tenían a la vista todos los carriles. Un coche de la policía de San Diego se hallaba estacionado cerca de la caseta del carril central y otro en el extremo más lejano de la carretera.

¡Faltaban diez minutos para las diez!

—¡Mirad! —exclamó MacKenzie—. ¡Un «Lincoln» azul!

Todos alargaron el cuello para ver el auto que avanzaba hacia el puesto de control. El guardia miró cuidadosamente, en tanto un policía de San Diego permanecía detrás suyo. Después, el guardia se enderezó y dejó pasar el auto.

—¡No eran ellos! —gimió Pete.

—A menos que estuviesen muy bien disfrazados —comentó Ndula.

—No creo que les sirva ningún disfraz —replicó el jefe de policía —. Los guardias registrarán cuidadosamente todos los coches en los que vaya un chico de la edad de Ian. Los disfraces sirven de poco cuando la policía busca cierto número dado de personas.

—Pero ¿acaso no esperan esto los secuestradores? —observó Bob—. Bueno, ya saben que dos hombres y un muchacho muy gor… ¡ejem! —se corrigió mirando a Jupiter—, un poco grueso, es precisamente lo que busca la policía.

—Exacto, Archivos —asintió Jupiter—. Por lo que pienso que intentarán cruzar la frontera escondidos. En algún vehículo que la cruce con regularidad, y que no provoque sospechas.

—¿Como ésos? —preguntó MacKenzie.

Dos autocares se acercaban a la frontera. La policía de San Diego los hizo parar y subieron a bordo. Los que estaban en el «Cadillac» vieron cómo los policías se movían lentamente por los pasillos de los autocares. Después, los vieron saltar al suelo y dejar pasar los dos vehículos hacia México.

—Temo que existen muy pocas probabilidades —se quejó Ndula.

—Oh… tal vez no —murmuró Jupiter con intranquilidad, al tiempo que contemplaba las filas de vehículos que cruzaban la línea fronteriza.

¡Faltaban dos minutos para las diez!

—Tendremos que cruzar —opinó el jefe de policía, sacudiendo la cabeza—. Es mejor que nos pongamos en contacto con la policía mexicana y tratemos de descubrir la reunión entre los bandidos. Ellos…

¡Un fuerte *bip, bip* se oyó de pronto en el «Cadillac»! Todos se sobresaltaron y miraron a Pete. ¡El fuerte *bip, bip* surgía del bolsillo de su camisa!

—¡Mi baliza de emergencia! —exclamó el muchacho.

—Apaga eso, Pete —ordenó el jefe—. Debemos…

—No —sonrió Jupiter—. Sácalo, Pete y veamos adónde apunta. Mirad todos a los vehículos y ved si alguno parece sospechoso… ¡Los secuestradores están muy cerca!

Pete examinó su aparato. La flecha señalaba directamente hacia las filas de vehículos. Todos empezaron a mirarlos con la máxima atención. No había ningún «Lincoln» azul ni autocares… sino solamente coches y cuatro o cinco camiones y furgonetas.

—¡Vamos! —les urgió Jupiter.

Saltaron del «Cadillac» y se abrieron paso por entre los semiparados vehículos. En el carril central había un camión ya viejo con matrícula de México y un cartel pintado a cada lado en español, anunciando que pertenecía a una granja de lechugas de México. Cuando avanzó más hacia la frontera, la flecha del aparato de emergencia de Pete indicó directamente al camión.

—¡Allí están! —gritó Jupiter—. ¡De prisa!

Con el jefe abriendo la marcha, todos llegaron junto al camión cuando el mismo se detenía en la casilla. El guarda estaba ya levantando la lona que tapaba la parte trasera del vehículo. Miró

dentro, sacudió la cabeza, y le hizo señas a la policía de San Diego para que lo dejasen pasar.

—¡No! —gritó Jupiter—. ¡Están en ese camión!

El guardia movió la cabeza en ademán negativo.

—Lo siento, chico, pero en la cabina sólo se halla el conductor mexicano, y la parte posterior está vacía.

—¡No es posible! —protestó Jupiter—. ¡Oiga, nuestra señal suena más fuerte que nunca!

En efecto, los *bip, bip* parecían elevarse por encima del rumor del tráfico. Reynolds y Ndula levantaron de nuevo la lona del camión. ¡El interior estaba totalmente vacío!

—Ese aparato funciona mal —comentó contrariado MacKenzie.

Jupiter contempló el interior del camión. Luego se hizo a un lado y estudió la parte exterior del vehículo. Por fin, sus ojos chispearon.

—¡No, Mac, el aparato funciona bien! Mira, la parte exterior del camión tiene al menos un metro y medio más de longitud que la parte interna. ¡La pared interna es postiza!

Dos policías de San Diego y el jefe Reynolds subieron al camión. El jefe inspeccionó la pared delantera y meneó la cabeza.

—Aquí no hay ninguna puerta, Jupiter.

—Claro que no. Esos tipos son listos. ¡Se hicieron colocar la pared cuando ellos ya estaban dentro! ¡Por esto se detuvieron en San Diego! ¡Romped la pared!

—¡Cuidado, jefe —le avisó Ndula—, que están armados!

El jefe Reynolds ordenó a los policías de San Diego que se aplastasen contra las paredes laterales del camión. Luego, sacó la pistola.

—¡Bueno, sabemos que estáis aquí! ¡Os hemos descubierto! Romped la pared y salid uno a uno con las manos en alto, ¡granujas!

Hubo un silencio sólo roto por el interminable ruido del tráfico y el *bip, bip* del aparato de señales de Pete.

De pronto, el ruido de madera rota llenó el camión. La pared se partió y Walt y Fred salieron con las manos encima de la cabeza. ¡Walt vio al momento a Jupiter!

—¡Tú! ¿Cómo nos has descubierto tan pronto? ¿Cómo demonios te has fijado en este camión?

—¡A callar! —le ordenó el jefe de policía, quitándoles a ambos

las pistolas.

Los policías de San Diego hallaron a Ian atado y amordazado dentro del falso compartimiento y lo liberaron. El muchacho apareció, muy sonriente.

—¡Hola, chicos! ¡Me alegro mucho de veros! ¿Cómo lo habéis conseguido?

—Sí, ¿cómo, Jupiter? —se extrañó Ndula—. Ya sé que fue cosa de ese aparato de señales, pero ¿cómo metiste el tuyo en el camión? ¡No lo habías visto nunca!

—No metí la señal en el camión —sonrió Jupiter—. ¡Ellos lo metieron ahí!

—¿Ellos? —exclamaron Bob y Pete a la vez.

—¿Recordáis que estábamos en nuestro taller cuando le dije a Fred que registrase el bolsillo de Ian y halló el micrófono? —explicó Jupiter—. Bueno, lo hice porque yo tenía mi *aparato avisador en el bolsillo* del pantalón, y quería que antes registraran a Ian. Cuando Fred se apartó de Ian, yo estaba tan cerca de él que tropezamos… ¡y entonces deslicé mi aparato en el bolsillo de la chaqueta de Fred, mientras me apoyaba en él para no caerme!

El grueso investigador miró riendo a los demás.

—Fred llevó constantemente este aparato en su bolsillo. Por esto, él y Walt jamás me vieron usarlo. El zumbador estaba cerrado, de modo que no podían oírlo. Y nadie podía distinguir tampoco la luz roja… si alguna vez se hubiese encendido, porque la tela de la chaqueta de Fred es muy gruesa, y él estaba sentado solo frente al volante del coche.

Walt miró furiosamente a Fred.

—¡Idiota!

Fred le devolvió la mirada.

—¡Idiota, tú! ¡Esta estúpida idea fue sólo tuya!

—¡Lleváoslos! —ordenó el jefe Reynolds a los otros policías.

Sin dejar de increparse e insultarse mutuamente, se llevaron a los dos extremistas. El jefe Reynolds se volvió hacia Jupiter con severidad.

—Debiste contarnos lo de ese aparato, Jupiter.

—No sabía si daría resultado, jefe, ni quería que usted confiase en él, dejando de utilizar otros medios para capturarlos —explicó Jupiter—. Los secuestradores podían encontrar el aparato, o

cambiarse de ropa… En fin, supongo que estuvieron demasiado ocupados para ello, y ¡la señal funcionó!

El jefe de policía sonrió.

—Y de manera excelente. ¡Buen trabajo, muchachos!

Los investigadores también sonrieron. Ian les imitó. Estaba ya a salvo y no era un fugitivo asustado.

—Mi padre podrá continuar adelante con su labor política —exclamó.

A su lado, Jupiter rió. Parecían un par de mellizos del peso pesado.

CAPÍTULO 21

Alfred Hitchcock ofrece su ayuda

Varios días más tarde, Los Tres investigadores visitaron a Alfred Hitchcock en su despacho. El famoso director de cine escuchó atentamente el relato de todo el caso y la salvación de Ian Carew.

—¡Magnífico! —alabó al final—. Habéis realizado una labor profesional. ¡Os felicito!

—Gracias, señor —repuso Jupiter.

—Sí… —asintió el corpulento director de cine, pensativamente —, cada uno ha demostrado una gran destreza y buenas dotes de lógica y observación. En realidad —sus ojillos chispearon con cierta malicia—, diría que en este caso los ayudantes han efectuado un trabajo más hábil que su jefe. ¡Bravo, Bob y Pete!

Pete y Bob sonrieron, y Jupiter se puso de color púrpura. Pete, rápidamente, exhibió el diminuto colmillo de marfil y oro que había sido la pérdida de Anna Lessing.

—Hum… creímos que le gustaría aceptar esto como recuerdo de este caso, señor —murmuró Pete.

El grueso director cogió con gravedad el pendiente.

—Me gusta y lo guardaré junto con otros recuerdos de vuestros casos. Pero ¿qué hay del futuro? ¿Serán debidamente castigados por sus delitos esos extremistas?

—Bueno —sonrió Jupiter con timidez—, la policía podría enviarles a la cárcel por una larga temporada, ya que un secuestro es un delito muy grave.

—En efecto —asintió el director—. ¡Un crimen odioso!

—Sí, señor —concedió Jupiter—, pero en este caso se trató de un secuestro de carácter político, realizado por ciudadanos de otro país. Por tanto, la policía ha decidido deportar a esos bandidos a Nanda, en vez de enviarlos a la cárcel. El gobierno de Nanda ya los castigará como se merecen.

—Ayer hubo elecciones en Nanda —explicó Bob—, y los extremistas quedaron tan desacreditados por el secuestro que *sir* Roger salió elegido por abrumadora mayoría de votos. Esto significa que *sir* Roger podrá llevar adelante su plan de conseguir la independencia y un gobierno de mayoría negra.

—*Sir* Roger aseguró que liberaría a los secuestradores dentro de pocos años —agregó Pete—, si se portan bien y colaboran con la mayoría.

—Una decisión muy prudente —volvió a alabar Alfred Hitchcock—. Su delito fue un ideal mal entendido, y un ideal a veces lo justifica todo. Temo que hoy día haya en el mundo demasiados ideales equivocados, particularmente por parte de la juventud, y la única solución es aprender que todo el mundo debe vivir unido en la paz.

—Sí, señor —asintieron los muchachos.

—Entonces, debemos considerar terminado el caso, ¿eh?

—Bueno, tenemos un problema, señor —comentó Pete—. No encontramos título para esta historia. ¿Podría ayudarnos usted?

—Hum… veamos… ¡Ah, sí! Debemos titularlo el *Misterio del doble peligroso*.

—Buena idea —sonrió Bob—. Ian era el doble de Jupe, y esto fue muy peligroso para él. Casi mortal.

—No, no me refería a esto —replicó Alfred Hitchcock con sus ojos llenos de malicia nuevamente—. Lo más peligroso, lo que sería fatal, lo más horrible, es que hubiera *dos* Jupiter Jones en este pobre mundo que habitamos. ¡O sea, que eso sería un *doble mortal*!

El gran director lanzó una sonora carcajada y miró el indignado rostro de Jupiter. Éste se estiró pomposamente.

—Señor —murmuró secamente—, ésta es una broma un poco tonta.

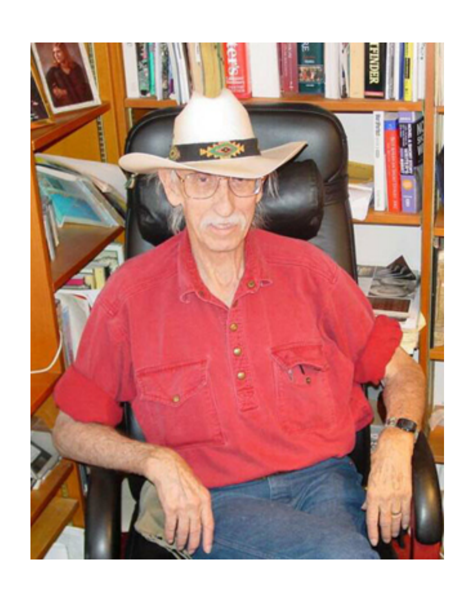
—Sí, lo reconozco y te pido disculpas. Como castigo, accedo a escribir la presentación de este caso.

Todos los muchachos sonrieron y le dieron las gracias al director.

Una vez a solas, Hitchcock, aún sonriendo por su broma, pensó:

«¡Ha sido una broma tonta, sí, pero el título es muy bueno para esta interesante y estremecedora aventura!».

FIN



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de *Los Tres Investigadores*. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant y Mark Sadler.

Notas

[1] La ciudad de Tijuana está dividida en dos mitades por la frontera que separa Estados Unidos de México. < <